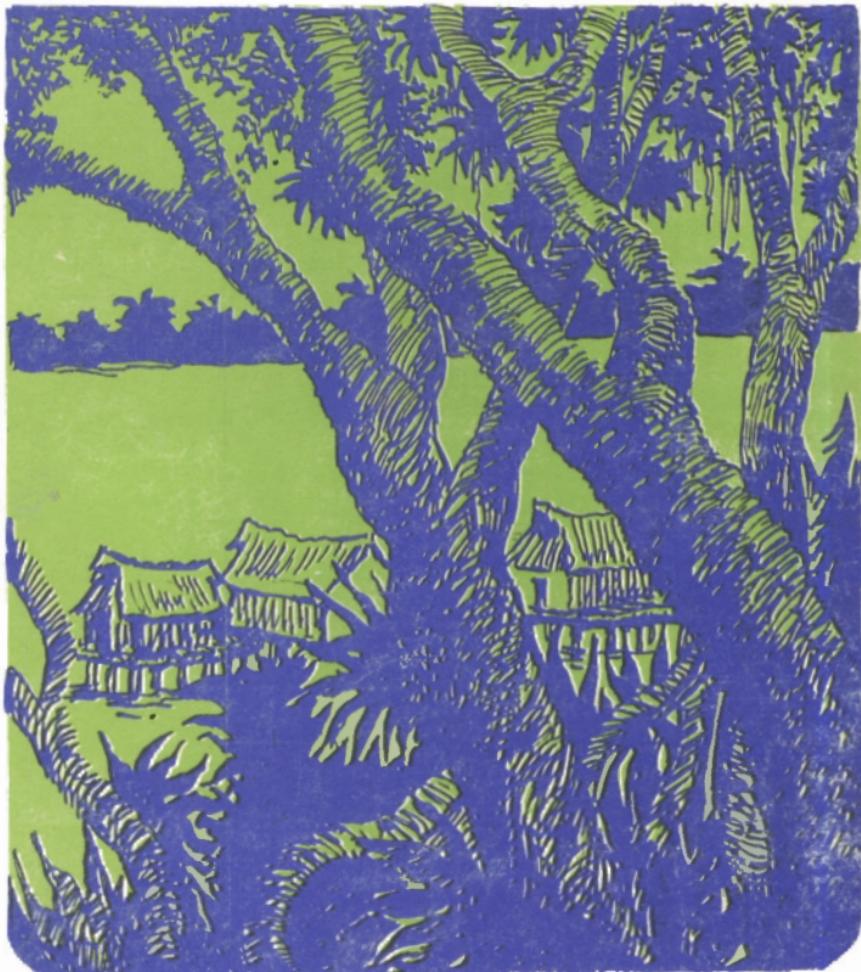


ARTURO BURGA FREITAS

ayahuasca

Mitos, leyendas y relatos
de la amazonía peruana



ayahuasca

ARTURO BURGA FREITAS

ayahuasca

**mitos, leyendas y relatos
de la amazonía peruana**

**LIMA - PERU
1980**

PRESENTACION DE LA TERCERA EDICION

AYAHUASCA, mitos, leyendas y relatos de la **Amazonía** es, esta IIIa. Edición, un homenaje a su malogrado autor, el Dr. Arturo Burga Freitas, quien recientemente emprendió su viaje a los Reinos del Espíritu Universal.

Sus herederos, sus dos hijos, han querido cumplir con los deseos de su Sr. padre que ya estaba preparando la publicación de esta Edición, cuando partió inesperadamente.

Los Editores, amigos del finado Dr. Burga Freitas, hemos querido cooperar con tales deseos: primero, por un imperativo de amistad y, segundo porque **AYAHUASCA** ha merecido los elogios de la Prensa Sudamericana y luego, las opiniones de distinguidos escritores latinoamericanos; homenajes y opiniones que, con todo agrado, reproducimos en la Primera Parte de este exótico y muy comentado libro.

LOS EDITORES.

¡Selva!

Te di mis mejores años; mi mayor amor fuiste tú. Todo lo dejé por ti.

La nostalgia de tu silencio poblado de misterios, el verdinegro hondo de tus noches fantásticas y bellas, tus “luares” incomparables, robaron, siempre, algo del encanto de mis mejores horas, en las grandes ciudades de mentida civilización; porque quien te conoce no te olvida jamás, y sufrirá eternamente del mal de tu saudade.

Por lo que soñé. Por todo lo que de ti esperé y no alcancé... ¡pues todo paso en ti es una aventura sin suerte! Por el vino de ilusión que vertiste en mi copa desde temprana edad; por la ilusión perenne de mis viajes! Por mis locuras y mi soledad, bebamos hoy el “ayahuasca” de la literatura, que ojalá como tu fuerte bebida, aunque fuera por breves instantes, nos regale el olvido, la quimera y el ensueño!...

OPINIONES DE AUTORES DE AMERICA SOBRE ESTOS RELATOS

"LA PRENSA", de Buenos Aires, del 4.6.39.

"El elemento del folklore es en la literatura de todos los países algo así como las flores silvestres de la imaginación popular. Nace sin saberse cómo, dónde ni cuándo; pasa de labio a labio y de generación a generación, hasta que cristaliza en leyendas representativas y sugestivas del mayor interés.

"En las naciones latinoamericanas es una veta riquísima y casi inexplorada. Su caudal viene de tres fuentes distintas: la europea, la africana y la indígena. En ocasiones se conserva intacta, como salió del manantial; otras veces se entremezcla y toma un raro sabor de heterogeneidad espiritual. En todo caso es sugerente y demanda, por parte de los intelectuales americanos, un cultivo mayor que el que se le ha dado hasta ahora.

"Tema difícil, reclama espíritu de observación y conocimiento del alma popular por parte del que lo aborda. De lo contrario se presta fácilmente al fracaso o a la deficiencia. Arturo Burga Freitas ha sabido en su libro "Ayahuasca" salvar las dificultades que pudieron ofrecerse a su paso, gracias a que posee las dos cualidades a que hemos hecho mención y a que no ha recogido al azar su material, sino que, pacientemente, en contacto con la incógnita masa creadora, buceando hábilmente, ha sabido colectar metal bueno para troquelarlo hábilmente.

"La parte que en su libro se consagra al folklore amazónico merece sincero aplauso. Tienen sus páginas sabor y color. Narra con soltura, expone con claridad y pinta con rasgos fuertes y seguros. Las leyendas, llenas de vibración poética, con todo el misterio, un tanto tenebroso de esas regiones del corazón de América, son fiel y donosamente reflejadas por su pluma, y, sin apartarse del germen selvático que les es propio, están escritas en atildado castellano. Dualidad difícil y necesaria en este género de literatura."

*

"LA NACION", de Buenos Aires, del 7.5.39.

"Espíritu andariego que siente hondamente el sino de América e interpreta con lucidez el alma nativa, el señor Burga Freitas exhibe en "Aya-huasca" ese interés descriptivo, esa curiosidad perentoria y cordial por todas las cosas y proyecciones inteligentes que animan el suelo y el aire, las ciudades y llanuras, las montañas y los ríos de este lóbulo continental. En dos partes se divide esta obra de relatos viajeros. La una es un puñado de mitos y leyendas de la tierra misteriosa y tan ligeramente hollada por la audacia aventurera del Amazonas, venero inagotable desde hace cuatro siglos de las más fantásticas concepciones. Son, en su mayor parte, las que aquí se reunen facciones de traza selvática incubadas en las orillas encantadas del Ucayali, donde la humanidad y la naturaleza conservan la frescura y la humedad generatriz. Narraciones como "El Arbol de las Lágrimas de Sangre", como "Bajo el Cielo de los Chamas", "La Chi-

cua" y "El Maligno" hablan en un tono ponderado de la grandiosidad del paisaje, de la fecundidad de los recursos, de la perpetua gemación, que a veces se torna maravillosa, como el brotar de sus leyendas, que, bien mirado, es una planta más y seguramente la de mayor frondosidad en el cálido y denso panorama tropical. Rancias vidas indígenas, serenas almas vegetativas que arrastran la dulzura atávica de una raza en progresiva declinación, cuya caída definitiva pareciera tan cerca y tan lejana, al mismo tiempo, asida como está firmemente al pasado; tradiciones que vienen del fondo remoto de los tiempos y que a veces se entroncan inexplicablemente con los mitos eternos de las literaturas asiáticas, como la védica y la judaica —tal la que se desarrolla en el relato titulado "Inca Dios" o la que registra "El Huancahul"— nos acercan cautivantes y apetentes a ese mundo intrincado y fabuloso que Orellanas y Marañones hallaron tan propicio para sus imaginaciones delirantes . . .".

*

"CONDUCTA", órgano del TEATRO DEL PUEBLO de Buenos Aires, 1939:

"Un libro de relatos pintorescos del Amazonas, lugar de mitos y leyendas, que el autor ha recorrido con ojo alerta de captador de paisajes y psicologías.

"El espíritu aventurero de este escritor, le ha permitido recoger en sus andanzas, más de un suceso dramático, que relata con pluma suelta y perspicacia del oficio".

*

"CLARIDAD", de Buenos Aires, 1939.

"Mitos y Leyendas del Amazonas y Relatos Sudamericanos subtitula Arturo Burga Freitas su libro "AYAHUASCA", definiendo así su contenido, que comprende vigorosos cuadros de la vida amazónica, donde el autor, que es peruano, ha elegido personalmente el material de sus creaciones. La primera parte del libro consigna algunas leyendas selvícolas, con la correspondiente exégesis del autor, y en las que el folklore de la montaña peruana asume expresiones de una riqueza perfectamente comparable al ambiente que las origina. Burga Freitas las recoge con fidelidad y cariño, dándoles forma literaria colorida y en más de una ocasión espléndida. Así, "Bajo el Cielo de los Chamas" y "El Huancahui", son dos excelentes trabajos en los que la prodigiosa fantasía de la leyenda ha sido admirablemente conservada."

*

"EL COMERCIO", de Lima, 1939. (Nota de M. de Ch.)

"Los misterios de la selva, la grandiosidad y la belleza del paisaje, y los mitos y supersticiones que rigen la vida de las diversas tribus nómadas de aquella región, dejan sentir su honda poesía y entrever su oculta verdad, a través de relatos sencillos, matizados de metáforas novedosas."

*

"LA CRONICA", de Lima, mayo de 1940. (Nota de V.B.A.).

"Este es uno de los libros más simpáticos y originales que hemos leído en estos últimos tiempos. Desde la carátula a la última línea está lleno de personalidad, de emoción y de fuerza. Burga Freitas, no ha hecho otra cosa, pero la hizo admirablemente, que describir lo que vieron sus ojos montañeses, acostumbrados a la maravilla de la selva, a los ríos gigantes, a esa naturaleza exuberante donde todo es enorme y el hombre, o se siente demasiado pequeño ante el prodigo diario que contemplan sus ojos, o demasiado grande, porque ve que realmente es el rey de lo creado.

"Burga Freitas es loretano y ha sentido en su espíritu la belleza salvaje del Amazonas; ha comprendido la leyenda y ha oído de labios de los mismos caucheros, de los rudos montañeses o de los indios semicivilizados, las narraciones llenas de color que componen este bello libro que se llama "Ayahuasca" y cuyo nombre es el de una bebida preparada por los mismos salvajes y con la cual se abren de par en par las puertas incomparables de los paraísos artificiales.

"Ni el opio y todos sus derivados, ni el haschis ni la marihuana, prestan mayor vuelo a la imaginación que ese prodigioso "ayahuasca" (ata muertos) que los indios brujos utilizan para ver con los ojos del espíritu todos los tesoros guardados por los "auquis". Por eso, el nombre del libro de Burga Freitas está ceñido a la realidad de lo que es: un breve maravilloso que nos descorre el velo de todos los admirables misterios de la selva, un acicate para el espíritu que extiende sus alas por los espacios del en-

sueño. Leyendo este libro nos sentimos en la selva, la vemos, tal es el poder de la narración, profundamente sencilla en la forma. Burga Freitas es por esta razón un admirable narrador, que hace de cada capítulo de su obra, de cada narración, un cuadro lleno de colorido y de sabor local."

*

"EXCELSIOR", de México, D. F., del 17.11.39.

"Anécdotas, episodios e historias alucinantes de la selva Amazónica, de sus indios impenetrables, de espíritus malos, de marineros y de gente de aventuras. "AYAHUASCA" es una droga indígena más poderosa que el opio y la morfina. El autor es peruano, hijo espiritual de la benemérita casa de San Marcos de Lima. Ha sabido reflejar en estas páginas llenas de colorido, misterio y vitalidad, el alma y la vida del Amazonas . . ."

*

El Doctor ALFREDO SOLF Y MURO, Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, 10.8.39.
"Me complazco ante todo en felicitarlo por la publicación de su obra. Debe estar usted satisfecho de haber coronado sus esfuerzos tesoneros en forma tan meritoria, contribuyendo a aumentar nuestro folklore relativo a la selva, que es tan escaso hasta la fecha."

*

El poeta MIGUEL A. CAMINO, Buenos Aires, 1939.

"Arturo Burga Freitas, magistralmente nos ha revelado en "AYAHUASCA", con vuelo sutil de flecha y el corazón bien alto, sus inquietudes espirituales y su fina penetración en el misterio de las selvas amazónicas."

*

JUAN JOSE DE SOIZA REYLLY.— Córdoba, 18.1.40:

"En plena sierra, sierra salvaje por obra del turismo, he saboreado las bellezas de su "AYAHUASCA". Hermoso libro a fé, lleno de fuerza y de color americanos. Su libro es una lección para los jóvenes escritores a la moda. Juventud que por hacer filosofía olvida los paisajes, las cosas y los seres... Su obra descriptiva, emotiva y psicológica ponen de relieve elementos vitales que la civilización europea está borrando en el mapa de América. Siga dándonos páginas sabrosas como las de "AYAHUASCA" y conseguirá incitar a los escritores nuevos a buscar en su terruño propio, aquello que roban en tierras ajenas. La América latina tiene aún muchos Amazonas inéditos..."

"¡Lo felicito! Y me place felicitar a su país que da hombres como usted, capaces de hacer amar a su país."

*

PATRICIO LYNCH PUEYRREDON, de la redacción de "CRITICA", de Buenos Aires, 27.5.39.

"Y ahora nos ha traído lo desconocido. Nos habla en su libro editado aquí como un home-

naje al espíritu porteño, un puñado de leyendas de las selvas y los ríos, de los hombres autóctonos, de la raza que se crió con los árboles milenarios, que apareció con los ríos, junto a los Andes. Leyendas que poseen toda la frescura y la gracia de las cosas primitivas, aportando a la poesía americana y a la cultura en general, un valor inapreciable."

*

JOSE GABRIEL, Buenos Aires, 18.6.39.

"AYAHUASCA" es una hermosa obra. Tiene sabor de selva y de trópico. Tanto, que hasta me parece que lo ha derrochado usted, metiendo en unos pocos relatos y cuadros un material magnífico que aún daba para más. Tras el sugestivo nombre del Amazonas, uno de los nombres más sugestivos de América, viene la sugerencia del hecho. El indio peruano anda por las páginas de su libro."

*

LEONIDAS BARLETTA, Director del TEATRO DEL PUEBLO de Buenos Aires, 1939:

"Burga Freitas es un captador de emociones. Le atrae lo pintoresco: todo ese mundo de misterio y leyenda que flota en la región del Amazonas, en la selva virgen de Matto Grosso y que reside en el espíritu del llanero, del cauchero y del caboclo, desde el Ecuador al Brasil."

*

El poeta chileno CARLOS DE CASASSUS, en "Zig-Zag" de Santiago, edición N° 1820:

"Burga Freitas, con el ánimo saudoso de su tierra natal, después de peregrinar líricamente por varios países del continente, retornó a la selva y escuchó con oído de hijo pródigo las voces que antes, por familiares, le eran casi indiferentes, por saberlas suyas tanto como sus propias palabras, y así, sintiéndose también un poco forastero dentro de lo familiar, captó el embrujo de las leyendas amazónicas y los mitos de la selva, y nos ha entregado en su libro "Ayahuasca" una sensación auténtica de grandiosidad panorámica de misteriosa entonación deslumbradora, de los afluentes del río-mar, que es la arteria máxima entre los ríos de la tierra, del Amazonas; Burga Freitas orilla el Ucayali con su piragua, y como bajo la influencia de la "bebida más fuerte que el opio y la morfina que toman los indios del Amazonas peruano, que hace soñar y da clarividencia", va captando su "Ayahuasca" para todos los lectores de estas cosas de América, tan amadas y tan nuestras. Son narraciones que hacen desfilar los diversos tipos raciales con su manera de ser y de decir, los ubica en el ambiente de montaña y selva, misterio y superstición, con sangre en circulación, que es lo que da permanencia a toda obra de arte, perdurante de humanidad en el tiempo. Ha editado "Tor", en Buenos Aires, este libro que merece difundirse en todo el continente, pues se trata de una obra americana por excelencia."

*

LUIS E. VALCARCEL.—Lima, 20.5.41.

"Arturo Burga Freitas ha publicado un bello libro de mitos y leyendas del Amazonas, bajo el alusivo título de "AYAHUASCA". Son relatos que descubren un mundo pleno de misterio y atracción excepcional para la literatura. La tiene también para el etnólogo. Fué para mí sorprendente encontrar en la leyenda del "Inca Dios" un mito al cual se refería Cristóbal de Molina, el cuzqueño, en sus "Fábulas y Ritos", allá a fines del siglo XVI.

"Qué extraordinarias revelaciones de convivencia entre gentes de la montaña y la sierra del Perú.

"Ojalá que Burga Freitas persista en su empresa y pueda ofrecernos nuevos relatos folklóricos, escritos con esa fidelidad y soltura que confirman nuestro aprecio del joven autor."

*

VICTOR LLONA.—Lima, 18.11.41.

"La riqueza del Perú, esa riqueza secular y proverbial, no es solamente la que dan su suelo inagotable y las fecundas entrañas de los Andes. Oro, petróleo, algodón, azúcar, brotan sin cesar de la cornucopia de nuestro escudo nacional. Bienes materiales esos. Nos interesan más los otros. Para enriquecer la paleta del artista, el estilo del novelista y del poeta, nuestra patria ofrece la belleza de sus paisajes —esos paisajes que todavía esperan su Chateaubriand, su Loti, su Conrad— ofrece las admirables leyendas de las razas que la pueblan, una historia muy noble y muy romántica, costumbres curiosísimas en

fin. Y entre las regiones que componen el Perú, ninguna es más llamativa, más seductora, más misteriosa que la amazónica. Fácil es de comprender por qué un escritor de fino temple, como lo es Arturo Burga Freitas, después de darnos "AYAHUASCA", Mitos y Leyendas del Amazonas, que publicara primero en Buenos Aires y nos dé ahora en una bien presentada edición peruana, fácil es, digo de comprender por qué ansió tanto retornar a la Selva. Es porque siente instintivamente que es ella la que le ha de brindar su mejor inspiración. Es también porque se da cuenta, por ser modesto y concienzudo como todos los verdaderos artistas, que "AYAHUASCA" es sólo el bosquejo de la obra maestra que lleva en sí y que sólo espera el "clima" favorable para nacer. El tema amazónico está lejos, muy lejos de ser agotado. Espero que Arturo Burga Freitas realizará pronto su ambición y regresará al Amazonas. Lo espero con el egoísmo feroz del aficionado, del intoxicado de lectura, porque sé que del Amazonas regresará ese joven novelista con un libro más bello aún que "AYAHUASCA."

*

J. URIEL GARCIA.—Lima, 23.12.41.

Como el cielo de las selvas, ráfagas de luz que se ciernen por la odorante criba de los bosques y marañas, o como el sonido, entre mil sonidos, que se amortigua y fenece entre el tumulto grandioso de la sinfonía magnífica de la selva amazónica, este libro "AYAHUASCA", de Arturo Burga Freitas, nos ofrece resplandores de belleza y de sugestión deleitable en sus leyendas y

relatos, breves y ágiles, fugaces y amables, como aquella luz o aquel sonido selváticos.

Leyendas amazónicas que en la maraña de su simbolismo mitológico nos va revelando la vida primitiva de los pobladores de aquella grandiosa zona de la prehistoria peruana; la concepción del hombre sobre el génesis de su mundo; su ingenua dialéctica para explicarse lo para él misterioso e inextricable y someter de ese modo, con su técnica elemental y mágica a la naturaleza exuberante y reacia.

La primera parte del libro, "Mitos y Leyendas del Amazonas", auna a sus resplandores artísticos, el contenido sociológico sobre la idiosincrasia de los hombres enfrentados a aquella naturaleza, de donde es oriundo el autor de "AYAHUASCA", así con ese espíritu cordial y expansivo y con ese énfasis tropical en la palabra y en el gesto. Sugeridores simbolismos sobre el ligamen del pescador, cazador y recolector amazónicos con el curso de la naturaleza misteriosa y emocionante. Burga los recoge y los traslada a su libro engastándolos con emoción de artista.

*

ARTURO CAPDEVILA.—Buenos Aires, diciembre de 1941:

"AYAHUASCA" es uno de esos pocos libros realmente americanos que ha dado América. Libro americano, porque realmente llega al corazón del misterio de esta tierra y de su hombre. Arturo Burga Freitas lo consiguió penetrando en la selva, recogiendo, por así decirlo, las voces de sus oráculos.

Por eso sus narraciones son algo más que aciertos literarios. Se trata de grandes asuntos, de extraños cuadros, y a menudo, de verdaderas revelaciones.

"AYAHUASCA" es un libro de América y para América.

*

BATELON-CAFE



¡Doce de la noche en Manaos!... sobre su Majestad el Amazonas. Es necesario andar, desambular por los recantos, las calles abandonadas de la ciudad: lejos de los bares y cafés sin vida, de los edificios postales para turistas.

Vamos hacia el mercado: los cabarets y los mercados son las sístole y diástole del corazón de todas las ciudades: por ellos podremos llegar siempre más directamente al alma de una ciudad y sus gentes, que oyendo noticias sobre intelectuales "colosos", o viendo beber tan adustamente el soporífero "Guaraná Andrade", a caballeros portugueses de vestimenta endomingada...

Llegados al mercado bajaremos hacia la playa, llamada aquí "Rampa del Mercado": lo característico y auténtico de la ciudad, a comer en paz unos peces fritos con **pupunhas** cocidas, en compañía de trabajadores del puerto y vagabundos: rematistas, cargadores, materos —gente de monte— campesinos y agricultores de procedencia desconocida. Me acompaña un criollo de la tierra, hijo de cearense, los patricios por excelencia de la Amazonía: fueron ellos los

desbravadores y dominadores de la mata en la cultura del caucho, la única de la que se puede hablar con certeza aún: ellos contribuyeron a la resistencia, el arrojo y hasta la imaginación hiperbólica del hombre amazónico. Desde los tiempos del caucho en que ellos trabajaban y predominaban quedó dibujada la fisonomía actual de sus ciudades, y la figura espiritual de sus hombres. En ambos se deja ver ese algo de aventura y huella que sigue, que pasa propia del alma cearense: el verdadero, gran Quijote del Brasil!

“¡Boa noite prá os homens! . . . —dice subiendo al batelón donde estamos Pedro Bicerra, más conocido por el sobrenombre de “Pedro Poca Ropa”: “atravesador” de la rampa, tipo original, más bien alto que bajo, amplias espaldas, gestos energicos y mirada penetrante. Moreno, de marcada fibra cabocla.

A poco de conversar con él supe que era cearense y adiviné que tenía algo que contar, por su sonrisa resabida y su hablar tranquilo, que mide al interlocutor, sin fanfarronería. Instantes después sube al batelón otro amigo suyo, también cearense. Toma la guitarra mientras nosotros bebemos café y fumamos y se pone a templarla, a tentarla, silenciosamente, como a una mujer. No llega a cantar nada. Inquieta, pregunta con la mirada disimuladamente sobre nosotros, al mismo tiempo que tienta y tiembla el instrumento. Habla poco, —lo necesario únicamente— cortés y tranquilo.

Pedro “Poca Ropa” asegura que aquel sí sabe tocar y arrancarle a la guitarra canciones hermosas.

Pero el otro nada dice, y más bien parece desmentirle, abandonando al rato la guitarra, en un

descuido nuestro, sin llegar a cantar: únicamente ha hecho pequeños arpegios en sus cuerdas como afinándolas...

¿Fué desgano? ¿Fué no sentirse en ambiente? No sé. Más adelante tal vez podré saberlo. Esta gente no se deja conocer en un minuto.

Nos despedimos de la gente del batelón, continuando con Badeira —mi compañero de empresas deambulatorias— nuestro paseo en la noche. Antes de este se había alejado ya "Poca Ropa". Tendría algo que hacer en las canoas vecinas, que llegaban a esas horas cargadas de víveres de las chacras del Amazonas y Río Negro.

¡Será "gancho", contrabandista o guarda espaldas, este "Poca Ropa"?...

Su amigo nos acompaña un rato en la playa como despidiéndose, y nosotros que queremos despedirnos no nos despedimos todavía ... y seguimos charlando como de pasada, como si la frase que dijeron nos en esos instantes fuera la última de la noche... y nos quedamos un rato más, y más, y, sin embargo, atraídos por el extraño afán de la aventura, o el magnetismo primitivo y auténtico de estas vidas originales de puerto, no nos despedimos! El cearense de la canción callada sigue hablando ahora. Nos cuenta que "Poca Ropa", su amigo, es el hombre más valiente de toda la rampa.

Y ya nos vamos, perezosamente. Estamos subiendo la pendiente que va al mercado, acompañados del amigo del resabido "Poca Ropa" cuando éste nos sale al encuentro, de uno de los recodos del camino, tras de unas casuchas de paja. Obsequioso y festivo nos invita a tomar café en el mercado y allá vamos, con nuestros recientes amigos. ¡Café de mercado, con olor a fruta guardada y miradas noctámbulas de hem-

bras del amor barato!..., en el que gastan unos minutos de ilusión seres de las más diversas tierras, vigilados por veterano policía —añoso padre de respetable familia civil— dicharachero y amigo de meterse en la charla parroquiana! ¡Café proletario!... testigo de tantas historias, espejo de cuántos dolores callados!

El mesonero, gordo criollo brasiler, nos atiende solícito, sirviéndonos café y cigarrillos “princesa”, de tabaco negro, que fuman nuestros amigos cearenses y que nos trae al recuerdo noches de Montevideo, Buenos Aires!...

Pedro “Poca Ropa” me ha enseñado a fumar del buen tabaco de Manaos: del negro, como el río que corre cercano, abajo, en la rampa: el único amor, la única caricia tendida en la soledad de su vida agreste y maleva.

¡Din!... ¡Don!... ¡Din!... ¡Don!... canta un reloj trasnochado y bohemio.

¡Las dos de la madrugada!

En las alas del viento vuelan las dos notas, lentas, serenas, radiofonicamente...

Y me voy a mi hotel, a dormir también esta noche, —una noche más— con mi señora Soledad!...

2

Ahora ha llovido y el puerto está barriendo. Hay que caminar como saltamontes desde el mercado hasta el café de la rampa, viejo batelón de toldilla y mesa puesta, tienda y casa en el río, a un mismo tiempo, donde se encuentran pescadores y chacareros siempre nuevos, siempre diferentes, todas las noches. Hay varios de

estos batelones-cafés en la rampa: "Doña Flor", "El Pajarito", "Estrella de la Mañana", "El Viajero sin Puerto"... Los chacareros y pescadores venden los copiosos racimos de plátanos, las sandías, fariña, pescado fresco, que traen, y van a juntarse con rematistas y cargadores en estos batelones, a comer algún fiambre, tomar café y charlar hasta que les venza el sueño. Entonces se van, y otros llegan. En "El Viajero sin Puerto", por ejemplo, a toda hora hay gente, y a veces hasta música y bordoneo de guitarras. En el pequeño mundo de sus cuatro o cinco metros disponibles!, el resto —otros tres o cuatro metros— pertenecen al patrón, sus familiares y las mercancías.

Los batelones-cafés viven siempre con medio cuerpo en tierra y medio cuerpo en el agua, en el río Negro, camino espejeante y ligero; en el que sospecho se perderá un día de estos, sugerido por alguno de los enormes transatlánticos que cerca pasan diariamente, "El Viajero sin Puerto", mi café predilecto...

—¿Qué es de "Poca Ropa"?

—¿Y su amigo?

—Deben estar por ahí... "Poca Ropa" debe estar durmiendo en aquella choza, cuidando la carga de fariña que compro ayer en la noche...

Esto me sorprende. "Poca Ropa" es entonces un gran rematista, un gran comerciante, capaz de comprarse mucha ropa? ¡Y por qué lo hace? Interesante! Entramos en charla. Pedimos café, cruzamos cigarrillos, y el palique salta de motivo en motivo, descuidadamente. El patrón va en busca de "Poca Ropa", a su miserable barraca, y no lo encuentra.

—Debe estar en el juego— afirma sonriendo al volver.

¡Qué maravilla!... —pienso.— “Poca Ropa” es un personaje complejo. Pregunto dónde queda la casa de juego de “Poca Ropa”, con ánimo de ir a arriesgar también yo unos miles de Reyes ... Todos sonríen:

—En cualquier parte, —responde el mesonero,— ¡casi siempre en el medio del río!

En el teatro de mi imaginación veo a “Poca Ropa” en un pequeño bote, de los que llevan pasajeros a los barcos de puertos lejanos, en el medio del río ,con otros hombres tan rejugados y tahures como él: sobre el banco del bote, baraja en mano, apasionado, jugando una mala partida, traicionado por una mala jugada, de la que sale airoso, no obstante, merced al atrevimiento de su brazo fuerte y su alma audaz y aventurera...

A unos cincuenta metros se barruntan en la noche las chimeneas del “Hílari”, barco inglés que llegó hoy y saldrá mañana.

3

En la iglesia de la playa nadie queda sin nombre. “Don Curupira”, —una especie de lechuza— le llaman al dueño del batelón-café “El Viajero sin Puerto”, por andar sirviendo día y noche a los parroquianos del batelón sin dormir, como el ave de la leyenda que lleva aquel nombre, que aseguran —los que la vieron— que se presenta al hombre solo, en plena mata, de día o de noche —pues nunca duerme— unas veces bajo la forma de un pájaro, otras de un perro, un venado, o cualesquier animal de monte.

“Don Curupira” siempre está sonriente. Si duerme son apenas unos cuantos minutos. A

toda hora está listo para servir café a los parroquianos de "El Viajero sin Puerto", vasto escenario de los hombres del mercado, el río y los montes: rematistas, cargadores, labradores.

Esta noche el río parece un mar: en la negrura del aire no se dibujan, como otras veces, sus riberas! Sus olas de carbón pican y baten continuas la rampa, que cae y cede medrosamente el campo. La playa segundo a segundo se achila y desaparece bajo las aguas negras. Los mecheros de gas de los batelones cafés contrastan con la noche, guiñando sus luces pálidas al golpe del viento. Hay en el ambiente presagios de poca ventura, y, sin embargo, ahí están los hombres, los mismos de todos los días: impasibles, indiferentes a las amenazas de la naturaleza!, cuyos peligros saben dominar. Las tempestades y el buen tiempo los encuentran iguales, con las mismas caras curtidas, los mismos lomos hechos a la carga de todos los días. Esta noche se ponen a hablar de culebras y fantasmas del monte. Del veneno mortal de la "Yararaca", el "Cascavel", la "Surucucú"!...

—Yo una vez hice fuego sobre una "giboa" (animal mitológico y legendario de la amazonía) —dice un cearense viejo, con terrible énfasis.

Y luego cuenta la historia alucinante. De cómo se salvó de la "catinga" —olor mortal— del monstruo, y un compañero lo curó con humo y rezos misteriosos. Asegura que el monstruo aquel tiene una fuerza magnética poderosísima para atraer a los hombres y animales que encuentra. El vió volar a los pájaros y aves cercanas solitas, hacia la enorme boca abierta de la "giboa", que avanzaba lentamente arrollando arbustos y todo lo que encontraba a su paso. Se parecía al tronco de un árbol grande caído

en el monte, con musgo y plantas crecidas sobre su aparente corteza. "El con unos compañeros se pusieron a hacer fuego sobre un animal de esos, creído que era un árbol, y sólo al fin se dieron cuenta de que estaban sentados sobre una enorme "giboa", cuando ésta principió a moverse despacio, despacio!..."

Otro dice:

—Cuando fuí a buscar un caballo en el monte...

—¿Qué?

—Un caballo...— repite. ¿De dónde es usted?... No dice que es Ud. Parahibano? "Estoy hablando a mi estilo. Entonces Ud. me entiende". —dice ceñero— pensando que el otro le ha tomado para chanza. Y los hombres se miran recelosos, prontos a la pelea. Uno de los dos calla. El que hablaba primero prosigue contando que la "Yararaca" tiene los dientes cruzados, y el veneno sutil, que sólo sale de estos cuando el hombre se mueve, después de la picadura...

Una vez también estaba en su barraca solito. Había polvo de luna, cuando sintió imprevistamente golpes secos en el río, como si alguien batiese sus aguas con una tabla. No se veía nada!..., pero se sentían los golpes en el río, bajando y subiendo la corriente, varias veces. Hasta que finalmente se hacía el silencio, instantes después se reanudaba el extraño ruido!"

—Este es el bateador!...

El batelón se balancea y desprende de la orilla, por culpa del río agitado que no cesa un segundo en sus oleajes picados. Tres hombres saltan al agua y lo empujan nuevamente hacia la orilla. La charla continúa:

—El “Matintaperera” es invisible, lo mismo que el “Mapinguarl”... Alguien cuenta entonces la historia de un “Mapinguarl” con el que una vez se encontró en plena floresta: un animal extraño, entre ave y mono, que se aparece al hombre en el centro del monte, enloqueciéndolo con el horrible olor de su cuerpo...

—¡Lluvia!... grita —en portugués— un cargador, desde la playa, y los contertulios de “El Viajante sin Puerto” se desparraman hacia sus barracas y canoas, a defender la fariña, el pescado y los víveres que arrancaran con tanto esfuerzo a la selva, pródiga en aventuras y macabras visiones.

4

Dentro de breves instantes será mediodía en la playa.

El río, es un cristal roto en infinidad de pequeños pedazos que rebrillan al sol, con mágicos fulgores, y a veces hasta en la noche, pues el río Negro que tiene el alma blanca, es generoso y derrochador: devuelve centuplicada la más mínima partícula de luz que recibe.

La rampa del mercado vive sus horas de fiesta, brillo y algazara! Gentes que compran y venden, que van y vienen, rodeadas de centenares de palomas que aletean de continuo por todas partes, comiendo desperdicios: mensajeras de la mezquindad de los ricos, sus propietarios, que vienen a engordar a la rampa!... Como ellos mismos, los patriarcas de la ciudad, que muchas veces llegan en lujosos automóviles, a llevarse sandías, plátanos, maíz y toda clase de provisiones, a precios ventajosos.

—El doctor R., el señor L. estuvieron aquí... — me contaban anoche en el "Viajero sin Puerto".

Abogados notables de firmas extranjeras, comerciantes y hombres de gran volumen, vienen hasta esta rampa a hacerse de algunas provisiones.

Los gallinazos, negros como la ropa de etiqueta de sus días de gala, los ven llegar. Silenciosos y pacientes permanecen en la playa acechando la carroña!

En este ambiente de miserias y grandeszas ignoradas vive "Poca Ropa", cuya vida sólo alcanzamos a ver de pasada. El es el rey implícito de la playa, el más taura y valiente de los rematistas de la "Rampa del Mercado". Ahí lo encontramos, en su barraca de la derecha, libre, con el alma y el cuerpo a los vientos, ligero de ropas —ropas rotas, mal cocidas, viejas— y sus cajones de maíz, sandías, fariña. El río sigue creciendo con mucha fuerza. Se llevará su casa un día de estos, pero eso no le inquieta: "Poca Ropa" vive, juega y mata en cualesquier parte!

El río semeja un mar. Sus aguas negras se tornan azules, cuando reflejan el cielo. Sobre ellas está flotando ahora, a la izquierda de la rampa, una casa singular, con jardín, servicios higiénicos, sala de recibo y baranda mirador. Con paredes blancas y puertas y ventanas pintadas de azul. ¡Bella ocurrencia! Me dicen que a eso le llaman aquí "fluctuantes". ¡Un palacio en el río! "¿Invención tal vez de un comerciante muy celoso, a quien se le antojara en una ocasión construir esta casa tan hermosa, para encerrar en ella a la mujer que amaba, y dejarla allí atendida y custodiada, cada vez que él saltaba a tierra de compras?!"...

O quizás fue otro: un **shiringuero** profundamente escéptico y desilusionado, que cansado de la vida de las grandes ciudades, mandara construir cierta vez el primer "fluctuante" que se viera en el Amazonas: elegante y confortable; del que nunca bajaba y desde el que veía, tendido en lujosa hamaca, con incurable esplán, las ciudades a las que arribaba, por imprescindibles necesidades comerciales?... ¡Allá en los tiempos del "oro negro!"...

Consulto estos mis pensamientos con Pedro "Poca Ropa", mi amigo cearense, quien ríe de la ocurrencia y me dice que: "la mujer es un bicho muy desleal y traicionero, y peca siempre cuando quiere, aunque fuera con el guardián del "Fluctuante"!... —en el caso del patrón celoso...

El sol cae vertical sobre la rampa, la mejor poesía de la ciudad!

Las aguas diamantinas del río brillan y rebillan en mil facetas, al ardiente cielo, que de rato en rato queda encapotado por negros nubarrones, cargados de humedad.

Los batelones cafés son grandes lagartos perezosos, que duermen al fuerte calor de la playa, inmóviles, esperando la noche, que vendrá como siempre: lánguida, con olor de sandía, plátanos abacaxys, maracuyás... y las fantásticas historias de los caboclos buenos y sufridos...

EL ARBOL DE LAS LAGRIMAS DE SANGRE

Allá, en las cabeceras del alto Pisque, río pardo, de lento correr entre playas blancas, tributario del Ucayali, yo ví una tarde, tras el recodo de una isla, el volar simétrico y elegante de una bandada de garzas rosadas. ¡Perdiéronse en el horizonte volando, volando!...

Hubiera querido seguirlas a todo el remar de mi canoa, pero fué imposible. No habría alcanzado jamás este vuelo la paradojal velocidad de mi pequeña piragua.

¡Maravilla de vuelo rosa: entre el violeta hondo del río y el cielo, polichinela multicolor olvidado, que regala su última moneda de oro —el sol— a la noche pensativa que se acerca, en medio de cierto vacío que da tristeza! La selva es triste al anochecer, cuando la vida, representada por sus mil y mil animales bulliciosos se aduerme, para dejar oír los cantares agoreros y nostálgicos, de aves de leyenda y de misterio.

Aquella tarde, forzando la vista, perdido en la lejanía del horizonte, ví también un cerro enorme, verde azulado, que semejaba el lomo de una descomunal tortuga, tendida sobre los mon-

tes. A mis preguntas contestaron los indios contándome que aquello era Manshan Maná o el Cerro de la Tortuga... En el centro mismo de éste existe un árbol, y besando sus plantas un lago, de aguas inmóviles como la muerte. De las hojas y ramas del árbol están cayendo, eternamente, unas gotas blancas. Pero cuando sus frutos caen a las aguas del lago, éste se tiñe de rojo en toda su extensión, instantáneamente: ¡de un rojo sangre!

Los indios atribuyen el fenómeno al Yushin —demonio— que se embravece al comer estos frutos, tiñendo las aguas del lago con la sangre de sus ojos diabólicos.

Aseguran que todo esto pasa por estar el árbol maldito, desde que en sus ramas se ahorcó Inca Nima, el sanguinario y famoso curaca Shipibo.

Hace algunos centenares de años que Inca Nima reinó sobre una multitud de indios, en Manshan Maná. Fué este lugar el centro de su vasto curacazgo, integrado por las más diversas tribus, que antes jamás estuvieran unidas: cunivos, shipibos, setebos, cashivos y coto-ahucas.

Inca Nima era soberbio, violento, cruel. Su medio de acción normal era la violencia y la fuerza sobre cuyas bases estaba organizado todo en sus dominios: sus vasallos lo querían porque lo temían. Sus decisiones nunca eran discutidas, eran leyes inapelables.

No tenía amores. Vivía retraído, preocupado por sus ambiciones políticas de poderío. Sólo se le conocía una gran pasión: la de ensanchar más y más sus dominios y mandar en el mayor número de pueblos.

Era alto, de pocas carnes, pómulos salientes y labios carnosos que poco sabían del beso y la sonrisa. Sus ojos hundidos y negros, rapaces e

hirientes, cortaban. Vestía una "cushma" marrón con vetas negras. De ademanes despóticos y autoritarios poco había en su persona, en verdad, que inspirara simpatía.

Así llegó a unir indios de tendencias tan en-contradas. A todo esto aunábase el poder de la leyenda, en torno a su personalidad de curaca: decíase que era descendiente directo del grande e invencible caudillo indio, cuya memoria vene-ran todas las tribus de estas regiones: Santos Atahualpa, que un tiempo llegara a unir íntegramente las tribus de las selvas contra el poder español del siglo XVIII.

Pero un hecho insólito vino a turbar un día esta paz. Secretamente llegó hasta el centro de los dominios de Inca Nima la noticia de que cerca de Charash Maná —cerro del estero— aparecieran unos personajes extraños de grandes barbas blancas y cushmas raras y larguís-simas, que hablaban con inmensa dulzura y bondad una lengua desconocida. La nueva fué ex-tendiéndose con la mayor prudencia entre los jefes caracterizados de Inca Nima. Los ancianos de la tribu aseguraron no haber visto jamás hombres iguales, y deliberaron muchas noches, fumando su shimi tapones, en rueda, lejos de la mirada del curaca, sobre suceso tan singular. Y al fin, sugestionados fantásticamente por el relato de los que decían haber visto a los ex-tranjeros, resolvieron, con inquietud incontenible, ir a convencerse por sí mismos del hecho, a espaldas de Inca Nima, con el oculto propósito de matarlos inmediatamente después.

Curin Cushi, del Consejo de los Ancianos de Inca Nima, se informó ocasionalmente de la noticia, y se unió a ellos. Se presentó al curaca y le pidió autorización para explorar río abajo una

zona, en la que decía haber encontrado huellas de los Coto Ahucas, antiguos enemigos de Inca Nima.

El curaca, ignorante de todo, ordenó que al día siguiente saliese una expedición de trescientos arqueros, doscientos lanceros y cien macaneros, a las órdenes de Curin Cushi.

En una playa cercana a Charash Maná, la expedición de Curin Cushi encontró efectivamente, dos chozas de paja, en las que dos ancianos tranquilos y confiados nada sabían del mal que se acercaba. Curin Cushi ordenó que las balsas atracasesen en la orilla próxima, antes de ser vistas, y embarcándose en una canoa ligera, con algunos arqueros, se deslizó cautelosamente. Los ancianos de vestimentas raras lo miraron inquietos, pero con honda mirada, de bondad y de paz. Luego, repuestos de la sorpresa, sonrieron al jefe shipibo, invitándolo a sentarse, e indicándole por señas que deseaban su amistad. La mirada agresiva de Curin Cushi se encontró con la mirada serena de los ancianos. El jefe shipibo se siente dominado, atraído por esa mirada. Toda la ira y preparación que trae siente que se le va transformando en simpatía irresistible. Lucha consigo mismo para no demostrar que su ánimo guerrero se ha desecho ante la mansedumbre de sus supuestos enemigos.

El jefe shipibo ordenó la aproximación de sus guerreros en son de paz, los que con presteza improvisaron rústicos techos de paja alrededor de las chozas de los ancianos, encendiendo grandes fogatas para hacer la comida y protegerse. ¡La noche estaba encima!

Los ancianos llenos de inquietud iban de un lado a otro de la playa, prodigando sonrisas de bondad, y los indios bajaban la cabeza a su

paso, sin saber si sonreían también como ellos. Algo raro se apoderaba de sus almas, un sentimiento jamás experimentado. Se sentían atraídos por esas miradas. Más predisuestos a proteger que a matar a los ancianos.

El fuego, en medio del silencio de la noche, pintó de escarlata los rostros; ya no se notaba en los indios ademanes de canibalismo. Permanecían mudos, mirando curiosamente a los hombres extraños. Sólo se oía el rumor del río, y de rato en rato el grito lánguido de algún tibis que pasaba a ras del agua, pescando.

Entonces el más anciano de los extranjeros habló de una doctrina de amor y felicidad a los indios, quienes no entendían bien, pero la sentían, y, poco a poco ibanse acercando, acercando al predicador, sumisos, impresionados! Tal era el fuego y el calor de vida que ponía en sus palabras.

Al finalizar la oración los guerreros estaban postrados a sus plantas en la playa, escuchándolo. Hecho extraordinario entre los mencionados indios, celosos de sus tierras, que nunca, antes de ahora, perdonaran la vida al intruso.

¿Había algo de brujo encantamiento en la influencia irresistible de estos hombres?

Curi Cushi manda un emisario a Inca Nima pidiendo refuerzos, pretextando una supuesta campaña de sometimiento de los Coto Ahucas, pero con el oculto propósito de hacer que todos los súbditos del curaca conocieran y admiraran personalmente a los extranjeros; oyese de sus labios la palabra de bien y unión entre los hombres, que él también ha llegado a sentir.

Inca Nima inocentemente accedió al pedido de su jefe de máxima confianza, quedando solo

con sus familiares y fieles cashivos en Manshan Maná.

Pero un familiar del curaca se enteró de lo sucedido en forma confidencial, y le informó del secreto.

Gran indignación se apoderó de él, entonces, con los pocos cashivos que permanecían fieles a su lado, se dirigió precipitadamente hacia Charash Maná, a donde llegó al anochecer, cuando todos dormían.

Dió un salto a la playa y ya se dirigía con la macana en alto a la choza del más anciano de los extranjeros, decidido a matarlo, cuando sus súbditos lo descubrieron y gritaron angustiados. El curaca despectivo se precipita dentro de la choza, iracundo, y va a asestar el golpe mortal al anciano de barbas de nube y palabras de amor, cuando ve en sus ojos tal gesto de humanidad y confiada bondad que se desconcierta. Baja la macana colérico y ordena a sus hombres apresarlos, sin embargo, atarlos fuertemente y regresar todos a Manshan Maná. ¡Aquel guerrero implacable!...

Llegado a su campamento, cercano al "Cerro de la Tortuga" Inca Nima hizo conducir allá los prisioneros, donde mandó arrancarles los ojos y ahorcarlos finalmente, en las ramas del árbol embrujado, que el viajero ve a lo lejos, sobre el lomo del cerro legendario, perdido entre las brumas del horizonte.

Pasaron algunos meses.

Inca Nima aguardó en vano el regreso de sus súbditos, dispersos por ríos y montes, desde los fatales acontecimientos narrados. Nadie volvía. Día a día fuese quedando solo con sus remordimientos, perseguido incesantemente en la imaginación por el mirar sereno y dulce de los pre-

dicadores del amor, a los que diera muerte tan cruel... La pena de ver su imperio destruído, el más amado fruto de toda su vida, lo llevó finalmente a desear la muerte, como una liberación.

Una mañana opaca, lluviosa, tomó una canoa y surcando el río Pisque llegó a Manshan Maná. Anudó a su garganta unas fuertes sogas de tamshi y subiéndose a lo alto del árbol, desde una de sus ramas, se aventó al vacío!

Ahí quedó el cuerpo del más poderoso curaca del Ucayali, abandonado, dando vueltas y balanceándose, cada vez que los gallinazos se posaban en él, para llevarle un pedazo de las carnes.

Y ahora dicen los indios que aquel paraje está maldito..., y no hace mucho tiempo llegó hasta allí uno de los descendientes de Inca Nima, y alzó la vista hacia lo alto del árbol, para ver dónde había muerto su poderoso abuelo, quedando al momento ciego. Una de esas gotas blancas, que por toda la vida llora el árbol, había caído en sus ojos. La mala acción del abuelo alcanzaba todavía a sus descendientes.

Desde entonces nadie ha vuelto a acercarse al "Cerro de la Tortuga". Se le mira con cierto terror supersticioso. Y el árbol permanece allí, años de años, solitario, llorando sus lágrimas de nube, sus lágrimas blancas. Alguna vez estas lágrimas son de sangre, —en la imaginación indígena— cada vez que uno de sus frutos se desprende y rueda a las aguas del lago, tiñéndolo de rojo violento... Debido sin duda al Yushin demonio fantasmal que duerme en sus profundidades—, aseguran impresionados los indios...

INCA DIOS

Le llamaron **Inca Dios** y también **Inca Yuashl** o "Inca Miserable".

Esto me contó un viejo patrón del Ucayali, envejecido por los trabajos de la selva y quemado por sus soles ardientes, quien a su vez lo supo por el relato que le hiciera en cierta ocasión uno de sus peones, un **chama** nombrado Ronquino.

Hube de surcar hasta el Alto Ucayali, hasta la quebrada del Shuaya, para ver a Ronquino, que vivía cerca. Mas no lo encontré, infelizmente. Ronquino no estaba en su choza, en la ribera del río, donde viven siempre estos indios: sólo estaban sus familiares, rodeados, de un puñado de extravagancias para mis ojos advenedizos: tinajas, ollas de barro de vivos colores y aspectos, y finalmente, prendida a la paja de su choza, encontré una **macana**. Sé que se llama así porque me lo dijo Genaro, uno de sus familiares, alto y musculoso, y con la cara pintada de **huito** y **achlote**, que hablase quedado del trabajo del monte aquel día, no sé por qué, rodeado de sus mujeres... sí, de sus mujeres, amigo lector, pues

los chamas creen en la felicidad del serrallo y la poligamia!...

Bueno, el yerno de Ronquino me contó una historia singular del Inca Dios, semejante en la mayor parte a la que me contara el patrón de nuestro relato. Hay varias versiones de esta leyenda, pero todas coinciden en lo fundamental: la existencia de un gran diluvio, en épocas remotas e imprecisas, que cayó sobre las selvas, arrasando poblaciones y hombres.

Dicen que en tiempo inmemorial existió entre los indios **chamas**, cercanos al pueblo de Cumaría, un niño a quien todos conocían con el nombre de Inca Dios, por sus sobrenaturales poderes. Lo llamaban también **Inca Yuashi**, que quiere decir "Inca Miserable", por ser muy mezquino con sus súbditos: tenía el uso exclusivo del fuego, mientras éstos habrían de recurrir al calor de los rayos solares para cocer sus alimentos. ¡Y el Inca no se compadecía jamás de los sufrimientos de su pueblo!...

En la pesca era admirable. Nadie sacaba tantos peces de las aguas de la cocha y del río como él, en ocasiones en que sus súbditos volvían con las canoas vacías, trayendo tan sólo algo para no perecer de hambre.

Así iban las cosas. Pasaron algunos años. De esto cobraron envidia sus súbditos, los **setebos**, y un día pusieronse de acuerdo para matarlo. Lo llevaron con engaños y lo echaron a un charco, enterrándolo vivo entre el cieno de sus aguas estancadas.

Cuenta la leyenda que **Inca Yuashi** tenía un súbdito amigo, sin embargo, que lo quería; quien pasó cerca del lugar del suceso pocos momentos después, acompañado de su mujer y un hijo, sintiendo los quejidos del niño. Inmediatamente

adivinó lo ocurrido. Acercóse más y pudo desenfagar al chico devolviéndolo a la vida, no obstante la oposición de su mujer supersticiosa, que lo hizo violentamente, temerosa de algún ardid diabólico. Falta grave que fue castigada más tarde por "Inca Dios".

En agradecimiento de la buena acción, Inca Dios advirtió entonces a este **setebo** que una gran tempestad iba a caer sobre sus paisanos, dentro de breves minutos, y que si quería salvarse habría de subirse a lo alto, a lo más alto de un árbol de **nuito** que le sealó. Dicho esto desapareció.

Un lorito, presintiendo los sucesos que se avenían, fué trasladando los carbones incandescentes de la casa del "Inca Dios" a la cima de una capirona desecada por las inclemencias del tiempo, a fin de que el fuego del Inca no se extinguiese con la torrencial lluvia que iba a caer. Tarea que redujo notablemente el pico del animal, quemado por las brasas encendidas. Y cuando la capirona principió a apagarse, un enorme gavilán se colocó sobre el fuego con sus grandes alas extendidas, batiéndolas incesantemente, para conservar este fuego sagrado. Un desproporcionado molusco acuático —**churo**— fué rodando entonces por las selvas, a modo de sombrío heraldo, proclamando la muerte con un grito extraño.

El **setebo** vió todo esto asombrado, mudo de terror.

A los pocos minutos principiaron a desarrollarse los sucesos predichos por "Inca Dios": grandes truenos rodaron por la inmensidad de las selvas y rayos terribles iluminaron la noche cerrada. Desbordándose los ríos y una lluvia tormentosa, nunca vista, cayó sobre hombres,

animales y cosas. La obscuridad derramó su enorme manto de luto. Sólo de instante en instante fugaces relámpagos iluminaban las sombras siniestras de la selva, que rugía y se estremecía toda, al cimbrar lloroso de los árboles, entrechocándose entre si.

Sobrecogidos de espanto —narra la leyenda— que los **setebos** plañan la canción que la tradición **chama** ha conservado hasta nuestros días. Tuve la suerte de oírla cantar a una vieja **chama** en un viaje al alto Pisque, en un tono lánguido, presa de cierta tristeza desoladora, que parecía venirle de muy lejos. El ritmo, la angustia de sus antepasados revivía en la canción, en la danza, y en el mirar estrábico y poseído, de honda emoción, de la india:

“Yamue, yamue nete
“nura Kenyamay.
“Shahuan, shahuan nete
“nura kenyamay. ,
“Hué huque papá
“Min canni baybi
“Biri, biri, Kainki
“hué huque, huque.
“Ushe baque mahuata
“Auhé cuno piashké?
“Papá wuentan ví
“Hué huque, huque...”

que, traducido al castellano por un experto conocedor del dialecto quiere decir:

“Oscuro, oscuro día
“nosotros nos queremos.
“Día de guerra
“no queremos.”

"Venid, venid Padre
"Por tu camino refulgente.
"Ven, venid, venid
"nuestro Padre Dios.
"Brillante, brillante por tu camino
"Ven, venid, venid.
"El hijo de la luna murió ahí
"comiendo del hongo venenoso.
"Con el padre ambos
"Ven, venid, venid".

"De este tremendo diluvio y cataclismo murieron todos los **setebos** que quisieron matar al Inca Dios.

La calma se hizo nuevamente en las selvas...

El indio que subiera a lo alto del **huito** al comenzar la tempestad, siguiendo los consejos de Inca Dios, encontrábase ahora inquieto en compañía de su hijo, único ser viviente que le acompañaba. La mujer quedó convertida en un gran comeugen —especie de colmena, caserón de tierra de ciertas hormigas— al pie del árbol de **huito**, cuando iba a subir, por castigo de Inca Dios.

La oscuridad persistía aún. Nuestro **setebo** tomaba los frutos del árbol y los aventaba abajo para percibir el ruido que hacía al chocar con las aguas, aún no extinguidas; hasta que una vez de esas oyó ruido seco del **huito** al chocar con la tierra. Descendió apresuradamente, volvió la vista alrededor y no vió a nadie. No había señales de vida. ¿Habrían muerto todos los **setebos** por su mala acción?

Pero en eso oyó los gritos lastimeros del hijo, que lo llamaba desde el árbol que acababa de dejar. Subió al tronco, con esa rapidez increíble de los indios de estas montañas, pero inútil-

mente, porque su hijo se convirtió en un "huancahúl" que se fué volando: ¡había de re-comenzar solo su nueva existencia!...

Un sol hermoso, en todo su esplendor, volvió a brillar en el cielo.

El indio encontrábese en situación bastante embarazosa: ¡no tenía qué comer! No habían chacras ni nada plantado cerca. Sin embargo, instantáneamente, volvió la vista hacia uno de los extremos del campo y vió, a pocos pasos de donde se encontraba, una mocahua llena de **chapo**, —mazamorra de plátanos, alimento preferido por los indios **chamas**. Tomó hasta saciar-se de **chapo** y se durmió.

Al siguiente día púsose a trabajar "rozando" un buen espacio de la selva para hacer su chakra. Luego buscó alimentos. No encontró nada. Pero al volver a la casa al atardecer, encontróse nuevamente con el precioso **chapo**. Esto era maravilloso. Se repitió varias veces hasta que el indio, se propuso saber un día quien cuidaba así, tan misteriosamente, de su persona, y ocultándose tras de un bosque acechó. Un buen tiempo estuvo atento hasta que percibió el grito de un loro que se acercaba volando hasta su choza, dió algunas vueltas alrededor de ella y se marchó. Quedó más inquieto el **setebo** y no abandonó su escondite. No tardó en sentir pasos de alguien que se acercaba y a poco vió salir de la maleza dos guapas muchachas, sigilosamente, llevando una **mocahua**. Dióse cuenta en seguida que eran ellas las del misterio, y saltando imprevistamente apresó, a una, mientras la otra corría al monte.

—No me tomes a mí, toma a mi ama, que es bonita y merece más que yo. Yo soy solamente su sirvienta, —decía la muchacha.

Pero el **setebo** no quiso saber nada, ni quiso oírla: "ya te tomé a tí y tú serás mi mujer", replicóle.

Y así fué. De esta pasión violenta nacieron varios hijos. Estos crecieron vertiginosamente, de manera anormal: en diez o doce meses alcanzaban el tamaño corriente de una persona de veinte años, hasta el día en que el **setebo** quiso saber cómo venían sus hijos al mundo y se ocultó detrás de un bosquecillo a aguardar a su mujer. Fué desde entonces —asegura la leyenda— que los hombres principiaron a crecer lentamente como ahora, y la muerte los ciega a menudo...

Desde el día en que cesara la espantosa tempestad, el **setebo** se encontraba siempre con todo lo necesario para su nueva vida y su existencia transcurría y sin mayores zozobras; los alimentos surgían de la tierra en forma inexplicable, como por arte de encantamiento. Por un lado del monte aparecieron perdices, huevos de aves; por otro fuego, el fuego conservado y enviado por Inca Dios.

Y por fin, una de aquellas mañanas hermosas, de radiante sol, el **setebo** no había abierto bien los ojos cuando oyó multitud de voces humanas cerca de su choza, de la que saltó bruscamente, sorprendido encontrándose con los **cunivos**, que en otras viviendas parecidas a la suya hablaban familiarmente, alegres, contentos!...

Así vinieron los **cunibos** al mundo, en el mito

...

BAJO EL CIELO DE LOS CHAMAS



Los Cunibos, indios viejos, expertos en las artes del remo y la pesca, en los ríos de la selva amazónica, viven en las márgenes del río Ucayali, desde tiempos inmemorables. Río al que ellos llaman **Parú** también desde remotos tiempos, extraña coincidencia con Virú o Perú, nombre de este país suramericano. Entre la infinidad de tribus que pueblan la hoyada del Amazonas ésta es una de las más viejas y fecundadas en mitos, conocimientos astronómicos y leyendas extrañas y caprichosas; aplicables, sin embargo, a las necesidades de su vida diaria. Se explican la mayoría de los fenómenos astronómicos y de la naturaleza por la intuición y la imaginación, llegando a alcanzar, por este medio, a veces, hasta la realidad misma.

Pero fuera como fuera: son poseedores de una esplendente imaginación e interpretan la existencia de las estrellas y planetas del cielo como signos, en las noches cálidas de la jungla, poblada de misterios y peligros mil para el hombre extraño, poco avezado al medio. El sol y la luna, la luz y las sombras, en los días y noches, sirven a la rica imaginación de estos indios para

tejer bellísimos romances y leyendas de maravilla, de apreciable valor dentro de la mitología americana: leyendas que habrían causado la admiración y provocado, sin duda, más de una página acabada al mismo Flamarión, de haberlas conocido.

Llaman **Bari** al Sol y **Use** a la Luna. El año solar, llamado por ellos **Baritía**, consta de doce lunaciones.

No tienen una teogonía o sistema de creencias perfecto, pero creen en las fuerzas ciegas de la naturaleza, son más bien panteístas: la luz, la tempestad, los árboles, las flores, los pájaros, son para ellos motivo de adoración, a los que rinden culto en grandes fiestas, rociadas con abundante **masato** bebida fermentada de yucas. Como sucede por ejemplo en la celebrada fiesta de la **pishta**, a la que concurren grandes pobladas de indios de la tribu, desde las más apartadas regiones. Durante días de días se ven bajar las canoas por el río Ucayali, para celebrar la original fiesta, presidida por el **Mueraya**, especie de mago que recibe de un espíritu superior, el **Gran Mueraya**, la ciencia y la sabiduría, así como también la facultad de curar las enfermedades. En ella se entonará el **Manchay**, cántico sagrado, antes de la ceremonia de la circuncisión de las vírgenes, invocando el alma de las flores, las plantas, el sol, la luna y los elementos de la naturaleza, para alcanzar el favor y la felicidad de las doncellas; las que después de la ceremonia, pasados unos ocho días al cuidado de las mujeres más ancianas de la tribu, quedarán aptas para el concubinato y a disposición de los mejores varones de la misma.

Al atardecer del gran día, en el momento más culminante de la ceremonia los **Cunibos**: hom-

bres, mujeres y niños, bailando en amplios círculos, elevan sus canciones al cielo:

"Vengan los gratos perfumes de la selva,
"Vengan los gratos perfumes de la selva,
"Vengan las sonajas del cedro y de la palma
"Vengan!...
"Vengan las aves magníficas y las perfumadas flores)
"Vengan!...

Tienen por **Bari** una veneración singular, concediéndole una importancia semejante a **Use**, la luna, la diosa blanca de los cielos. Y en las noches, en que esta reina silenciosamente, sobre la inmensidad de los ríos y las obscuras matas de la selva inmensa, esparciendo sus pálidos y límpidos reflejos, creen ver en las manchas del disco lunar una joven sentada al pie de una gran montaña, ostentando el sombrero de plumas de **guacamayo**, distintivo de la tribu. Tiene el rostro apoyado en una mano y pintado completamente de negro!...

Cuéntase en torno a esta creencia la siguiente leyenda: "el dios **Habi**, considerado como el principio de la divinidad, tuvo dos hijos: **Bari** —el sol— y **Use** —la luna—, la que se distinguió desde temprana edad por su extraordinaria belleza y virtudes, así como por la bondad de su carácter y su autera castidad: empero, como los dioses se casan entre hermanos, **Use**, la diosa blanca, debió ser, andando los tiempos, esposa de su hermano el sol.

"Cierta hermosa tarde estival, sentada la diosa blanca a orillas de un lago de aguas tranquilas contemplaba distraídamente su imagen divina retratada en la límpida superficie, cuando el

turbulento Bari, pensando mofarse de ella, se untó las manos de **huito**, fruto silvestre, que dá una resina de un negro profundo de azabache, muy común en estas regiones, y, acercándose a la hermana por la espalda, de puntillas, quedamente, le pintó el rostro con esta resina, dejándoselo completamente de negro. Al verse así desfigurada la casta diosa, cayó, en profunda pena, poniéndose a llorar inconsolablemente.

Bari reconoció entonces su error y trató de consolarla. ¡Pero ya tarde!... pues, conteniéndolo con la mano la diosa blanca le dijo: "apártate, amado mío. Nadie hasta hoy se ha atrevido a tocar una sola hebra de mis cabellos; sólo tú me has afrentado de esta manera eternamente... Pero no me volverás a ver"... Y dicho esto emprendió raudo vuelo a través de los espacios siderales, yendo a ocultar su vergüenza en las tinieblas del cielo; apareciendo sólo de tiempo en tiempo, de noche en noche, rodeada de una aureola de luz, simbolizando la tristeza.

Y es por eso, desde entonces, la luna sale siempre de noche, cuando el sol ya se ha ido, para no encontrarse jamás con el ingrato amante...

2

La noche se agrandaba. El verde botella de la selva hacíase cada vez más espeso. Ya no se veía ni a un paso de la canoa, que surcaba y surcaba la corriente, al empuje esforzado de las tanganas de Ishpico y Teocho, y el remo vigilante del popero Miguel.

Teníamos que acampar en alguna parte. Los peones no daban más!

Lo hicimos en la casa del "Comandante", un viejo **chama** así llamado entre los moradores del río, por la costumbre tomada del bautizo de los primeros misioneros, que lo hacían improvisadamente, echando nombres pomposos y altisonantes a la indiada. Hoy los indios gustan de estos nombres y han creado otros por su cuenta, haciéndoseles dar por el primer viajero que pasa por sus chozas. Han gustado de la parte externa, litúrgica, del sacramento bautismal, y sujetan alborozados a sus hijos, mientras cualesquier criollo derrama agua del río o la lluvia en las cabezas hirsutas de los pequeños **chamas**, dándoles nombres sugestivos...

Así se explica el caso del "Comandante", bautizado tal vez por algún patrón de instintos guerreros...

—Más arriba hay un "Capitán", —dice riendo Ishpico Ramírez, el puntero de nuestra canoa, mientras tienta las aguas turbias de la orilla, con la punta de la **tangana**, buscando el mejor sitio para atracar.

Subimos a la casa del "Comandante", muy grande, hecha como para albergar a muchos hombres. Se me ocurre que este "Comandante" sea algún diplomático **chama**, encargado por sus paisanos de mantener las buenas relaciones con los **ushu manshan** —garzas blancas— como ellos nos llaman. La casa es como todas las casas de estos indios, en su estructura primitiva y simple, pero más grande, con el techo más alto, más aerea. Esta silenciosa. A la sombra de un mortecino farol colgado de un **huacapú** —columna de una madera así llamada— se dibujan dos o tres mosquiteros.

—Comandante... —gritamos.

—Somos pasajeros.... El "Comandante" ya no vive aquí; se ha mudado a la banda, de temor a las enfermedades que traen los blancos!... —contesta una voz grave.

Trabamos conversación.

Yo soy Pedro de Gradia... Vivo en el río Ucayali, allá en Roaboya está mi casa —dice un viejo magro y de presencia simpática. Sale del mosquitero desperzándose.

—Estamos buscando zarza...

—¿Para qué?

—Para remedio.

—¿Y por eso vienen de tan lejos?

—¿Qué se ha de hacer señor? —contesta indiferente, con el gesto del trotamundos amazónico, para quien no existen las distancias. Y se aparta. No dice más. Y sale silencioso, flojo, del palacio del "Comandante" **chama**, a mirar el cielo. Yo y mis compañeros de viaje nos ponemos a tender las camas para dormir.

El viejo mira y mira sin decir palabra el cielo. Parece que las estrellas le hablan un lenguaje conocido, esta noche maravillosamente azul, poblada de estrellas. Mira y mira la seda azul del cielo, deteniéndose en la gema blanquecina de Venus y en Marte, el rubí incomparable. ¿Estará leyendo misteriosas historias ultraterrenas? Me acerco a hacerle preguntas curiosas, y nos enfascamos en una singular charla sobre estrellas. Me habla así:

"Nosotros" "los blancos" muy poco vemos en el cielo, a no ser una que otra estrella que nos sirve para orientarnos y fijar los puntos cardinales. En cambio los **chamas** —nombre genérico de indios Cunibos, Shipibos y Sétebos— tienen su mundo en el cielo! Cada estrella o planeta, cada constelación, tiene para ellos un signifi-

cado, llegando a tejer en ciertas ocasiones, con este motivo, bellas leyendas, explicándose por la imaginación muchos problemas de la naturaleza, inalcanzables a sus intuiciones sencillas.

"La presencia del sol o de la luna, con sus tonos de variada intensidad, la aparición o desaparición de una estrella o constelación, son hechos que ejercen incalculable influencia en sus vidas: en sus trabajos agrícolas y de pesquería o peregrinación, pues son nómadas por excelencia. Viven errantes; hoy aquí en un recodo del río, mañana en una isla o en una playa.

"**Bari** es el sol, el dios del gran poder. **Habichu Baritia** un tiempo de sol o sea un año solar o verano. **Habichu Use:** una luna o un mes. Cuando el disco solar está en la mitad, **Bari** proporciona al cazador o pescador el tiempo necesario para la búsqueda de la caza o la pesca. **Use**, la luna, dá la enseñanza de la confección de los alimentos para sus hijos menores del espacio, los que están bajo su dirección, en la misión que cumplen con los habitantes de **Mai**, tierra o globo terrestre. **Shequi Tuscan**, —tuza de maíz— conjunto de estrellas que aparecen en todo su esplendor en el mes de mayo, a orillas del **Chasun Vai** —chacra del venado— anunciando la época de la siembra del maíz y de las yucas, y **Whistin Ani**, estrella grande que sale a la madrugada, —Venus— tiene la misión de despertar a los habitantes terrenales dormidos con su luz, para que se apresten temprano a efectuar sus distintas faenas, y que **Bari** no los halle todavía acostados.

"Las estaciones conocidas por los **chamas** son solamente dos: **Bari Tian**, época de sol, y **Gene Tián**, época de aguas o de lluvias".

Calla el viejito magro, de ojos rasgados y dormidos, que vieran pasar tantos veranos de las selvas, preso de una añoranza íntima o tal vez de un recuerdo de amor! Sus ojos han reflejado instantáneamente la luz de un recuerdo, como el rayo lejano en los atarderes del río!...

Nuestros compañeros de viaje se han quedado dormidos. Nos rodean las sombras de sus mosquiteros. La luz azulina de las estrellas y la arena de oro del "camino del venado" —vía láctea— riman en contrapunto con el verdinegro gigantesco de la selva y los diez mil alfilerazos de sus ruidos misteriosos y extraños, que se prenden a mi piel de recién llegado, mientras don Pedro se pasea silenciosamente fuera de la casa del "Comandante", tomando aire y fumando en su **shimi-tapón**, cargado con buen tabaco de mazo.

—¿Qué más, don Pedro? ¡Cuénteme almo más de lo mucho que sabe y le han contado los **chamas**!

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque le oí hace un rato dar una orden a uno de sus peones en perfecto **chama**, y le veo ahora fumando en la típica pipa que ellos usan.

—¿Muchos años vive por aquí?

—Todos los que tengo. He nacido entre estos indios, pues mi padre, que era italiano, murió trabajando también entre ellos, hará unos noventa años... Pero vámonos a dormir porque ya va a aparecer Whistin Ani, y tenemos que bajar temprano, —agrega— con preocupación.

Pero yo le explico contristado que al día siguiente nosotros tenemos en cambio que subir. Le ruego que prolongue un poco más la velada, y me cuente la historia de la Venus **Chama**.

Sonríe al fin, orgulloso, y continúa:

“Dicen los **chamas**, y a ellos se lo dijeron sus abuelos los **cunibos**, que **Whistin Ani**, o estrella grande, tuvo la misión de llamar a los hombres a la nueva vida, después del cataclismo y hundimiento de los pueblos Cumancaya (perdiz de recha) y Shuaya (comesón), que se hundieron por el pecado, convirtiéndose en grandes lagos, según creencia cuniba, en justo castigo de los desórdenes y excesos que habían cometido en los últimos tiempos. Sumergiéronse los habitantes en las profundidades de estos lagos, que hasta ahora existen, enormes y conservando los mismos nombres de siglos remotos.

“Después de muertos todos los habitantes de los pueblos nombrados, quiso **Yushin** —espíritu, cosa impalpable— que hubiese nueva generación; la que debía nacer sin pecado original, entrando para la realización de tal propósito en consulta con **Tita Use**, o madre luna, para ver la mejor forma de hacer venir a los nuevos hombres.

“Al fin de largas conversaciones secretas con los astros, **Yushin** hizo nacer del fondo de los lagos encantados una pareja de loros, de elegantes y vistosos plumajes, que habrían de ser los padres de las nuevas generaciones, a los que no les estaría permitido cohabitar. El macho sólo podría apuntar con el dedo en medio de los pies de la hembra, quedando con este acto saciado el apetito carnal. Y así fué como al cabo de un tiempo parió la lora de en medio de los dedos de las patas cuatro grecas de distintos colores: **Ushin**, **Yancun**, **Ushu**, **Huisu**: rojo, azul, blanco y negro, que simbolizan, sin duda, los cuatro colores de las razas humanas.

“**Whistin Ani**, debía llamar a la madrugada a los que iban a ser habitantes de la nueva tierra.

La cinta —o sea la raza que primero respondiese sería la preferida por **Yushin** y sería la dominadora. Y al llamamiento de **Whintin Ani**, cuentan los abuelos chamas, que respondió antes que ninguna, la primera, la greca de color blanco, que desde entonces domina, en premio de haber sido la mejor madrugadora, al llamado de la estrella grande, que despierta a los chamas diariamente, al trabajo y la lucha con el remo, el río y los montes.

“Desde entonces en sus fiestas se ríen y hacen inculpaciones a la flojera de sus abuelos, que no contestaron primero, para mandar hoy sobre sus patrones explotadores, “los blancos”.

¡Ahora serían ellos los que tendrían en sus manos la suerte de los “**ushu manshan**”!...

“Y en algunas madrugadas, al bajar el río Ucayali, donde viven, cuando **Whistin Ani** riela las aguas con su luz blanca, se les oye cantar esta nostálgica y viejísima canción, alusiva a la leyenda que le cuento, de cuya antigüedad muy poco saben ellos mismos:

USHU

“Ushu manshan uhaf
“uchuquca shinan vei,
“Paru ani queibaque
“ushu junibo veai,
“Bari-tia tibi huiso
“manshan buetan nishai
“Paru manshín nihaivu
“Vuecahun vuecahun vei”.

Cuya traducción es:

BLANCO

“Blancas garzas vienen
“de lejos ideas traen,

"Al través del "río grande" (el mar)
"gentes blancas vienen
"En todos los veranos
"con garzas negras caminan,
"En las playas del Paru juntándose caminan,
"Vengan, vengan, venid"...

Todo esto me narra don Pedro, fumando siempre su **shimi-tapón**...

3

Estaba escrito que habría de encontrarme nuevamente con don Pedro de Gradia, el magro y sabio viejo narrador de la vida **chama**, en su casa de Roaboya: un paraje sencillo y agreste, como tantos del río.

A mis repetidas instancias, y viendo el gran interés que tenía por esas "cosas de muchachos", como él llamaba a esto de andar contando historias y leyendas, al anochecer, cuando salimos al patio de la casa a "tomar aire", sentados en rústico banco, me señala en el cielo, con la mano rugosa y trabajadora, un grupo de estrellas que andan cercanas a la luna, la diáfana y bruja luna de estas selvas, diciéndome:

—¡Ahí está el **Huimabu!**...

—¿Las "siete cabritas"?...

—Sí... ¿No ve esa línea de estrellas que se corta... esa línea más chica que la otra? Ese es el hermano a quien el lagarto le comió una pierna, pues...

Le miro asombrado. Y entonces con su acostumbrado gusto de narrador, me cuenta que:

“Una vez el sensual y caprichoso **Bari**, en un rapto de extraña lujuria, convivió con **Tita Use**,

la madre luna, como sabemos, quien quedó embarazada, de manera anormal. Romance senil, contra natura, que no dió fruto a los nueve meses consabidos; estos expiraron sin que se hiciera presente el fruto prohibido. Sólo después de doce meses la angustiada doncella llegó a ser madre, gracias a un malhadado rayo que la fulminó. De la setas radiantes de los rayos de **Bari**, deslizándose por sus trazos rutilantes y quebradizos cayeron a este mundo, unos tras otro, siete niños de estatura escalonada. El séptimo resultó ser seis veces más pequeño que el primero, por lo que Bari lo dotó de poderes sobrenaturales, tal vez para compensar tan injusta desventaja!...

"Huérfanos, abandonados a la propia suerte, sin ternura paternal, crecieron los muchachos, caminando por el mundo. El instinto los guiaba frecuentemente hacia los árboles frutales.

"Un día, trepados a un guayabo, comían sus frutos ávidamente, cuando una **sacha vaca**, —danta— se acercó al arbusto y les pidió que arrojaran también a ella unos cuantos para mitigar su hambre. Pero los muchachos se complacían en echarle únicamente los descarnados y verdes. El animal reiteró amistosamente:

"—Tengo hambre, dámme de comer buenos frutos...

"Los niños se burlaban de la **sacha vaca**, negándole los restos del festín.

"La **sacha vaca** poseída entonces de furia tremenda embistió salvajemente contra el tronco de guayabos, que crecía visiblemente a cada coz y arremetida de la bestia, hasta transformarse en una corpulenta lupuna, de espeso ramaje, pero sin frutos.

"Los muchachos tuvieron que pasar ahí mucho tiempo.

"La situación se hizo cada vez más crítica y el cautiverio no habría podido prolongarse por más tiempo, sin la muerte de los sitiados, cuando el menor de ellos, el "Benjamín de la Familia" dió la primera prueba de sus sobrenaturales virtudes, convirtiéndose en un pequeño **curhuinse** que cortó con sus tijeras una hoja del árbol que los albergaba, y tapado con ella fué descendiendo sigilosamente a lo largo del mismo, sin ser visto; muy disimulado por la hoja, creyendo que la **sacha-vaca** se encontrara cerca, hasta llegar al suelo, en el que se convirtió nuevamente —¡oh prodigo!— en el mismo niño de antes...

"—Venid todos como yo he venido, gritó a sus hermanos gozoso. Y así lo hicieron, salvándose de manera sobrenatural los siete hijos prohibidos del sol y la luna.

"Continuaron el peregrinaje. El animal había huído.

"Pero no anduvieron mucho tiempo cuando descubrieron que de cada pisada dada por la "**sacha-vaca**" crecía un lúcumo silvestre, y siguiendo estos lúcumos se encontraron con el animal echado en el suelo que dormía plácidamente.

"Los hermanos ardían en deseos locos de venganza. El chico milagroso propuso:

"—Yo me convertiré en un cordón larguísimo de hormigas y penetraré en el vientre de la sacha vaca, pero en cuanto la mate, ustedes le abrirán el vientre y yo saldré de ahí.

"Todos aceptaron alegres, sabedores del gran poder del hermanito, quien en efecto se transformó, inmediatamente, en una infinidad de hor-

migas que penetraron en las vísceras del animal, matándolo en el acto.

“Satisfecha así la venganza, continuaron caminando por el mundo. Era un caminar penoso e interminable en busca del padre sol, que los calentaría y brindaría caricias, con sus tibios rayos de oro.

“Pero Bari alumbraba cada vez menos, y los tiempos de invierno o “creciente” llegaban con sus negros nubarrones, como algodones de carbón, interponiéndose entre el cielo y la tierra; quitando a los hermanitos el último consuelo de ver, aunque fuera lejamente, al padre.

“Los días radiantes y luminosos de las selvas tornáronse cenizos, como esas garzas blancas del verano que pasó. Hasta las aguas del río se han vuelto de plomo... y no hay ni peces que comer, porque huyeron a las **tahuampas!**..., especie de lagos, terrenos bajos e inundables.

“En otra ocasión, después de tanto andar por las selvas tuvieron hambre y cazaron apreciable cantidad de animales de monte, encontrándose que no podían comer la carne por falta de utensilios. El hermanito salvó la situación diciendo:

“—Yo me transformaré en olla, pero cuando la comida esté a punto depositenla en otro lugar y arrojen la olla al río, de donde saldré de nuevo en persona...

“Así lo hicieron. Esta vez, igualmente que las otras, se realizó el milagro, pero con mayores dificultades, porque más de dos o tres veces los hermanos arrojaron la olla al agua, sin la vuelta del hermano menor.

“Sóla a la tercera prueba surgió de las aguas del río el niño prodigo, cuando ya todos comenzaban a desesperar.

"Llego el día en que cansados de esta existencia vagabunda el deseo de ver al padre mordió más hondo en sus almas inocentes.

"¿Pero, cómo llegaremos hasta él? —se preguntaban con enorme inconsuelo.— ¡Está tan lejos!

"Varios días permanecieron obsesionados por esta idea, imaginando un medio de llegar hasta Bari, que inmenso y brillante les alumbraba hoy nuevamente el camino, sin dejarse ver.

"El pequeño estuvo más pensativo y preocupado que nunca, aislado de los demás hermanos, hasta que al fin corrió a ellos jubiloso, gritándoles:

"Hay que hacer flechas, infinidad de flechas. Cada uno de nosotros tendrá que construir más de cien.

"En el acto se pusieron los siete hermanos a hacer flechas, con febril actividad. Y cuando estuvieron listas las lanzaron hacia **Bari**, viendo con sorpresa que todas ellas se quedaban en el espacio sin volver a tierra, como retenidas allí por una mano invisible; hasta que el último niño, el niño prodigo, lanzó la suya. Todas las flechas quedaron entonces suspendidas en el aire, colocándose instantáneamente, unas seguidas de otras, formando una inmensa escalera perpendicular, por las que subieron los hermanos, resueltos, animosos.

"Treparon y treparon bastante tiempo hasta llegar a una altura vertiginosa, donde se encontraron con un gran lago repleto de lagartos. Era preciso, sin embargo, ganar la otra orilla, donde se hallaba el anciano **Bari**, rodeado de innumerables flechas brillantes y luminosas.

"El lago estaba silencioso, sin alma viviente. No había en él ni siquiera una pequeña canoa

para atravesarlo. Flotaban en cambio en sus aguas amplios lomos de lagartos. Los muchachos sin reparar en la peligrosa aventura pusieron los pies en los lomos escamosos de las fieras, que comenzaron a nadar hacia la orilla opuesta.

"Ya estaban por llegar a la orilla que les significaba el afecto, las caricias paternales tanto tiempo anheladas, cuando un lagarto oculto en las aguas, hincó traidoramente sus dientes en el muslo derecho del hermano pequeño, que se retrasaba, soportando heroicamente el dolor, sin una queja! Los hermanos sólo advirtieron la desgracia cuando lo oyeron decir:

"—¡No me dejéis, hermanos! . . .

"Honda fué la consternación y la pena al darse cuenta de la tragedia del hermanito que les había salvado de tantos apuros, y furiosos tomaron venganza, emprendiendo un terrible ataque contra los lagartos, llegando a matar una gran cantidad de estos animales, buscando en sus dientes feroces el muslo tronchado del pequeño.

"Al fin lo encontraron. Trataron de adherirlo a la cintura del hermanito, inúltimamente. ¡El chico quedaría para siempre mutilado!

"**Bari**, que de cerca contemplaba la trágica escena, tuvo al fin compasión de sus hijos y para mejor prodigarles las caricias de su luz, los transfiguró, eternamente, en un grupo de siete hermosas y radiantes estrellas, que los **chamas** conocen con el nombre de **huismabú**; que significa "sin pierna": lo que en el mundo de los blancos llamámos las "siete cabritas".

—¡Ahí está, ahí está! ¿No ve? . . ., —terminó diciendo don Pedro, señalando en el cielo de cristal siete lejanos mundos, que formando una figura de trapecio, nos enviabán, desde millones

de millones de kilómetros, sus rayos de luz, como mariposas mágicas, de azules alas de ensueño, vibrando en la noche callada!

La luna ya ha escalado el cielo.

Inesperadamente la risa lánguida de un tibis corta la noche, y se pierde a lo lejos, volando, lentamente, por "el medio río"!...

EL MALIGNO

Aquella tarde Silverio, Calixto y Juan Medardo fueron a pescar a la playa de la banda, de blancas arenas, y después de efectuada ésta, ya a la puesta del sol, amarraron la canoa a la orilla y sentándose en rueda, alrededor de un fogón improvisado en un canto de la misma, se pusieron a conversar calmadamente sobre las incidencias del día.

Un **huacamayo** cruzaba el cielo, rimando los últimos resplandores de la tarde con sus coloridas alas, gritando de continuo, y volando con prisa, hacia su ignorado refugio en los montes, pues la noche se venía!...

El glu glu del río se acentuaba por momentos. ¡Qué silencioso está ésto!..., parece un panteón.

—¡De veras hom!...

Los tres hombres se miraron con la tristeza silenciosa de las gentes de las selvas, y sonrieron con desgano.

—Anoche silbó el **tunchi** cerca del **ushún**... —dijo Juan Medardo, mosoneando.

—Déjense de hablar de esas cosas, compa-

dre... En la soledad no es bueno, —advirtió Calixto.

—Cállate “marica”... gritóle Silverio, tirando con el cuchillo las escamas brillantes de una caña brava. Lo que es yo si el **tunchi** me silba le imito. A mi nunca me ha silbado.

—¡Te vas arrepentir, don Silverio!... No vayas a hacer ésto. Es muy malo, —dice Calixto mirando fijamente a su compañero.

—¿No vés que es el silbido de un muerto que no se ve?... Algunos dicen que es el “Aya-pullito”, un pajarito bien chiquito, de alas pardas; pero naidies lo ha visto, nunca naidies lo ha visto!...

Tú también crees en esas cosas..., también eres un “marica”, volvió a decir burlándose Silverio, y le dio la espalda silbando: “fin... fin... fin... fin..., finfin... —como lo hace el “tunchi”.

No había terminado de hacer esto cuando un sólo silbido largo, penetrante, hendió los aires, muy cerca de los tres hombres.

Calixto quedóse estático. Una corriente eléctrica le atravesó el cuerpo. “Moreno” y “Barincusi”, dos hermosos perros de caza, se aventaron a la carrera, ladrando furiosamente, contra lago que sólo ellos percibían en el aire.

—Finnn... silbó por segunda vez Silverio, imitando el silbido que acababa de oírse.

—¡Jesús!... —musitó Calixto en voz baja—. Ese es “el Maligno”. ¡Cállate don Silverio!...

Pero Silverio se reía...

Los perros ladraban desesperadamente, y a poco retrocedían y retrocedían como ante la amenaza de algún peligro muy próximo.

A poco se volvió a oír el extraño silbido, de nuevo; como alejándose ahora.

Y Silverio por segunda vez volvió a imitarlo.

Entonces sí que cosas extrañas principiaron a suceder: una lluvia de arena de la playa caía sobre los hombres a cada instante, como aventada por alguna mano invisible. Y los perros cesaron de ladrar, gimiendo lastimeramente.

Aquí Silverio púsose ya algo nervioso, y al igual que sus compañeros fue a sentirse bajo el techo improvisado de paja, que algún **chama** pasajero había dejado en la playa, cercano a la **tuschpa** —fogón.

Sobre este techo se dejó oír en este instante un ruido seco de huesos, que temblaban y se frotaban entre sí, como si un esqueleto macabro estuviese bailando sobre sus cabezas.

Esto era "demás". Salieron y no vieron nada.

Ya no aguantaron, Silverio, Calixto y Juan Medardo salieron apresuradamente hacia la canoa. De un empujón se lanzaron a la corriente, remando con fuerza, para alejarse de la fatídica playa.

Pero ni ahí les dejó en paz la horrorosa persecución: de los flancos de la canoa les echaban agua, como si alguien les siguiese, burlonamente, chicoteando el río con la mano. Y sólo después de un buen trecho, cuando los tres paisanos pusieronse a rezar, cesó "el Maligno" de perseguirlos.

Desde entonces Silverio no pasa más por esa playa y no ha vuelto a imitar el espeluznante silbido de las almas malas, que vagan en las selvas, asustando a los hombres!...

Después se supo que aquella playa era "pesada" y en ella silbaba siempre "el Maligno", por que hacen muchos años, los indios habían dado muerte ahí a dos frailes misioneros. ¡La llaman por esa la playa de "El Maligno"!

LA CHICUA

La **chicua** es el Yushín —demonio, espíritu— de los indios del Ucayali, y principalmente de los **campas**, esos indios esbeltos y atrevidos, celosos de su libertad en grado máximo, que viven por las pampas del Pajonal y el Alto Ucayali.

Cuando una **chicua** pasa volando sobre la cabeza de un **campa**, graznando su grito característico, éste queda sobrecogido por un vago temor supersticioso, abandonando inmediatamente la empresa que ha iniciado, sea la que sea, seguro de un mal próximo que le acecha en el aire. Y si la **chicua** pasa volando sobre su casa, abandona esta casa y va a construir otra muy lejos. ¡Tal es la honda impresión nerviosa motivada en ellos por el canto de este pájaro!

Y el pajarito aquel, agorero, que se burla así de los **campas**, es bello: de alas pardas y ojos de rubí, rojos como dos carbones encendidos!

Pregunté cuál era el motivo de esta superstición, tratándose de pájaro tan lindo, y me contaron esta leyenda:

Hace muchos años vivía en las regiones del Alta Ucayali una viejecita con sus hijos, en una casita próxima al río. Vivían muy felices. Los muchachos la ayudaban a "leñear" y buscar "mitayo" —carne de monte o pescado—. La madre quedábase siempre en casa y los chicos iban al monte, de donde volvían entrada la tarde, con todo lo necesario para el sustento, encontrando a la viejecita eternamente dedicada a la cocina u otros quehaceres domésticos.

Transcurrieron así muchos días y hasta unos cuantos años para el corto hogar, dentro de la felicidad relativa de este mundo, cuando un día vino la desgracia que anuncia la **chicua**, con su gritar agorera.

Los muchachos, fuéreronse, como de costumbre a "leñear", dejando sola a la viejita.

Esta vez volvieron algo tarde. Depositaron la leña y el **mitayo** junto a la olla grande de comida, que la anciana preparaba todos los días.

Empero, la anciana no estaba.

La buscaron por todas partes y nada, no daban con ella. La llamaron y oyeron que su voz les contestaba de manera extraña, unas veces por un lado, otras por otro, y pensando que estaría cerca, por el río o el monte próximo, en procura de lo necesario para la cena, sentáronse a charlar cerca de la **tuschpa** —fogón—, mientras el sol bajaba lentamente su gran lámpara de oro, hacia el monte.

La madre no llegaba.

Los muchachos se miraron inquietos y la llamaron nuevamente, oyendo que su voz les contestaba como antes, en forma confusa, en distintas direcciones, por el lado del **ushún** o por el lado del **huito**. Per ola viejecita no aparecía por ninguna parte.

Sumiéronse en honda consternación, y sentándose cerca del fuego tomaron la olla de comida. La voltearon silenciosamente sobre la hoja de plátano para comer mejor, tal como acostumbraba a hacerlo la madre cuya voz misteriosa les respondía por todas partes.

Esperaban verla aparecer de un momento a otro, cuando de improviso los hermanos quedáronse inmóviles, ante lo que veían; no querían creerlo: entre la comida vaciada en la hoja de plátano estaba el cuerpo en pedazos de la anciana madre, y fueron sus uñas y algunas vísceras no muertas aún, en la olla grande, las que contestaban hasta ese instante.

Amarga fue la pena y la comida desde aquel día para los muchachos, sólos, abandonados en la selva. Pero era dulce también el sabor de la venganza que les subía al corazón cada vez que pensaban en los asesinos de la pobre madre, que no podrían ser otros que los hombres de **Hatsinga**, el **campa** perverso que vivía más allá de Atalaya, acostumbrado a estas escenas sangrientas e inhumanas contra los moradores del río.

Ansiaban una venganza violenta contra dichos indios, cuando, instantáneamente, sintiéronse poseedores de poderes enormes, convirtiéndose el uno en rayo y el otro en tempestad. Cayeron velozmente sobre los **campas**, que se encontraban tranquilos y desprevenidos en sus chozas. En pleno monte donde éstos viven, la tempestad hubo de ser trágica, tremenda: retorcía los árboles y la maleza en figuras epilépticas. Las casas y todo lo que existía en el campamento **campa** fue arrasado por el huracán y fulminado por el rayo, en forma terrible, imposible de imaginar y menos narrar por hombre alguno.

Nada quedó del campamento campa de **Hatsinga**. ¡La vieja madrecita de los muchachos quedaba vengada!

Y éstos se convirtieron para toda la vida en un **huancahuí** el menor, y el mayor en una **chicua**, anunciadora de la tempestad y la mala ventura.

¡Así vinieron las **chicuas** al mundo!

Y es por eso que no hay **campa** que deje de sufrir honda impresión supersticiosa al oír el "chi... chi... chicuá" ... del pajarito de alas pardas y ojos de fuego, agoreros.

¡Chi... chi... chi...! ¡Chi... chi, chi... cuá chicuá...

EL HUANCAHUI

¿Quiere usted saber la historia del **huancahuí**?

Verá usted: sobre el lago Cumancaya —en el Río Ucayali— hace años, muchos años, existió un pueblo de nombre ya olvidado.

A raíz de un cataclismo el pueblo se hundió con sus moradores en las profundidades de un lago, desde el que pedían soga para salvarse. Y como no había gentes cercanas por ahí, nadie les prestaba auxilio.

Pero un indio, que había ido a “montear”, volvía en su canoa, y oyó los gritos de los pobladores naufragos. A través de toda la extensión del lago se oía decir:

—¡Soga!... ¡Soga!... ¡Soga!... —como saliendo de las aguas hondas y dormidas.

El indio, que era del pueblo en cuestión, presintió que algo extraño había sucedido en su ausencia, pero pronto una voz misteriosa le enteró de lo acontecido, sintiendo al mismo tiempo, que una fuerza magnética y extraña le atraía, le instaba a sumergirse en las profundidades del lago, y así lo hizo en la esperanza de unirse a sus afiliados y paisanos.

Mientras tanto principiaron a salir del lago diversas aves. Eran los moradores del pueblo desaparecido. Desesperados por el hambre comieron de las hojas del **renaco**, planta que crece en las riberas de todos los lagos de estas regiones, alimento preferido por las aves, por cuya virtud convirtiéronse en pájaros de bellos colores y plumajes.

El indio, dominado igualmente por el hambre, comió del árbol de **renaco**; pero no de sus hojas, sino de sus frutos, sintiéndose desfallecer al momento. Púsese a cantar en quechua una canción rara: **huañushcanan...** **huañushcanan...** cantaba el indio, que quiere decir: "va ha haber muerto" . . . "va ha haber muerto". En ese mismo instante cayó al lago una víbora, de entre las ramas de dicho árbol. El indio se comió la víbora, transformándose, acto seguido, en una ave grande, de alas cenicientas, que ahora lleva el nombre de **huancahuí!** . . .

Desde entonces oímos en las selvas amazónicas a este pájaro, cantando en los veranos, anunciando la muerte.

¡Huancahuí!.. **huancahuí!..** **huancahuí!** que en la rica imaginación nativa, tejedora de leyendas, dice más bien: **¡Huañushcanan...** **huañushcanan...** **huañushcanan!**

¡va ha haber muerto!
¡va ha haber muerto!
¡va ha haber muerto!

LA YARA

Remen fuerte y no paren hasta llegar. Vean que nos quedamos sin nada. Díganle al "patrón viejo" que ya no tenemos ni miel para endulzar el café y que la sal se está acabando...

Y como la canoa, a la que grita Raimundo estas palabras se aleja un trecho más, al impulso de la corriente, respira con fuerza y acercando las manos a los labios, rodeando la barbilla y el bigote, grita nuevamente, con mayor fuerza.

—Díganle también que falta Pedro Macuyama y que Romualdo Tinaschi ha bajado anoche, huido... Que los haga subir...

El chapotear rítmico de los remos de los cocamas, entrando y saliendo en las aguas sombrías, golpeando el borde de la canoa en el intervalo, se oye un rato, y luego nada. Una multitud de **pihuichos** —especie de loros muy pequeños— está cruzando los aires en desparramada bandada verde, gritando y gritando. Se alejan. Finalmente la inusitada sinfonía verde de los inesperados viajeros del espacio se proyecta a lo lejos, entre el arco iris, que une el río con el cielo, dulcemente, abrazándolo de banda a banda.

Más allá de la última casa de la otra banda del río se los ve ahora apenas... y desaparecen. La canoa también se ha perdido en un recodo del monte.

¡Silencio de las selvas, poblado de mil pequeños ruidos extraños del viento y los árboles, y los árboles y los millones y millones de insectos noctámbulos, reyes de la floresta, que principian a salir gimiendo y chirriando a la caída del sol! ¡Reyes de la floresta en sombras, en las que sólo losañañahuis —“ojos de difuntos”— dibujan los contornos voltaicos de sus luces azules!

La noche se desploma, fina como un manto de tisú sobre el alma de Raimundo. Su angustia muerta, sin la presencia de un sólo ojo humano, se funde en sí misma, en torno al mundo vivo que triunfalmente lo envuelve en su silencio cósmico.

¡Ni los ojos, ni la palabra amiga!

Habría de permanecer aislado por sabe Dios cuántos días, hermanado con la soledad y el silencio, viejos camaradas del trabajador de las selvas. ¡Quién sabe cuándo regresaría la comisión despachada río abajo, con sus mejores peones, en busca de víveres para la tala de la caoba, tan codiciada por los “gringos” de la ciudad.

¡Cuatro meses en el mismo sitio, con la misma comida, las mismas caras y los benditos mosquitos, y sin ver ni un rostro de mujer! ¡Ah!, estaba a puntode mandar todo al diablo. Furtivamente, al anochecer de todos los días, a la luz del farol, saca del oloroso baúl de **loiro rosa** el retrato de la novia lejana en España, y poniéndolo sobre el banco de la mesa lo contempla largos minutos en silencio, y lo vuelve a guardar. Ansía con vehemencia que el río crezca para echar al agua los troncos de caoba cortados ha-

ce meses en el monte, y bajar con ellos a la ciudad, en una gran balsa. ¡Y luego a Europa..., la felicidad por los brazos de Purilla, la novia de España!

Con este pensamiento respira ahora Raimundo con más fuerza y animándose de pronto se pone a templar su mosquitero. El sancudero canta su "sinnn" . . . monocorde y desesperante. Los mosquitos, en cambio, se han acostado ya. Sólo queda en pie este zumbido habitual, eterno, que le sabe hoy más que nunca a abandono y nostalgia. ¡La selva es una tremenda carga de nostalgias! Le falta una **timbina** para templar su mosquitero y sale de la barraca a buscar una rama de guayaba para hacerlo, cuando instantáneamente ve que cerca del huacapu inmediato al árbol de plátano, y detrás de una de sus hojas, lo acecha un bellísimo rostro de mujer. Hay suficiente luz aún en la mata para el arrobamiento y el ensueño. La ve bien: tiene la sonrisa blanca como el amuleto de la corvina, y los ojos verdes como las ojas del plátano, entre los que se esconde; la tez, igualita a la fruta del **tumbo** maduro. Los cabellos —cosa extraña— tienen el mismo color de los ojos, ciñendo airosamente la comba de sus caderas perfectas. La tersura de su busto hiere despiadadamente la mirada alucinada de Raimundo. Lleva la saya de percal como las indias, pero la de la bella aparicida es a anchas listas blancas y verdes, graciosamente recogida con la mano derecha, para mejor deslizarse por el caminito de la bajada del río. Por momentos la ve voltear la cara hacia él y mirarlo tierna, provocativamente. Y él, sin pensar más en llegar hasta ella, la sigue, sonámbulo, poseído, a través de la maleza. Pero a medida que apresura el paso, la visión se aleja, burlando sus

ansias, por el caminito hacia el río. Sus pies parecen no tocar la tierra. Ahora llega hasta la morada planta de **nullacas**, arriba del montículo bermejo, sobre la balsa de aguas de sus desvelos, con la que compraría la felicidad. Como un sediento del desierto, siente pastosa la lengua y un nudo en la garganta, y ya va a llegar hasta su bella visión, está a diez pasos apenas, cuando bruscamente ésta se pierde, cerca de la balsa.

Raimundo siente un choque eléctrico por todo el cuerpo, y, vuelto en sí de la sorpresa, torna a subir, receloso, a su barraca, con el tacto del corazón más fuerte y acelerado, y una pena honda, inexplicable. Ya allí, un poco más sereno, después de arreglar le mosquitero, se sobrepone, y va a dormir, cuando oye voces de risas y música en el río, por el lado de la balsa, cerca de la que se perdiera la mujer verde. Vuelto a salir de la barraca, esta vez irritado y con el ceño duro, no ve otra cosa que el rebrillar lento del "medio río" y la sombra obscura de la balsa a la pálida luz de las estrellas. El **tuhuayo** canta su grito negro en la otra banda.

Vuelve a entrar en su barraca, e intrigado, siempre con el ceño duro, toma la escopeta y se la pone de almohada en la cama, listo para usar del arma a la primera ocasión.

El silencio vuelve a hacerse en torno a su barraca. El grillo reza su lágida canción de siempre, y el **tuhuayo** interrumpe de tiempo en tiempo el cantar del grillo, con las negras alas cortando la negra noche, gritando de árbol en árbol: ¡tuhuayo, tuhuayo!... Una desolación metafísica cae sobre la pobre alma en vela de Raimundo. El **buubú**, que todas las noches canta en el árbol de **ushún**, con los ojos enormes aus-

cultando la noche, esta vez le parece también raro y de mal agüero. Sin embargo, se sobrepone y achaca todo a simplezas de su imaginación sobreexcitada. Trata de conciliar el sueño. ¿Así se irá a pasar la noche? Siente rabia de sí mismo... El recuerdo tenaz de la bella visión de la tarde se le presenta a todo instante, como fijo en el techo y los costados del mosquitero, entre las sombras de sus párpados cerrados, que buscan el sueño. El farol sobre la *tuschpa*, con la mecha bien baja, la luz tenue, alumbría apenas.

De pronto vuelve a oír murmullo de risas y música por el lado de la balsa, como en la tarde.

Oye claramente el silbar del pífano y el tam... ta... tam... ta... ta... tam... característico de las fiestas de los cocamas. El tambor retumba tan pronto por el lado del río como por tras del cerro de la casa de Tuanama, donde viven algunos peones madereros. "Ellos no pueden ser —se dice— porque están en "el centro" cortando madera, y sólo volverán pasado mañana..."

Así está pensando cuando por sobre su cabeza, sobre el mosquitero, oye un golpe flojo, e inmediatamente siente que algo se mueve chillando como un pez recién tirado del río por el anzuelo..., grita parecido al *zúngaro* y da coletazos violentos sobre los palos y la paja del techo de la barraca, como una *arahuana*; hasta que tras de unos minutos se calla.

Nuevamente el silencio.

Raimundo no se mueve de la cama, sin dar a todo esto otra importancia que a la de una nueva alucinación. Sigue pensando, pensando... Ve nuevamente la mirada verde de la embrujadora mujer de la tarde... ve luego rojo, rojo... azul... negro... hasta que el olvido se le mete

en el alma, aquella noche suspensa de un hilo.
Duerme.

La mano se le abre como una dádiva y luego como una caricia, junto al gatillo de la escopeta.

A la mañana siguiente, de madrugada, llegan Faustino, Olympio y Lorenzo, los peones cocamas madereros que regresan del "centro" antes de tiempo, por falta de agua en la quebrada para rodar la caoba lista en el monte, y al saber de labios del propio Raimundo lo ocurrido, le asegura seriamente que ha perdido la fortuna; que aquella mujer tan bella que perturbaría en adelante sus sueños hasta la congoja, hasta hacerle olvidar cualquier otro amor, **era la Yara**..., la diosa de los lagos solitarios, que se presenta al hombre de su predilección en la soledad de las selvas, tratando de arrastrarlo a sus dominios...

—Te has salvado, patrón...: casisita te roba **la Yara**... —le dijo Lorenzo. Raimundo recuerda "el diente de lagarto curado" que desde chico lleva pendiente del pecho, regalo de "don Domingón", el cearense amigo de su padre, que se lo puso diciéndole que aquello era contra todos los males y maleficios de este mundo.

—Pero has perdido tu buena suerte, patrón... —dijo Faustino—. Ese peje grande que tiró **la Yara** era para tí... era tu buena suerte, que has debido agarrar ligero...

—**La Yara**, enamorada del "patrón joven", le ha tirado el peje de la buena suerte, hom... —comentaban en voz baja los tres cocamas, en la mañana diáfana, echando con el **pate** el agua de la lluvia estancada en la canoa.

—Ahora sí, don Raimundo ya no se va a casar, hom!... Dicen que **la Yara** no se puede olvidar cuando se ve una vez, hom!...

El bintí bili y los zul zuls saludan a un sol limpio, emergiendo de los árboles.

El "pájaro carpintero" repiquetea cerca de la casa de Tuanama, sobre un árbol de "remocaspi", construyendo con tenacidad incansable una cuna, anunciando la hora del trabajo.

La mañana fresca invita al baño en el río de cristal beige que se desliza lento, rebrillando, a los rayos tibios aún del sol.

Cuentan que a raíz de aquel día Raimundo vivió obsesionado por el recuerdo de **la Yara**. La buscaba obstinadamente por ríos y montes, y cuando bajó a la ciudad con su balsa buscaba también allí un rostro parecido al de la extraña visión, la mujer verde; sin conseguirlo jamás. Y que desde entonces ya no quiso saber nada de la novia de España.

COCHA EMBRUJADA

El indio Ronquino quedóse de pronto pensativo, como si buscara algo en el fondo más oscuro de la mata, la razón de algún enigma que le preocupara. Prendió el remo en la playa y amarró la soga de la canoa en el remo, para descansar un rato con **Yamoekeyo** y **Netebari**, sus dos hijas mayores, de extraordinaria belleza.

Miraba fijamente el horizonte del río, recordando la infancia de estas dos hijas, a quienes no tardaría en llevárselas algún hombre de la tribu, un día de esos... Luego, como el sol se iba ya ocultando, resolvió volver a su casa, llevando la pesca del día. Y Ineta, floja, pensativamente, fuese, río abajo, metiendo y sacando el remo en el espejo del agua morena y tranquila, que reflejaba impecablemente los últimos resplandor de la tarde, como al desgano.

No pasaron muchos días sin que se realizaran sus presentimientos. El indio Cirilo, apuesto y

musculoso mancebo del río Pisque, buen cazador y excelente **mitayero** —pescador y buscador del sustento diario, en lengua indígena— llegó hasta él, a pedirle la mano de **Yamoekyo** —“se acabó la noche”—, la mayor de sus hijas, la más linda, de ojos de noche y dientes blancos como el corazón de la **chonta**.

Ronquino nada le contestó de momento. Pidió tiempo para pensarla, como era de usanza en la tribu, ofreciéndole dar su respuesta en la próxima luna. Mientras tanto, el huésped sería tratado con todas las atenciones y delicadezas de costumbre entre los suyos.

Y así fue... Pasado dicho tiempo, Ronquino reunió a toda su familia y parientes, y elogiando ante ellos las cualidades del pretendiente, fijó las condiciones de la boda: el pretendiente de **Yamoekyo** habría de ser buen pescador y **mitayero**, pero sobre todo: ¡muy puro en el amor! Tendría que ser capaz de no amar ni besar a mujer alguna, ¡que no fuera su hija. Y habría de pasarse también una luna pescando y cazando **charapas** —tortugas de río— para la boda, en la “cocha de los camungos”.

Cirilo aceptó de buen grado estas condiciones. Dibujóse en sus labios cierta sonrisa de suficiencia y superioridad, y sin más preámbulos tomó su canoa y se fue, por el camino del río, seguro de su triunfo.



Trascurrieron varios días con sus noches. Esas noches de las selvas: cálidas y llenas de sugerencias mil, para la imaginación de cualquier ser humano. Cirilo era un indio valiente y nada temía con su arpón y sus flechas en la mano. Pero

se hastiaba demasiado en las soledades del lago. Los **camungos**, que cantaban todo el día, eran su única distracción, con su lánguido grito, en las horas en que el sol quemaba fuertemente: ¡camungo!... ¡camungo!...

Una de esas tardes, en que miraba distraído dos charapas volteadas en la playa la noche anterior, muy cerca de la canoa, faltando ya muy pocos días para tornar triunfante a los brazos de su novia, vio venir hacia él, velozmente, de la otra banda de la cocha, una guapísima muchacha, en una ligera canoa. Y cuál no sería su sorpresa al ver que la muchacha era una antigua conocida, una antigua enamorada, a quien creía en esos momentos, en ríos ¡muy distantes! **Barincushi** —“sol fuerte”— como se llamaba la muchacha, saltó a la playa radiante de contento, y quejándose de su olvido y abandono fue trayendo a su memoria de antiguo enamorado los mejores momentos de antaño, en charla vivaz, prometiéndole mil paraísos terrenales, si abandonaba a **Yamoekeyo** y se quedaba con ella.

Cirilo rechazóla enérgicamente al principio, recordando la palabra empeñada al viejo y fiero Ronquino; pero después pensó en que la situación especial de aislamiento de la cocha le permitiría realizar cualesquier hecho sin ser visto, y sin poderse resistir por más tiempo, rodeó con sus fuertes brazos el talle de su tentadora visitante y la besó.

Cuenta la leyenda que aconteció entonces, instantáneamente, un hecho inaudito: convirtióse la muchacha, como por arte de encantamiento, en una enorme **yacumana** —“madre del agua”—, especie de boa o culebra enorme; la que lanzando espeluznantes silbidos principió a enroscarse al cuerpo del indio, ahogándolo poco a

poco, paulatinamente. Y el final del incauto mancebo habría sido la muerte, de no haberse presentado háí mismo una canoa a todo el remar de dos enormes lobos, los que saltando a la playa pusieronse a aullar hórridamente, ordenando con energía a la **yacumana** que se volviese inmediatamente por donde había venido. La **yacumana** se perdió en las profundidades del río, dejando en el aire el eco de su atroz silbido metálico, capaz de helar la sangre del más valeroso de los mortales.

Los lobos advirtieron entonces a **Cirilo** que acababa de correr un grave riesgo; que se había salvado gracias a los dientes del lagarto que llevaba en el cinturón, y a que era valiente, pero que en pago de ello habría de permanecer durante tres lunas sin besar a ninguna mujer; no debiendo esperar sino fatales consecuencias del incumplimiento de esta nueva penitencia, porque su alma, desde ese momento, quedaba unida —como por un hilo invisible— a la voluntad de la **yacumama**, de cuyos poderes no podrían salvarle por una segunda vez.

Aceptó agradecido Cirilo, prometiendo cumplir fielmente el compromiso, y los lobos desaparecieron en la misma canoa en que habían venido, que a poco de andar en el río convirtióse en un ligero lagarto, que se perdió en las profundidades de la cocha, por el mismo camino de la **yacumama**.

Cirilo quedó profundamente consternado, y como ya tenía el número suficiente de **charapas** ofrecidas a su futuro suegro, y el plazo se había vencido, resolvió volver a la casa de su novia.

En el caserío de Ronquino celebráronse grandes fiestas a la llegada del pretendiente. El vie-

jo indio, severo y adusto, recibió amablemente al mancebo sobre la blanca arena de la loma próxima a su casa, concediéndole definitivamente la mano de su encantadora hija, y como el joven no alegase nada, temeroso de ser descubierto, fijó en una luna más, tan sólo, la fecha de la boda.

Cirilo no atinaba a salir del embarazo. Interrogado por su novia y familia sobre su vida en la "cocha de los camungos", de la que tanto se hablaba y se contaban historias tan misteriosas, hubo de mentir inventando hechos difíciles vencidos por su pericia de pescador. Cuidóse muy bien, por cierto, de decir la verdad. Pero a veces, el encontrarse con **Yamoekyo** a solas, no sabía qué decir y se turbaba por entero cuando sentía el perfume del **piripiri** y otras flores selváticas en sus cabellos. Sentía entonces ansias superiores a sus fuerzas, de besarla inmediatamente. ¡Pero se contenía! **Yamoekyo** no sabía explicarse esta conducta de su amado. Cada vez lo notaba más abatido y ella cada vez se embellécía más y más, regalándose entre sus brazos, mimosa. Mientras tanto los días volaban y la luna en cuarto creciente se agrandaba. ¡Cuando estuviese llena, toda redonda, alumbrando el río y la loma blanca, se uniría para siempre a su amado!...

Pero, ¿qué le pasaría a Cirilo? A medida que se acercaba la fecha de la boda, cuando precisamente debía estar más contento y feliz, se le vela triste y alejarse más de su novia. ¡Su espíritu parecía estar ausente de todo, en otra parte!

Y como todo llega, aunque sea por una vez en este mundo, llegó también el día de la boda de Cirilo y **Yamoekyo**: nombre dulce que quiere

dicir en **chama** "se acabó la noche"!... Y Cirilo, como nada podía alegar ya, hubo de casarse con su bella prometida.

Los pífanos y tambores esparcieron por los aires, durante la noche íntegra, la sencilla alegría de la indiada, y el masato fermentado se bebía abundantemente, celebrando la felicidad de la joven pareja. Pero cuando la luna más en alto se encontraba, un grito tremendo paralizó el regocijo general, viéndose una sombra correr por la loma blanca, y arrojarse desde lo alto de ella al río.

Se hizo el más profundo silencio, y no se vio más nada en la superficie de las aguas tranquilas, bañadas por la luna llena. El cuerpo de Cirilo había desaparecido entre los anillos feroces de la misteriosa **yacumama**.



Cuentan los brujos y asegura la leyenda que aquello se debió a que Cirilo, en la noche de la boda, no pudiendo resistir por más tiempo las tentaciones de su dulce amada, ya su esposa, quiso besarla, faltando a la promesa contraída con los lobos, en la "cocha de los camungos". Por lo que inmediatamente fue arrastrado, enloquecido, a las profundidades de las aguas donde eternamente mora la "madre del agua"! que tenía amarrada a su poder, como por un hilo, el alma de Cirilo Hatsinga! Desde la triste tarde aquella en que faltó, por primera vez, al compromiso contraído con el viejo y sereno padre de la bella **Yamoekayo**.

LOS BUSCADORES DE ORO NEGRO

Con aletear lento, distendido, van volando, volando, las garzas: hostias de nube en pos de refugio.

Luego siguen los manshacos que han terminado de oficiar su misa, en las reverberantes arenas de la playa grávida de peces. Sólo la pinsha cno la tragedia cotidiana de su descomunal pico políchromo, mirando al cielo, mansamente, se ha replegado a la orilla a rezar el rosario de lluvias que ha de calmar su sed.

Poco a poco el ambiente se vacía en un gran silencio, que se esparce sin fin en verdor inmenso... Cada vez se siente ya más cerca ese rumor sordo, característico de tempestad próxima, lejano al principio, pero que ahora parece que se agrandara a medida que el sol desciende, lentamente, como si una descomunal catarata de todos los enormes ríos de la selva estuviera devastando, poco a poco, todo el monte brumoso, árbol por árbol.

—¡Cómo tardan!... Ya debían haber llegado. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Dónde estarán? Ojalá estén llegando — dice en dialecto cocama,

con inquietud prolongada, la india Zoila, que lleva a la espalda su criatura, en una hamaca típica, muy chiquita. Es la mujer de Antonio, uno de los mejores trabajadores del caucho o la shiringa: *joro negro!*, como le llamaban a este producto industrial antes de la gran guerra, los pobladores de las selvas amazónicas, por su enorme valor, casi sólo comparable al de ese metal precioso, y actualmente el petróleo.

Avanza unos pasos, la india Zoila, hasta llegar al borde del barranco que va a dar al río, con el oído atento, la respiración contenida, mirando el horizonte, sin ver nada.

Sus ojos negros y penetrantes se prolongan aceradamente en el lánguido atardecer del cielo, el río y los montes, con enorme inquietud, quizás bajo el presentimiento de una desgracia irreparable. De vez en cuando, los relámpagos iluminan su gesto duro y bello; porque... ¿por qué no decirlo? La india Zoila era salvajemente bella, y tenía locos a los peones de la comarca entera, y hasta al "patrón mozo", como le llamaban al hijo del "patrón viejo", a quien precisamente se esperaba esa tarde, de vuelta de la shiringa.



—Sebastián, ¿a qué hora cae esto?...— pregunta con las manos en la americana un joven blanco, de ojos azules.

Es el "patrón mozo", que no hace mucho ha regresado de Europa. Un indio fornido, viejo y de espesas arrugas, pero fuerte aún, se pone la mano en la frente y otea en los cuatro horizontes del cielo el indicio seguro —porque la

selva también a veces engaña— y contesta con voz ronca:

—¡Hum!... No tarda ja patrón, agoríña ja...
¡Qué ventarrón que se viene!...

Habla Sebastián, indio cocama medio aportuguésado, a fuerza de las largas estadías de antaño con caucheros cearenses —allá por la banatela de unos 50 años— de los que conserva todavía el pantalón listado de fino casimir inglés, que nunca llegó a ponérselo, y que pidió al patrón el día de su casamiento... porque le vuela a él usar de aquella misma tela. También entonces el patrón nada les negaba, la shirinda valía un mundo, y siendo él shiringuero, podía pedir cuanto quiera — ¡eran los tiempos del oro negro!

Mientras que ahora, cuentan sus hijos, que alguna vez lo encontraron borracho con ron de quemar robado, en vez de cachaza que se la prohibieron los patrones jóvenes, panegiristas de una ley seca que él no atina a comprender.

Luego que ha contestado al “patrón mozo”, Sebastián le hace un saludo con la gorra y vuelve a levantar su lampa al hombro muy despacio, camino de barbacoa, en la que le estará aguardando su gran parte de mazato bien fermentado por su india, tan vieja como él.



Gruesas gotas tachonean frenéticas desde hace media hora los techos de las casas, y una lucecita débil y vacilante se ve entre las hojas de los árboles. El viento zumba con fuerza, lugubriamente, haciendo volar por momentos las planchas de zinc del techo del aserradero cercano a la casa del “patrón viejo”. El huracán

cimbra los árboles y todo lo que encuentra a su paso.

De pronto se oyen golpes secos y acompasados, y una lucecita débil y vacilante aparece apenas, y se apaga luego en un recodo del río, muy a lo lejos..., allá... en la otra banda, encendiéndose en las almas secretas ilusiones. Las mujeres de los shiringueros se agitan y suspiran largamente. ¡Cuántas promesas encarna para ellas la vuelta del trabajo de la shiringa, ¡tan tupida de peligros!

Y todas se arremolinan en el puerto, cerca de la casa del patrón, donde ha de desembarcarse el precioso producto, que les robara tantos meses el amante, el marido o el padre. Muchas de ellas, principalmente la nombrada Zoila, hubieron de velar las angustiosas soledades de muchos días y noches junto al primogénito, que siempre se les ve portar a la espalda y al que no conoce aún el shiringuero, buscador infatigable de oro negro, que tuvo que trocar su luna de miel por dicha búsqueda, en los manchales. Más ahora la zozobra y la angustia no son tanta, pues, al fin, todos esperan ver pronto a sus seres queridos, y Zoila como la que más.

Nadie ignora, sin embargo, los enormes peligros que guarda la selva en todo momento, y más en aquellos: el desgaje de un sólo árbol sería suficiente para hacer naufragar una embarcación. Por eso la inquietud está aún pintada en todos los rostros.

Mientras esto sucede, a pocos kilómetros de distancia, sin poder todavía ser vistas, varias cañonas avanzan muy despacio, trabajosamente, cargadas de las bolas redondas y negras del caucho: ¡oro negro!... van escoltando una embarcación grande, la más grande de todas, que es

la del patrón; cuya voz animando a los remeros se deja oír apenas, entremezclada con la batallola del hogar fragoroso y acompañado de los remos de los shiringueros, que entran y salen cada vez con más ansias, en el espejo brumoso de las aguas del río, dominando el eco continuo de la turbonada, en un monte de azabache, que se cimbra y se revuelve constantemente, amenazador. El peligro está doquier, la turbona arrecia por todas partes sin descanso. Apenas si se puede avanzar y, por instantes, nada se puede hacer.

De repente, la figura en zigzag violento de una luz, seguida de un estampido enorme, se proyecta sobre el pensamiento, para recordarle lo poco que cuesta morir en estos momentos, e instantáneamente se han iluminado diez caras morenas, que se balancean rítmicas en la montería del patrón, sobre la trayectoria curva de los puños musculosos y las caras tostadas por la canícula d'elas selvas. La misma actitud nostálgica se hubiera podido observar en el instante en los remeros de las embarcaciones cercanas, cargadas hasta el borde, que avanzaban pesadamente. Pero en sus miradas había mucha reciedumbre, como si hubieran estado gritando una gran amenaza, a la inmensidad del cielo negro.

¡Volver a ver a sus mujeres, después de tantos meses! ¡Oh, bellos momentos de la vida del shiringuero, bueno y rebelde!... Sus grandes momentos son los de peligro, que constantemente ofrece la selva, con la que aprendió a luchar desde que vio por vez primera su sol magnífico y sintió el olor agreste de su tierra fecunda.

Las canoas llegaron al puerto, por fin, y va a principiarse en breve el desembarco de las

grandes bolas de shiringa, por los peones designados por el patrón para ese trabajo.

A la tempestad ha seguido una gran calma en la naturaleza, y algunas estrellas principian a brillar.

El patrón desembarca de su gran montería cargado por un recio indio, para preservarse del barro, en medio de las mujeres, los peones y la alegría general ambiente. Todos le saludan reverentes.

Las mujeres conversan en su dialecto con sus maridos, y los abrazan, y es indescriptible todo lo que pasa en estos momentos.



Bruscamente, la india Zoila, con el semblante demudado y nerviosísima, corre hacia el patrón, y le intercepta el paso para preguntarle por Antonio, su marido, que no lo encuentra por ninguna parte... y Lorenzo le ha dicho que venía en una embarcación cargada de productos y chucherías de regalos para "sus niños". Su canoa —anotaba Lorenzo—, venía más atrás de las otras, bastante retrasada, y seguramente estaría viniendo...

El patrón atiende la súplica de la india, y envía algunos peones a buscar al "cholo" Antonio, tan querido por sus nietos.

Pasa algún tiempo, y como sucede frecuentemente en la selva, preñada de sorpresas y mutaciones bruscas, se ha limpiado el cielo, y poco a poco las estrellas y una hermosa luna de verano alumbran la noche... Se oyen a lo lejos los golpes del tambor y la grata algarabía de algunos instrumentos musicales típicos, que traen

el viento, desde las casas de los shiringueros y la peonada del caserío en fiesta.

Solo la india Zoila permanece como ausente de la diversión, no obstante hallarse en ella. Sus ojos asombrados han perdido sus resplandores y su negrura. Con su hijito a cuestas, amaqueado a la espalda, aguarda la llegada de su shiringuero, que ya no puede ser... porque allá, a algunos kilómetros río adentro, ha quedado Antonio carbonizado por el rayo, en la canoa, bajada ahora a voluntad por la corriente, haciendo competencia de color con sus negras bolas de shiringa: ¡oro negro!...

¡La vida del buscador de oro negro, en la selva, así era!



Daniel Harris tiene las características sicológicas del hombre de la Amazonía. Es ambicioso y violento.

En el amor con frecuencia tropieza con grandes dificultades, por su temperamento dominante e imperioso, al que llega a supeditar otros sentimientos. Nunca ha estado verdaderamente enamorado.

Vive con aspiración renovada y latente de grandezas. Vivir por vivir, como tantos otros lo hacen, le parece a él sencillamente detestable: "A vivir como vitrina de avenida, preferiría pegarme un tiro".... se le oye decir siempre.

Cuando su existencia es parca en emociones, él se las crea a cualquier precio, aun tropezando con serias limitaciones de orden material. Entonces piensa decepcionado que la felicidad es un

atributo del dinero. Pero cuando ve a los hombres en el mercado de la vida, empeñar por ella los mejores valores del espíritu, se rebela y exclama indignado: "Maldito dinero que para tantos es la mayor felicidad alcanzable en este mundo...". El recuerda haber tenido en ocasiones mucho dinero y no haber sacado en resumidas cuentas, al final, más que diversiones fugaces y hastío...

Ha viajado algo, pero los viajes también no le han brindado sino frutos incompletos.

Y un día, al regresar de su último viaje por Norte América, cual arriesgado jugador a la bolsa, que de golpe decidese a jugar toda su fortuna a las acciones en alza, Daniel Harris resuelve hacerse aviador. Le subyuga la pasión del vuelo, desea encontrar nuevas emociones o en el peor de los casos la muerte: que todo lo prefiere ya a su vida actual, que principia a sentir la vacía y mediocre.

2

A los dos años sale de la escuela de aviación de Ancón, donde ha hecho su aprendizaje, brevetado de piloto aviador y con el grado de alferez de la aviación peruana. Poco después lo destacan a Iquitos, hermoso puerto fluvial sobre el gran río Amazonas, de donde es nativo.

Allí vive su padre, don Samuel Harris, viejo gentleman cortés y enigmático, austeramente retraído en su casita de campo, cercana a la ciudad. Muy poco sábase de su vida; pero de lo que nadie duda es de que "Dani" —como llama

a Daniel desde muchacho— es su único cariño e ideal.

Ahora volverá a verlo, a tenerlo a su lado, después de más de dos lustros de ausencia. Y el día de su arribo, con jubiloso pensamiento, va el anciano al campo de aviación. Daniel llega de Lima con otros aviadores, en cómodo y moderno trimotor.

“Dani” vendrá quizás a calmar la ignorada tragedia de la vida de Mr. Harris, que llena sus noches de negra e interminable angustia. Noches en que se siente morir. Misteriosas y bellas como son las de las selvas amazónicas, que pueblan no obstante su imaginación, de obsesionantes pensamientos y visiones. Su nerviosidad es tanto, a veces, que se asusta hasta del alegre y dulce canto de las “mariquías”: palmípedos salvajes que vuelan en bandadas, de uno a otro punto de las selvas, orillando los ríos, comúnmente en las noches de luna...



Daniel Harris no conoció a su madre: “Murió cuando tenía apenas dos años”, le contó en cierta oportunidad don Samuel Harris, quien rehúsa y se entristece profundamente cuando se habla de ello.

Más ahora Mr. Harris piensa: “Es ya un hombre ‘Dani’. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Es el vivo retrato de su madre: sí, son de ella su sonrisa y sus ojos de mirar indescifrable, al mismo tiempo dulce y cruel: ¡como ella!...”

Y en los atardeceres, sus ojos se pierden en la lejanía de sus recuerdos íntimos y el horizonte, teñido de unos como grandes brochazos de sangre, trazados por la mano maestra del pintor

señor Sol, energico y omnipotente rey de la amazonía salvaje.

3

Una tarde don Samuel Harris está solo. A hurtadillas brilla una lágrima, en sus cansadas pupilas, bajo la evocación de extraños recuerdos, cuando es sorprendido por su hijo, que llega en este instante con dos aviadores, compañeros suyos, precedidos por "Gavilán", hermoso perro de caza, que salta alborozado y hace fiestas a los visitantes. Mr. Harris precipitadamente se limpia los ojos y sonríe.

—Buenas tardes, papá —le dice Daniel, abrazándolo como de costumbre, mientras inquieto procura explicarse íntimamente el motivo de la insólita pena que acaba de descubrir en su padre. Se sobrepone luego, tratando de quitarle importancia, y agrega familiar y jovial:

—Mi viejo: te presento a los tenientes José Ramírez y Miguel Delaney, mis compañeros y mejores amigos, desde la escuela de aviación.

Los aludidos jóvenes aviadores se inclinan corteses ante el papá de Daniel, y dice el primero de los nombrados, sonriendo:

—Efectivamente, somos muy buenos amigos: Daniel es un gran muchacho, quitándole su único gran defecto: ¡su eterna insatisfacción por todo! Pero con Delaney y conmigo se entiende perfectamente; tanto que en la escuela nos apodaron "El Triángulo", pues andábamos siempre juntos y siempre de acuerdo.

Acto seguido, Mr. Harris invita a todos a pasar al salón próximo, especie de hall que da al campo, en el que corre suficiente aire para mitigar

la cálida temperatura ambiente. Charlan allí un buen rato y luego pasan al comedor, a cenar.

La cena es frugal. Trascurre alegre, salpicada de risas y anécdotas de la vida de los tres aviadores: peripecias y triunfos de la carrera..., en fin, de cuanto pueden hablar en presencia de Mr. Harris, que aunque bonachón y cordial, inspira siempre a todo el que lo conoce no sé qué raro y silencioso respeto.

Terminada la cena vuelven al hall a charlar y fumar.

A las diez de la noche despídense los amigos de Daniel, quedando en verse con él a la mañana siguiente, en el campo de aviación. De orden superior tendrán que realizar unos vuelos de excursión, a causa de ciertos disturbios internacionales recientes.

Los dos jóvenes aviadores visitantes saludan afectuosamente a Mr. Harris y Daniel, no sin gritar antes al último al salir de la casa:

—Mañana a madrugar... ¡Que no se te peguen las sábanas!...

Sus sombras proyectan largas en las paredes de algunas casas vecinas y en el camino que va a la ciudad, y se pierden.

Una hermosa luna llena, redonda y bermeja, escala lentamente el cielo, alumbrando los montes, y rielando de mágicos reflejos las tranquilas y majestuosas aguas del gran Amazonas.



Mr. Harris se retira a sus habitaciones en silencio. Habría querido revelar a su hijo en estos momentos el gran secreto de su vida, que tanto le preocupa, porque ahora Daniel es hombre y sabrá comprender... Pero le faltan fuer-

zas y no sabe cómo comenzar. Finalmente, renuncia una vez más a su deseo. Y se consuela con el pensamiento de que no debe quitarle a su hijo sus pocas ilusiones y volverlo más decepcionado de lo que es.

Y aquella noche, como tantas otras, Mr. Harris se revuelve nerviosamente en la cama, tratando de conciliar el sueño, inútilmente.

A la mañana temprano Daniel está en camino a la base aérea. Al poco rato llegan también Delaney y Ramírez. Horas después los tres aviadores tienen listas sus máquinas y reciben la orden que esperaban: inspeccionar debidamente ciertas zonas de la región.

A los pocos minutos, dos potentes aviones, modernas aves de acero, hienden los aires con fuerte ronquido, hacia poniente...

Proyectanse a lo lejos en la sencilla imaginación de los nativos, como dos enormes chinchipelos... — coleópteros que vagan al mediodía, haciendo un lánguido ruido con las alas.

Los hidroaviones vuelan juntos en la misma dirección. Después, la máquina del teniente Ramírez voltea a la izquierda, siguiendo el curso de un afluente del Amazonas.

La otra marcha a vertiginosa velocidad en manos de Daniel y Delaney, piloto y mecánico, respectivamente.

Delaney no es amigo de hacer proezas en el aire, en pleno vuelo, como le agrada a Daniel, enormemente. Pero puesto en el trance, tiene que tolerar a su compañero, que va haciendo algunas, "como para probar la máquina", según dice. Delaney le llama la atención en ciertos momentos. Un viento agradable, ligeramente cálido, golpea con fuerza sus caras. Daniel sigue encantado.

El mundo se ha reducido para él en ese instante tan sólo a tres cosas: el timón, la brújula y el croquis de la ruta a seguir.

Desde el hidroavión la selva es un infinito mar verde, y los ríos tenues estelas de un barco ignorado.

La máquina del teniente Ramírez se separa, tomando una dirección prefijada.

No queda ya de ella sino un pequeñísimo punto negro, que va perdiéndose entre grandes nubes opalinas, en un cielo limpio, azul añil.

De pronto Daniel Harris nota que una insignificante racha de humo principia a salir de la proa del aparato, la que poquito a poco va en aumento. Avisa de ello a Delaney, inmediatamente. Hay que tratar de acuatizar en el río, que se ve abajo, a miles de metros. Felizmente lo logran, a los pocos minutos, mediante hábiles maniobras, casi a motor parado.

¿Qué ha sucedido?

Sencillamente se han librado por segundos de casualidad de la muerte. El cabo de guardia en el hangar habráse olvidado, antes del vuelo, de tapar el conductor de la gasolina, la que escapándose a pocos estuvo a punto de inflamarse e incendiar el aparato, al contacto con la atmósfera.

Los dos compañeros se miran perplejos sobre el avión, que está siguiendo rápidamente la corriente del río. Y no tienen otro remedio que abandonarlo, ganando a nado la orilla próxima, como en las novelas folletinescas, o películas de cowboys. Ríen. Tienen la esperanza de que pase pronto alguna lancha, que los devuelva a la ciudad.

No saben dónde están. Presumen que en el río Marañón, pero no tienen seguridad. Son las doce

del día en el reloj pulsera de Miguel Delaney: la hora maravillosa, la hora mágica de las selvas amazónicas, preñada de quietud y un vago silencio, apenas interrumpido por los dulces cantos de los bintibís y azules zui-zuis, en medio de somnolencia tenaz y cálida, enervante temperatura.

¡Nadie! ¡Nadie!... ¡El silencio! ¡La selva! ¡El "Infierno verde"! ¡La inmensidad!...

4

Han transcurrido algunas semanas desde el accidente del vuelo Harris-Delaney. El teniente Ramírez realizó el suyo sin novedad.

Mister Harris está en cama, enfermo, hace algunos días. Su estado es de cuidado. Le asiste el doctor Rubén, que en compañía de Daniel y el teniente Ramírez están en un saloncito contiguo al dormitorio del enfermo. Pasarán toda la noche en vela. El doctor Rubén y Ramírez piden entonces a Daniel les cuente todo lo vivido desde el momento en que se produjo el accidente de vuelo, en pleno corazón de la selva.

—A las orillas del río Marañoón, de aguas terrosas y un poco movidas —comienza narrando Daniel Harris— sin saber qué hacer, ni dónde estábamos, rodeados por todas partes por la selva intrincada e imponente alimentándonos casi exclusivamente de frutas silvestres, pasamos días de continuada espera e inquietud.

En este momento se abre la puerta del saloncito y entra Miguel Delaney. Saluda a todos, informándose por la salud del papá de Daniel, y luego se sienta en un sillón, junto al doctor Ru-

bén, dispuesto a escuchar el relato de la común aventura vivida.

—Esperábamos que de un momento a otro apareciese alguna lancha de las que suelen navegar por los ríos, comerciando con los pobladores de sus márgenes. Inútil esperar: ningún ser humano llegaba a nosotros. Al cuarto día, repentinamente, oímos ruidos extraños, como de animales que se acercaban. Subimos al árbol más cercano, para protegernos en lo posible del peligro que presentíamos, cuando imprevistamente varias flechas volaron cerca de nosotros. Una de ellas dio en el blanco, en la pierna de mi buen compañero Delaney —dice Daniel, tratando de sonreír— quien cayó bruscamente al pie del árbol, como un mono, y, con gesto que tuvo mucho de cómico, no obstante no dar el momento el más mínimo margen para la risa. En seguida salieron del bosque varios indios, con las caras pintarrajeadas de encendidos colores y el cuerpo adornado de plumas llamativas, amenazándonos con sus arcos de muerte. Uno de ellos nos dio a entender que debíamos entregarnos. No opusimos resistencia, pues ni armas llevábamos y, por otra parte habría sido inútil. Nos condujeron con las manos atadas selva adentro, ante la presencia de un indio musculoso, de mirar extraño, algo viejo. Era a no dudar el curaca. Y aquella tribu: una de las tantas tribus salvajes de la hoyaz amazónica, los “huambisas”, según supimos después. El curaca de esta tribu se llamaba “Quintimali”. Hablaba el castellano aunque no bien. Nos trató en buena forma. Al contrario de lo que esperábamos no nos hizo ningún daño. Habló unas palabras en su dialecto con sus hombres y al poco rato nos trajeron abundante carne de monte, que sació nuestra

hambre. Comimos con verdadero placer, en absoluto olvido de la suerte futura. Después nos condujeron a una casucha de paja, bien vigilados, seguramente por orden del mismo "Quintimali". No nos sometieron a los suplicios de que tanto hablamos los blancos o "huiracuchas", como ellos nos llaman. Tal vez si aquellos salvajes son más civilizados y buenos que los hombres de nuestra tan decantada "civilización" —advirtió Daniel Harris, sonriendo con doliente ironía... No voy a contarles todo lo vivido entre aquellos indios, pero os aseguro que nada nos sorprendió tanto como la presencia allí de una mujer blanca. A las pocas horas de nuestra comilonona salió de la choza del curaca y se vino hacia nosotros, en compañía de una vieja, con la que se puso a curar a Delaney del flechazo recibido. Le envolvió la herida con unas hojas y flores silvestres raras y le advirtió finalmente, en un castellano de marcado acento extranjero, que se estuviese quieto, sin hacer el menor movimiento durante unas horas. Y volvió a la choza del curaca con el mismo aire misterioso con que había venido, acompañada de su ayudanta, la vieja india. Dicha mujer —prosiguió narrando Daniel Harris, haciendo un esfuerzo que no pasó desapercibido por sus oyentes— era de atrayente mirada. Sus facciones denotaban claramente que en su juventud había sido bella. Ahora acusaba tener unos cincuenta años. Tenía el cabello ligeramente grisáceo y grandes ojos verdes, que miraban dulcemente... Sus labios finos caían en un rictus melancólico; antaño habrían reido alegres. Su semblante parecía esconder estoicamente alguna pena impenetrable y honda: ¿tal vez una quimera de juventud?... Sentí desde el primer momento una atracción inexplicable.

cable hacia ella, unos locos deseos de besarla con unción, con el más puro sentimiento, como a una madre. Una gran tristeza invadió toda mi alma. No recordaba haber sentido jamás nada semejante. Me sentía ligado de manera extraña a ella. ¿Me había enamorado como nunca? No sé. Fue algo que no pude explicarme. Mi vida ha cambiado mucho desde entonces. Algo como un presentimiento raro me persigue... Delaney no dejó de observarla con atención mientras lo curaba. Cuando se marchó, me dijo: "¡Qué extraña mujer y qué parecido tiene contigo! Si no supiera por ti mismo que tu madre murió siendo tú muy niño, aseguraría que esa mujer casi salvaje es tu madre. ¡Qué asombroso parecido!...". Una mañana "Quintimali" rodeado de su tribu y sus mujeres, entre las que se encontraba la blanca, nos hizo conducir a su presencia, y en breves palabras de su castellano mal hablado, nos dio a entender que nos perdonaba la vida, con la única condición de que no volviéramos jamás por "sus tierras", y al decir esto la mirada reconcentrada del indio reflejó simultáneamente toda la bondad y maldad de que era capaz. Miró en seguida con gesto duro a la mujer blanca, que callada permanecía junto a él. Le hizo una señal como asintiendo a su deseo. Y ella, que parecía estar aguardando este instante, avanzó hacia nosotros y nos obsequió un amuleto, consistente en un curioso atadillo de colores: unas piedritas negras resecadas al sol, veteadas de amarillo, de raros resplandores. Posiblemente contengan oro, pues es sabido que lo hay en el río donde viven los huambisas. Inmediatamente temblaron sobre la frente de "Quintimali" las vistosas plumas de "huacamayo" y otros pájaros salvajes que la adornaban, ceñidas a un carrizo

en semicírculo. Con gesto duro ordenó algo en su lengua indígena al grupo de indios que nos custodiaban, y en seguida se retiró lentamente con la mujer blanca, sus mujeres indias y el resto de su gente. A los pocos minutos caminando en plena selva por difíciles senderos, los salvajes nos condujeron al sitio donde nos habían apresado, a las orillas del río, y nos devolvieron la libertad. Luego nos hicieron entender que venía una lancha. ¡Ni brujos para haberlo adviñado! Así sucedió. A las pocas horas aparecía de surcada la "Sinchi Roca" y embarcamos rumbo a la ciudad, a la que llegamos tres días después. Los salvajes poseen un oído finísimo. Educados desde muy temprano a los mil peligros de la selva y una vida nómada y guerrera, perciben ruidos ínfimos a distancias sorprendentes. Acermando el oído a las aguas del río perciben el ruido de la hélice de la lancha que navega lejos todavía, a muchos kilómetros de distancia. Y así fue como nos salvaron la vida aquellos salvajes!... — terminó diciendo pensativamente Daniel Harris, como monologando consigo mismo.

En este momento el doctor Rubén pide permiso para ir a auscultar a su enfermo, y los tenientes Ramírez y Delaney se despiden conmovidos.

5

Trascurren algunos días desde la noche en que Daniel contará a sus amigos la rara historia del hallazgo de una mujer blanca entre los huambisas. Miguel Delaney lo visita con frecuencia, ca-

si todos los días. Mr. Harris continúa enfermo. La fiebre no lo abandona, rebelde.

Una noche en que Delaney está de visita como de costumbre en casa de su amigo, este le hace pasar a la alcoba del enfermo, que ha manifestado deseos de hablar con ambos.

El pálido rostro del buen gentleman casi no forma contraste con la blanca almohada en la que se apoya negligente. Está emocionado, pero exteriormente conserva su serenidad habitual.

—Voy a revelaros el gran secreto de mi vida —dice, dirigiéndose a su hijo y al teniente Miguel Delaney.

“Usted, señor Delaney, la conocerá también. Ha vivido con mi hijo los hechos que tienen relación con lo que les voy a contar, y es su amigo íntimo. Yo podría morir de un momento a otro y no debo callar más. ¡Una invencible fuerza inexplicable, superior a mi voluntad, me ha impedido hablar antes!

“A ti, ‘Dani’, sólo una cosa te pido: seas fuerte para soportar el infortunio inmerecido de pagar mis errores.

“Bien, hijo mío: esa extranjera de que hablaste, que conociste entre los huambisás, es tu madre”, dice Mr. Harris con visible esfuerzo y emoción.

Delaney queda estático mirando al padre de Daniel con grandes ojos de sorpresa. Este no dice nada. Baja la cabeza en silencio, profundamente conmovido. Palidece. La terrible verdad que ha escuchado lo sacude con violencia y lo sumerge inmediatamente en una breve inconciencia. ¡Se aclararon al fin sus vagos presentimientos!

—Cálmese, padre... — exclama con voz opaca Daniel, abrazándolo, con el afán de apaciguar su excitación nerviosa.

"Era muy joven cuando conocí a María. Acababa de llegar de Rusia a Newcastle, donde yo naci. La llamaban Mariucha, familiarmente, y así me acostumbré también yo a nombrarla.

"Era alta y de atrayente silueta; grandes ojos verdes, finos labios. Rela con esa alegría sana e inocente del alma eslava. Me enamoré locamente de ella, y poco tiempo después nos casábamos, viajando para América, donde —me aseguraban— tenía grandes posibilidades de hacerme rico en poco tiempo.

"Después de un viaje relativamente largo vinimos a dar a esta ciudad, de donde nos trasladamos al río Marañón a trabajar en la explotación del oro. Me contrató una compañía de capitalistas extranjeros. La compañía no duró mucho tiempo; fracasó no sé por qué motivos.

"Entonces principié a sentir la ambición de buscar oro pro mi cuenta y volverme millonario. Al igual que otros empleados españoles e ingleses, que trabajaban en la compañía, estaba yo convencido de que aquellas regiones tenían oro. Las arenas que arrastraba el río me daban la razón, pues llegué a juntar algunos gramos de los lavaderos que construí especialmente para ese objeto.

"Aumentaba mi impaciencia. Los moradores de la región hablaban siempre de minas de oro custodiadas por 'Quintimali', curaca de los salvajes huambisas, muy temidos en la región por su arrojo y maldad, que se decía no tenía límites cuando pescaban a alguien en sus tierras.

"No me desanimé por eso y di comienzo a mis excursiones por las zonas de las que se hablaba. Mis intentos no daban resultados.

"Algunos compañeros me hablaron del peligro de todo ello. No les hice caso, perdido en la ambición de hacerme pronto millonario. Crela entonces que con el dinero viene la felicidad y yo deseaba mucha felicidad para Mariucha, tu madre", agregó Mr. Harris, mirando con cierta ternura a su hijo.

"No pasó mucho tiempo y una tarde se presentó bruscamente a mi casa 'Quintimali', el curaca huambisa.

"Hablabía muy poco castellano. Por medio de uno de sus hombres que le servía de intérprete, me dio a entender su resentimiento por las incursiones que hacía en lo que él llamaba sus 'tierras'..."

"Indignado le contesté que esas tierras eran libres, no pertenecían absolutamente a nadie, saltando sobre él para abofetearlo. Pero me lo impidieron algunos peones que presenciaban la escena. Mariucha corrió hacia mí convulsa. 'Quintimali' la observó en silencio y luego hizo un gesto brusco a sus secuaces. Era una orden. Se retiró sin decir palabra, rápidamente, río abajo, como había llegado..."

"Pasé varias semanas sin moverme de la casa. Mariucha me rogaba que no la dejara sola. Decía sentir un miedo tremendo, e inexplicable desde aquel incidente. Ella, ¡siempre tan valiente!

"Durante largo tiempo no me moví de casa. Me dediqué a las labranzas agrícolas, pero después de dos meses volví a soñar: volvió mi antigua obsesión: me vi regresando a Europa millonario. Terminé emprendiendo un nuevo viaje

con unos nativos que aseguraban ser magníficos conocedores del terreno, ¡otra vez en pos del oro!".

Hizo una breve pausa Mr. Harris, y como un hombre que tratase de pasar de una vez un puente tendido sobre un gran abismo, continuó, los ojos agrandados e inmóviles, la respiración fatigosa:

"Tú, 'Dani', tenías dos años y Clara cuidaba de ti", referíase a una buena y vieja criada nodriza.

"Recuerdo que tu madre, hasta el último momento, se opuso a mi viaje: "Para qué quieres dinero —me decía la víspera de mi partida—, si podemos ser felices sin él?"..."

"Pero más pudo en mí la ambición del oro. Estaba fascinado y partí, en busca del codiciado metal, que me traería la felicidad.

"La expedición fracasó. Los nativos que me acompañaban eran unos granujas y me abandonaron a los pocos días de viaje, en cuanto les di las mercaderías que me pidieron.

"Cuando regresé al fundo ya no encontré a Mariucha.

"La india Clara, llevándote en brazos y profundamente emocionada me contó, igualmente que otros chacareros y vecinos, que 'Quintimalí', a poco que salí de la estancia, llegó con sus indios, asaltando las casas y llevándose a Mariucha, junto con varias hijas de los mencionados peones chacareros.

"¡Me indigné! Salí inmediatamente con varios peones sedientos de venganza, siguiendo los rastros de los salvajes. Inútilmente. Meses tras meses pasé buscándolos, sin resultado alguno. Un hombre civilizado no puede competir con un salvaje en el acecho y la sorpresa, y 'Quintimalí' es indio astuto como ninguno.

"Hará cinco años mi compadre Delfín Campos llegó a entrevistarse con Mariucha, con el permiso de 'Quintimali', y le habló de un posible regreso a la vida civilizada. Pero dice que le contestó con tristeza que eso ya no podría ser. Se había acostumbrado a la vida que llevaba y hasta llegado a tener afecto por aquel indio, que en todo momento había sido noble y muy bueno con ella, lo mismo que todos sus huambisas..."

Al decir esto cae mister Harris sobre la almohada, extenuado, traspirando con fuerza y sumido en una especie de sopor inconciente.

A las pocas horas la alta temperatura que lo asediara tantos días principia a descender.

Miguel Delaney se despide de su amigo abrazándolo en silencio.

6

Dos días después los periódicos dan la noticia de la muerte de don Samuel Harris.

7

Daniel Harris no cree ahora en la felicidad. Sobre todo en la felicidad que es capaz de proporcionar al hombre la riqueza.

Su hambre de emociones y su euforia de vida decrecieron. Sólo subsiste en él agrandada una sola emoción: ¡la del peligro! ¡Ama el peligro! Desde entonces será siempre él quien realice los vuelos más peligrosos y difíciles.

Y así, todo fue perdiéndose en el tiempo y la leyenda y el lento rebrillar rubio y verde de estos ríos...

MAL DE GENTE



El viejo Capitán del **Alabaster** estaba inquieto. Quería llegar lo más pronto posible a puerto; echar a tierra toda la carga que llevaba a cuestas el antiguo barco marinero, y volver, volver pronto a Liverpool. Entre las crenchas de espuma del mar entreveía los azules ojos de Sonia, junto al piano y al buen bock de cerveza, de la cervecería **El Lobo Azul**. Con este pensamiento se envolvía en la densa humareda del tabaco inglés "Jorge King", que siempre lo acompañaba. Entonces, decía que el **Alabaster** no andaba como otras veces; mientras la humareda de su recargada pipa se agrandaba al par de su impaciencia.

En este caso hasta quería rivalizar con la chimenea del barco, anotó una mañana miss **Eleonor**, una yanqui rubia, cuyos ojos estuvieron tratando de agotar el colorido múltiple de los mares del Brasil, durante todo el viaje por sus costas. Se pasaba horas enteras frente a las gaviotas y el mar, o mirando largamente las estalactitas del humo de la pipa del viejo Capitán,

que no le hacía caso, pero de cuya misantropía y mal humor ella gustaba, sin embargo...

Los "chaise longues" de la cubierta han dejado de balancearse, y el pasaje gringo, poco numeroso, se entretiene en escudriñar, con curiosidad turística: el verde oscuro de la mata inmensa y el río fantástico de las mujeres de un solo pecho de Orellana; de aguas hondas tabaco rubio, escintilantes al ardiente sol de todos los días. Curiosidad turística de personajes de Julio Camba en **Londres**, que admiran una casa porque se les dice, o han oído decir, que hay que admirarla; sin ir más allá de los ojos, los oídos o las manos.

Los rosáceos **guarás** pasean señorialmente por las playas blancas, beiges o verdosas, cuando están recubiertas de musgo o vegetación menuda. Las "garzas heráldicas" miran, con aristocrática, lejanía y distinción, desde sus orillas, los oleajes seguidos que hace llegar hasta ellas el barco que pasa. El oscuro soco filosofa quedamente, junto al arisco pato; el **macarico** saltarín, y el **maguary** meditativo. Cerca está la quebrada de aguas blancas, fresca y llena de células embrionarias, insectos, arañas, y animalitos mil; que completan el menú diario, elaborado principalmente con peces...

El **Alabaster** ha llegado al río **Nanay**, tributario del Amazonas, próximo a Iquitos; y se ha sentado a descansar del largo viaje. Ha apagado el fuego de sus calderas y se ha recostado sobre el aserrín oloroso del aserradero de Don Alfonso Rodrigo. Castellano purísimo, inmigrante de estas tierras, está dirigiendo en persona el embarque de algunos millares de pies de caoba, desde muy cerca del puente de mando del Capitán; que mira torvo y mal humorado las ma-

niobras. Con voz bronca y dura grita: "Apurra, apuran... Mi venida por una semana y yastá un mes al Amazonas...: ¡devilis paradise!!..."

Don Rodrigo sonríe con ironía. Y con la cara coloradota, la cabeza entrecana, vuelve la mirada soñolienta al Capitán y también le grita: "Una semana..., ¿una semana?... Yo también he venido por una semana, y ya me estoy por acá cuarenta años!..."

Una ráfaga de viento fresco sopló los cabellos y el humo de la pipa del enseriado Capitán. Un *bintibí* rasgó este viento con su alegre canto, desde el cañabral cercano, caído sobre las aguas quedamente fugitivas... Glú... glú... gluk... chisss... sss..., —rodaban las aguas. Dulce, suave, quedamente olvidado va rodando el río al sol del mediodía, bajo el dombo del cielo celeste clarísimo, ligeramente envuelto en albos nubes multiformes, también viajeras. ¿Cuántos días y noches habrán de tardar estas aguas para llegar hasta el mar?...

Un joven europeo, de mirar lejano, acodado en la baranda de la nave, tenía, los ojos perdidos en la "banda" (1) opuesta del río. Vestía de beige y corbata ocre. Tenía algo de distinguido en todas sus maneras; esa distinción que acusa el hábito del trabajo espiritual en un hombre. Era Edmond Rice, observador comercial y agente viajero de la casa **O'Duffy & Co.** de Bruselas; enviado especialmente al Amazonas peruano, después de haber recorrido el sector brasileño; para informar sobre ciertas actividades industriales, y las posibilidades económicas y comerciales de la región.

(1)—Cada una de las riberas del río.

Un nuevo golpe de viento arremolinó el humo de la pipa del Capitán, viejo lobo de mar; que callado y seño^r fumaba y fumaba como siempre, arrimado al barandal del puente de mando.

2

Juan "el huitoto" había realizado la más extraña simbiosis de estas comarcas, uniendo los ríos Ucayali con el Putumayo, de donde él venía, a través de su inesperada convivencia con Shimashiri, india campa del Alto Ucayali. La había conocido cuando fue a buscar **cipó** (1), para amarrar el techo de su casa que estaba todo roto y la lluvia entraba por todas partes. Un día en que "dolía el sol" y ella venía de bajada con Mashero y su mujer, un matrimonio campa amigo. En cuanto los vio los llevó a su casa, porque tenía un gran **cosho** (1) de **masato** (2), que estaba tomando solo desde hacen varios días. Le causó mucha alegría poderles invitar a ellos también. Mashero, su mujer y Shimashiri surcaron, pues, un buen trecho del río, acompañados de Juan, que iba en su **abadita** (3) remando alegremente, y conversándoles en **campa**. Porque hablaba también el **campa**, desde que trabajara, hacía algún tiempo, con don Pancho Pérez, que sólo tenía indios **campas**. Mashero iba igualmente

(1)—Soga del monte.

(1)—Especie de canoas pequeñas donde los indios depositan el masato.

(2)—Bebida fermentada de yucas.

(3)—Canoa pequeña en forma alargada.

contento, porque había tomado dos **pates** (4) de **masato**, río arriba, en la casa de Kasanto.

Llegados a la casa de Juan se instalaron en una estera de **izanas** (1) y comenzaron a beber seguido del **cosho**. Juan, después de tomar varias **pates** con Mashero, tenía la mirada medio vaga cuando se dio de lleno con los senos duros de Shimashiri, que a falta de mujer en su casa, estaba sirviéndoles el **masato** ella misma, desde que habían llegado. Sus ojos, desde ese instante, no resbalaron como el río o el agua de la lluvia, indiferentemente, por las hojas de los árboles o la tierra: se prendieron fulminantes, ojo a ojo, a los de Shimashiri, negros como el **huito** (2). Y sin saber cómo, unos momentos más tarde, mientras Mashero estaba tendido junto al fogón de su choza con los ojos entrecerrados, soplando su **totama** (3), junto a la falda colorada de su mujer, Juan estaba ferozmente entrelazado a las piernas y los senos de **caimito** (1) maduro de la india, que le devolvió con ardor sus caricias, algo tardas por el **masato** ingerido. Shimashiri había tomado también algunos **pates**. Sintió el cuerpo de Juan junto al suyo, como el **masato** fermentado de la yuca bien madura. Luego siguieron bebiendo y durmiendo de tiempo en tiempo, en compañía de Mashero y Chorki, su mujer. A la mañana siguiente cuando quisieron

(4)—Especie de tazones para recoger agua o líquidos, hechos del fruto silvestre llamado huingo.

(1)—Flor de la cañabrava en forma de varillas.

(2)—Fruto silvestre que dá una resina de un negro profundo de azabache.

(3)—Parecida a la llamada zampoña de los indios de la Sierra.

(1)—Fruto silvestre que tiene la forma de unos pechos nubiles de mujer.

partir, Juan volvió a convencerles, con gritos y risas estridentes, al estilo campa, para que se quedasen hasta terminar el **cosho**, que todavía estaba en la tercera parte. Y cantando, durmiendo y bebiendo le dijo a Mashero que necesitaba una mujer para su **tuschpa** (2) y le propuso que le dejara de una vez para su mujer a Shimashiri. Mashero se opuso. Le contestó que él era el padre de Shimashiri desde que se la entregó chiquita su finado padre, casi moribundo, mordido por una serpiente **nacanaca** (1). “¡No! Tengo que bajar con Shimashiri” --penso. Pero después tuvo pena de Juan. Lo vio tan solo que acabó por aceptar el trato, bebiendo los últimos restos del **cosho** del **masato** bien fermentado. Juan tenía cerca de la casa una buena chacra de yucas y plátanos, y era buen **mitayero** (2) y trabajador, y lo cierto fue, que, desde esa tremenda borrachera, se quedó con Shimashiri. El había sido hasta entonces un animal solitario, de tersos nervios y músculos, y ojos de fino mirar: “mirar de víbora”, decían algunos. Y habría sido por eso quizás, que así, tan sencillamente, se hiciera de india tan guapa!

Pero antes de bajar Mashero llevó a Juan a un lado, arrastrando el **cosho** hasta la playa, a pocos pasos de la canoa, y mientras bebían los últimos sorbos del **masato**, le comenzó a hablar muy cerca del oído, con gestos que parecían airados al principio y fueron serenándose luego. “No vayas a engreir a tu mujer”, —le aconsejó. “No debes quererla mucho porque es peligro-

(2)—Fogón.

(1)—Víbora venenosa, de pintas.

(2)—Mitayo: todo lo necesario para el sustento diario, pesces, carne de monte. Mitayero: el que busca el mitayo.

so... ¿No ves que **Pahuá** (1) la hizo para bien y castigo del hombre?... ¿No ves como Chorki no dice nada cuando yo hablo?... Porque yo, Mashero, soy el que manda. Tú debes aprender eso para que tu mujer te obedezca y cuide bien tu casa y te ayude a remar y hacer la chacra y el **masato**. Yo soy viejo, y tú eres joven. Yo he andado más que tú en el monte, y he cazado más **huanganas** (2) y he **mitayado** más que tú, y por eso te voy a contar lo que los viejos sabemos, para que puedas tener tu mujer...:

Hacían años, muchos años, le narró Mashero, cuando la cañabrava había dado flor tantas veces como granos de arena de la playa podía contener la **cushma** (1) de un campa, **Pahuá** estaba haciendo el mundo. Primero hizo al hombre y después a los animales, las montañas, los árboles y los ríos. El hombre vivía tranquilo con los animales al pie de los ríos, a la sombra de los verdes árboles, hasta que un día fue tentado por **Kamari** —el diablo, mal espíritu— y se rebeló contra el dios **Pahuá**. Se pusieron de su parte ciertos animales como el **trompetero**, el **paujil**, las **huanganas**, **sajinos** y muchos peces y pájaros. Hubieron algunos, no obstante, como el **buefo** (2), la boa, el lagarto, las serpientes, los gallinazos y gavilanes, que no quisieron seguir al hombre. Caminó, caminó el hombre con los animales rebeldes, por las altas montañas, hasta que no tuvieron más agua para beber, porque



(1)—El Sol, dios de los campas.

(2)—Cerdos salvajes, jabalíes.

(1)—Algo así como una túnica abierta en la parte del cuello, sin mangas, de color marrón oscuro, generalmente, y otros colores algunas veces.

(2)—Pez mamífero de la Amazonía, cuya carne no es comestible.

por todas partes se había vuelto dura la tierra y no encontraban tampoco otra cosa que tunas para la comida. Entonces el hombre con los animales que lo seguían añoraron los lejanos ríos y la fresca sombra de sus riberas, y resolvieron volverse a ellas, iniciando en seguida el descenso. Llenos de hambre y desesperación, llenos de mucho odio para **Kamari**, que tan cruelmente los había engañado, llegaron al fin, tras de muchos sufrimientos, a la sombra de los frescos ríos, donde se encontraron nuevamente con **Pahuá** quien preguntó al hombre qué le había pasado, y cuál era el motivo por el que había abandonado la tierra que le había dado por morada. El hombre apesadumbrado le confesó todo y le dijo que **Kamari** le había ofrecido una compañera para su vida; pues, así como el **trompetero**, el **sajino** y todos los animales, él necesitaba igualmente una compañera para no estar solo. Se dolió ante **Pahuá** de su soledad!

“¿Y sólo por eso te rebelaste contra mí?... Por qué no me lo dijiste?... Mañana tendrás la compañera, ya que tanto loquieres...” contestó **Pahuá**, el rostro arrugado, la mirada entristecida y lejana, como el anochecer del monte. Y **Pahuá** se puso a hacer a la que sería la compañera del hombre, mientras éste se dormía confiado. Echó en un extraño recipiente, extraído del fondo del río, la mezcla de varios ingredientes, para formar a la mujer: Del tigre puso las garras, escondidas bajo el andar suave y felino. De las palomas el arrullo. De la culebra la condición de arrastrarse y reptar hasta aprehender la presa —el amor del hombre— para no dejarla escapar más una vez tenida entre sus anillos amorosos. El magnetismo del murciélagos: esa especie de adormecimiento que siente con su

proximidad la carne humana, instantes antes de sentir el agujón final que le absorberá la sangre, ya sin mayor dolor, decía Mashero que, además, fue usado por el dios **campa**, en la extraña composición de la que habría de salir la compañera del hombre. Y a todo esto agregó el **kasangari** o perfume de las flores!... Y todo esto lo mezclo **Pahuá** con el barro de las orillas del río, sacando de ahí a la mujer! Al día siguiente se la dio al hombre, para su felicidad..., perdición y castigo, al mismo tiempo!

Por eso es que no hay que soñar ni perderse mucho por la mujer. Ellas arrullan, deleitan y perfuman la vida del hombre, pero también le dan el zarpazo, lo aprisionan, y sacan la sangre, aseguran los abuelos **campas**... Porque así las hizo su dios: pagano, justiciero, y artista.

Pahuá dispuso, además, que todos los animales que habían seguido al hombre tuvieran la carne buena para ser comidos por él. Sólo los que no lo habían seguido a las altas montañas, en rebelión: como el lagarto, el **bufeo**, la boa, y otros animales de carne dañina, habrían de salvarse del hambre humano.

Después de contado todo esto Mashero se fue con su mujer, dejando a Juan con Shimashiri.

Juan no cambió poco ni mucho su manera de vivir desde aquel día. Sus horas de alternativas escasas, transcurrieron como siempre. En vez de plantar la yuca solo lo hacía, a veces, con su mujer, y ésta le ayudaba igualmente a hacer el **masato** y beberlo. Le dio también algunos hijos. Eso fue todo. Pero él siguió bajando al pueblo próximo a vender su maíz.

A los pocos meses de unido a Shimashiri volvió a bajar al pueblo, llevando el maíz, los zapallos y algunas pieles de **huangana** que había

cazado. Desde entonces cada fin de cosecha bajaba al pueblo de Masisea. Los moradores lo conocían: lo veían con la camisa y el pantalón de cien parches, vendiendo todo el día el maíz desgranada por Shimashiri. Al atardecer andaba ya dando tumbos y vaivenes, como caña al viento, con dos amigos **cocamas** (1) que siempre se le pegaban. Entre abrazos tiernos y abundante charla corajuda lo ayudaban a disfrutar el producto de la cosecha. Y no paraba hasta gastarlo todo, bebiendo cerveza alemana marca "caballo", y buena **cachaza** (2) fuerte, con sus amigos. Cuando más compraba un poco de tela colorada para una pollera de su mujer y una blusa, un poco de sal, pólvora y munición. Azúcar nunca llevaba porque él tomaba **chapo** (1).

La última vez que lo vieron llegó a su casa al anochecer... ¡Había cosechado tan poco ese año, apenas unos treinta arrobas!, que, después de venderlos se estuvo tres días en el pueblo y volvió con las manos vacías. El año entrante sembraría más para "su tela de Shimashiri". Llego a su casa como siempre que volvía del pueblo: dando tumbos, remando casi a gatas sobre la canoa, en la **cocha** (2) ensombrecida, recubierta de **huama** (3) verde, tras de la cual brillaban los ojos fosforescentes de los lagartos, cada vez que un destello del farol de Shimashiri llegaba hasta ellos. Al avanzar hasta el medio de la **cocha** a pocos metros de su casa, después de inau-

(1)—Tribu amazónica de las inmediaciones de Iquitos, esparcidas actualmente por varios ríos.

(2)—Alcohol de caña de azúcar.

(1)—Bebida de plátanos maduros machacados.

(2)—Lago.

(3)—Cierta clase de vegetación acuática que recubre casi siempre, completamente, los lagos en el Amazonas.

ditos esfuerzos, con desmayada voz, Juan gritaba: "Apuraa... alumbra!... venga a buscarme..." Shimashiri columpiaba el farol de un lado para otro en el puerto de la casucha, sobre las aguas verdosas y turbias, rondadas del silencio y la noche. Maldecía, y a su vez, gritaba: "apuraa Juan... Caraba este Juan, seguro ya barachato..." La voz se proyectaba en la **cocha** nuevamente: "cuitato Juan... cuitato acara lacaritooo!... —quería decir lagarto, en el especial castellano que hablaba...

De esta manera transcurría la vida de Juan "el huitoto" (1) y Shimashiri, la **campa** (2).

3

"Este silencio, este silencio!..., me va a matar..." se decía Edmond Rice en **San Jorge**, la casa de don Pietro Ferrazio, en el Alto Ucayali. El conocía el silencio: Desde muy muchacho se había hundido en él, cuando murió su madre, por ejemplo. Recuerdos turbios se le agolparon en el corazón. Conocía el silencio de la guerra: cuando la metralla ha cesado y el ala de la muerte vuela por los campos. Todo lo había podido soportar. Pero este silencio...: este silencio de mil labios, de mil lenguas, de mil voces mudas, de mil hábitos extraños que parecían vivir prendidos en las hojas, las ramas y los tallos de los árboles, y el aire mismo; no podría llevárselo sino a la locura. En el desierto la desesperación la

(1)—Individuo de la tribu de los huitotos del río Putumayo.

(2)—Nación de Indios del Ucayali y las pampas del Pajonal, muy conocidos.

trafa la arena. Aquí: el tiempo... el silencio..., este silencio!

Recordó lo que le contara don Pietro Ferrazio... "Ma sabe osté, amigo Rizio?...: la selva habla!... ¡la selva habla!... Yo vivo aquí casi toda mi vita... Io stoy cuarentachinco año de montaña, sabe?..., e lo conozco el monte caraco e lo le aseguro que lo monte habla... l' otro día me fui al monte a buscáre lo "chric sanango", sabe?... A mí me gusta lo "chric sanango" porque es buono para lo reumatismo. E ma ido solo, solitite; e me stato fumando mi cigarro al pie de una **pona** (1), e me stato fumando..., fumando... e lo arbole y la hocas no se movían nada. Tuto silencio, sabe? Así me siato mucho rato y las hojas y todo lo monte parecía lo muerto. Tuto silencio... Pero entonce yo recortato lo que Juan "lo huitoto" un día ma dicho: que lo cigarro era malo para lo monte e yo botato enseguida lo cigarro que stato funmando, y entonce sí que la selva habló, señore Rizio... Levanté lo ojo e inmediatamente sentido un "trique" y uno cucaracha vido salire de bajo la hoja de uno **ishanga** (1), y detrás lo seguía un "cientopiece" largo e detrás del "cientopiece" iba un jergón... E después todo quietato de nuevo a lo más completo silencio... A lo poco minutos l' oido un nuevo "trique" e visto mirándome un loro. Pero, ¿yo lo había visto antes?... Sabe, ¡yo no lo había visto!... Inmediatamente lo tombaro l'scopeta e matato lo loro. E después lo silencio..."

"Ma lo día siguiente he vuelto a lo monte, dejando lo cigarrillo, lo fósforo e tuto lo tabaco,

(1)—Una clase de madera pardo negrusca, muy resistente.

(1)—Ortiga.

e' mido solo a lo monte bruto para oire el alma de lo monte, como ma habido enseñado Juanito "lo huitoto" que ha aprendido con un "médico" que sabe bien de estas cosas... Lo tabaco impide las manifestachone de lo monte bruto, ¿sabe? E entonce lo oído, ¿sabe? Me 'stato uno momento solo escuchando, e después de sumirre un bastone de madera debajo de la rafce de un árbole bien grande, me he puesto a escuchare y oído uno ruido tremendo: como si lo mundo estuviera peleando ahí dentro y oído crugire la rama de lo árbole uno con lo otro, como si ahí dentre s' stuviera tuto chocando... e me parecía que la rama tuto de lo árbole se staba mordiendo, e se frotase tuto lo aire: como lo lloro de lo perro... ¿sabe?... E entonce he agarrado la canoite e me vuelto a la casa, porque sabía que una grande tempestade se venía sobre lo monte. E' staba llegando a la casa e la tempestade staba cayendo con una forza bruta sobre lo monte, con lo rayo e lo trono, que asustato a lo campa Shangori. Casi le quema la casa, porque lo rayo caído cerquita de lo casa de lo indio!..."

¡La selva habla!... ¿Qué habría de cierto en todo ello?..., ¿tendría una voz, un lenguaje, este silencio infinito, cósmico, que se hundía en la piel y rebalsaba en el alma del recién llegado? ¿Tendría razón este europeo acriollado de don Pietro?...

Este desconcierto, esta sensación de desolación metafísica, era el primer tributo pagado al maravilloso mundo nuevo al que iba a entrar. El río, el sol ardiente, y las lluvias, resbalando por los senos vírgenes de la maleza oscura e inmensa, y el lomo quemado de los años y los

indios, después, habrían de decirle tal vez lo demás.

4

La canoa se hizo a un lado. El remo hábil de Juan "el huitoto" la desvió de un palo enorme, apenas emergido del agua, en la noche de estrellas escasas tapadas constantemente por negros nubarrones viajeros. La canoa en que iba el "blanco" con Juan, Mashero y el vecino Kasanto volvió a hacerse un poco de lado, pero más allá se enderezó nuevamente y siguió navegando. Aquí deshízose la madeja de los pensamientos de Edmond Rice. Los remos de los dos "punteros" (1) entraban y salían parejos en las aguas brunas. A lo lejos se divisó una casucha de paja, como una esperanza a la que se asió inmediatamente su alma hastiada, después de ocho horas seguidas de ver y rever los remos brillantes y las caras tostadas de los punteros campas; indios animosos hechos de pescado y de sol, que hablaban poco y refunfrián desarticuladamente por momentos. Voz y risa que sólo rozaban su piel, dejándolo siempre ensimismado y distante, con los ojos fijos más allá del monte.

Juan, "el huitoto", su suegro Mashero, y su vecino Kasanto, habían sido contratados por este hombre para remar unos días, llevándolo de surcada. Les había dado hilo y alguna tela para sus pantalones. Y al terminar el viaje les iba a dar más cosas: "tal vez una escopeta..." —pensaban ellos. "No parece mal hombre este blanco"

(1)—Bogas situados en la proa de la canoa.

—se decían. Hablaba poco y escribía mucho en unos papeles blancos envueltos en negro, igual a los que Juna había visto usar al hijo de don Pietro Ferrazio que iba a la escuela. Don Pietro les había mandado con este hombre. Ellos vivían junto a **San Jorge**, su estancia, y él les daba la sal, los anzuelos y la ropa desde mucho tiempo atrás. Asimismo les mandaba a hacer su chacra y sacar árboles del monte y por eso le llamaban “patrón”. El podía mandar en ellos, pero cuando les fastidiara mucho le habrían de dejar. “¿Irían a cambiar ahora de patrón, tal vez? ¿Quién sería mejor, quién daría más ropa, anzuelos y sal?... ¿El patrón viejo o este blanco?...”

Juan no pensó más sobre esto y ladeó el remo dirigiendo la embarcación suavemente con rumbo al puerto de la casucha de paja vista por Rice, como experto **popero** (1) que era. La canoa encalló en la orilla y Edmond Rice saltó al barro del puerto de la casa del indio Pedro Muñrieta, cerca a la quebrada de Ipará, en el Ucayali. Había llovido y por todas partes se metía el barro, pero el “blanco” no lo sentía, porque llevaba unas altas botas inglesas que lo protegían hasta las rodillas. Apoyado en un remo que le alargó Mashero subió como pudo el barranco hasta la casucha de arriba donde había de pasar la noche, que ya había llegado. El camino resbalaba por todas partes. Agarrándose en yerbas y ramas, y, sirviéndose del remo repetidas veces, pudo subir hasta la barraca del **piro** (1)

(1)—El que va en la popa de la canoa, manejándola con el remo, a manera de timón.

(1)—De la familia de la nación de los indios Piros, del Urubamba y Alto Ucayali.

Murrieta. No encontró a nadie!... "Uh... Oooh... Murrieta..." "Ouuu"..., respondió otra voz, desde el yucal que circundaba la casucha, al mismo tiempo que un viejo indio, de cara bonachona, coloradota, y de rasgos suaves, venía hacia los recién llegados insinuando su sonrisa asiática entre las plantas de yuca. Una mano blanda y cálida, como la misma yuca asada entre las cenizas de la **tuschpa** que ahí estaba ardiendo, se alargaba hierática hasta ellos.

—Hola... Sí, soy yo..., yo soy Murrieta...

“Pero Murrieta es un apellido español. ¿De dónde lo tendrá este indio? —pensó Rice... “Bueno como ya es de noche aquí nos quedamos, hasta que venga la comisión que está surcando que debe llegar mañana”..., —dijo.

—Ah, ¿el empleado de Ferrazio?... —preguntó Murrieta. Los músculos de su cara casi no se movieron. Su cuerpo permaneció igual, inclinado sobre el fogón, soplándolo, avivando el fuego, para asar los plátanos que había puesto entre los carbones.

—Y ¿cómo lo sabes?... —preguntó sorprendido Rice, sin obtener del indio otra respuesta que la misma sonrisa inmutable. Imprevistamente apareció por un extremo del chocil una mujer algo madura. Era la mujer de Murrieta. Venía de la chacra. Dejó el cesto envejecido a un lado de la **barbacoa** (1) y trajo unas yucas al fogón. De tiempo en tiempo miraba al río y al cielo que amenazaba nueva tempestad. Su viejo marido, impasible entre el zancudero, se acercaba al fogón por momentos pala librarse de la

(1)—Altillo. Entarimado, generalmente de ponas, que les sirve para dormir; de un metro aproximadamente de altura.

bendita plaga, sin la cual la selva sería un acabado paraíso. De pronto se levanta y avanza hacia Rice. Llama a su mujer y le hace que desnude la espalda ante el "blanco".

—Mira... ¿Tienes remedio?... —le pregunta, mostrándole las espaldas llagrientas de su mujer.

La tristeza partió como un rayo el alma sensible del "blanco". Movió la cabeza negativamente. ¿Qué podía hacer?... Se necesitaba aquí un médico: alguien en fin que trajese unas inyecciones a esta pobre gente. Tal vez el Estado... Pero el Estado es todavía por aquí una cosa tan vaga... —pensó. El viejo Murrieta fue adentro del mosquitero y sacó de ahí dos pieles de **huangana** que tenía escondidas. Se las mostró: "esto para tí", le dijo... "Tú cura mi mujer... Ti tú cura yo te dá más". Al **piro** le costó trabajo convencerse de que no debía esperar nada de él, que no podía curar a su mujer porque no llevaba medicinas. Al otro día, cuando el **zapote** estaba todavía echando **huayo** (1), Murrieta recordaba que le había dado al otro "blanco" Rauro que andaba de bajada, seis pieles de **huangana** para que curase a su mujer. Y este no hizo más que picarla con una aguja en las piernas y los brazos varios días, y luego irse diciendo que iba a traer más medicinas... pero el **zapote** estaba maduro otra vez, y, ¡habían pasado cinco lunas, sin que Rauro volviera!... El daba todas las pieles que tenía, y podría cazar más si fuese necesario, pero ¡que le curasen a su mujer! Es cierto que algunas de sus heridas estuvieran ya cerrándose, pero Rauro no volvió

(1)—Fruto.

y estaban abriéndose nuevamente... El podría pagar con hartas pieles de **huangana**, **sajino**, **paneros** (1) de yucas y plátanos bien maduros, al que curase a su mujer. ¿Qué quería aquí este "blanco", que no sabía curar, entonces?...

Rice permanecía silencioso, sentado en un canto de la barraca, mientras Juan, Mashero y Kasanto hervían la comida en el fogón. Las lenguas tornasol del manso fuego lamían las ollas y el aire; las ollas burbujeaban mientras el zancudero iniciaba su fina música en torno de los cuerpos. Algunas hojas de viento, por instantes, cortaban el calor reinante que se enroscaba a los animales y los árboles, hasta las altas copas, junto al cielo anegrado por el ventarrón que en breve caería.

Los pocos seres humanos que allí estaban eran como otros tantos árboles pegados al paisaje: pedazos del paisaje adosados al verdor pesado de la fronda inmóvil e inmensurable: ¡animales pensativos en actitud ausente! Allí se estuvieron un largo tiempo, esperando la comida en silencio, y viendo alumbrarse la selva a lo lejos, en frecuentes "bucilamientos" (1), ráfagas de incendio: ¡cómo si el cielo mismo estuviera tratando de incender el río y los montes...!

Sólo muy tarde cayó la tempestad. Tuvieron tiempo de meterse a los mosquiteros, inmediatamente después de comer, y oír desde la cama la lluvia que caía sobre el techo de paja de la casucha, perdida entre la maleza y el humus verde multiforme. Primero el viento se arremolinó, flajelando los árboles y la casucha, pero después cesó de silbar y cayó la lluvia, exten-

(1)—Cestos.

(1)—Relampagueos.

dida, en un solo desplomarse infinito, como si todo el río estuviera cayendo nuevamente desde cielo, sobre el negro lomo del monte asolado.

¿Cuántas horas pasarían así? Nadie, ni el mismo Murrieta lo supo. La **piema** (1) que venía todas las mañanas cuando recién salía el sol, había cantado varias veces... Siri, su mujer, se había ido a bañar al río, y batir el **chapó**, mansamente, junto a la **tuschpa**. Al abrir los ojos se dio cuenta de ello. A los pocos instantes también oyó ruido en el puerto, era la comisión del "blanco" que llegaba: eran Mauricio y dos **campas** amigos... Mauricio era un buen patrón... Ah!..., jé! Murrieta, había conocido buenos patrones cuando trabajaba caucho!... Supo que estaban surcando el río porque se lo había dicho el día anterior su paisano Ambrosio, que había pasado en canoa con la mujer y el hijo, antes de la llegada del "blanco"...

El "blanco" estaría ya levantado y querría tomar **chapó**, tal vez. Iría a ver qué quería. No sabía tomar **chapó**, pero lo recibió con mirada risueña. Mauricio saludó a Rice y sus peones bogas se juntaron con Juan, Mashero y Karanto, yendo a formar grupo aparte al puerto, para asar el "maduro" (1) y cocinar el pescado que habían traído los recién llegados.

Mauricio vino a hablar con Murrieta. No lejos permanecía Rice, mirándolo todo sin decir palabra, sentado en un tronco de **quinilla** (1) caído. Mauricio había llegado de buen humor y quería conversar esa mañana:

(1)—Pajarito de alas negras y pecho amarillo.

(1)—Plátano maduro.

(1)—Arbol de una madera resistente buena para construcciones y muebles.

—Oye, Murrieta: ¿tú has sido cauchero?...
¿Has trabajado jebe?...

—Uuuuh... yo trabajo caucho... ¡Yo trabajao
“jebe fino” con finado Fizeral!... Buen patrón
ese Fizeral. Trabajaba mucho “jebe” yo... Con
Cardoso tamién nosotro trabajao... uh!... ¡Mu-
cho “jebe”! Yo ha conocido Manao...

—¿Manaos?...

—Sí, Manao pué...

—¿Y cómo fueste allá?

—Cardoso me llevado de su peón; a toda par-
te andado yo con Cardoso... Yo vestido como
tú a Manao, con saco, corbata y zapato. No ese
color de tu zapato —dijo señalando el de Rice.
“Yo usado negro nomá...” Muy serio y muy
digno, era como un curaca redivivo de la nume-
rosa familia pira, hoy en extinción. Moreno, de
un moreno especial, medio aceitunado, tenía los
perfiles precisos de algún rey de la India anti-
gua.

Luego le contó Murrieta que había maneja-
do muchas libras de oro puro, en la época do-
rada de la industria. Que anduvo con los bolsi-
lllos repletos de libras esterlinas de oro, que le
daban sus patrones; gastando en mujeres en
Iquitos y Manaos. Pero que fatalmente, cuando
se le acabó el dinero, y no tuvo más con qué
comprar **mitayo**, hubo de regresar al Ucayali.
Y que desde entonces vivía lejos de las ciuda-
des, donde sólo se conseguía **mitayo** con oro;
mientras ahí en el río él lo conseguía fácilmén-
te!...

—¿Y tu mamá?... —preguntó a Mauricio por
doña Clara, la señora que lo había criado.

—Ta muy viejita... pensamos mandarla a
Iquitos en este viaje de “la Marañón”.

—Ah... pobre mama... dile que a Iquito no hay **mitayo** ¿Caso hay **mitayo** a Iquito?... ¡No hay plata no hay **mitayo** a Iquito! Aquí hay **mitayo**. Tu mama no a acostumbrar a Iquito...

—Y por qué se llama Murrieta este indio, preguntó Rice a Mauricio.

—Porque le gusta mucho ponerse el nombre y apellido del patrón con el que trabajan. Este habrá trabajado con algún Murrieta...

En el puerto, los peones sentados alrededor de la olla y la **mocahua** (1) de yucas y pescado, comían y conversaban con risas estridente. "El huitoto" invitó a comer a Murrieta, y éste fue a sentarse al lado de ellos en segunda. Tomó una cabeza de **cunchi** (1) de la olla común y se puso a comerla silenciosamente; como ausente de todo, con esa dignidad característica, hierática, en los ademanes y el rostro. Después de breves instantes se le vio levantarse, dirigirse a la barraca, y volver sin **cushma**, con el "sable" (2) en la mano. La había cambiado por el traje corriente de pantalón y camisa que la "civilización" ha llegado a imponer a los indios, a través del tiempo. Con el semblante adusto y apacible pidió a Rice que lo condujese de surcada un trecho, en su canoa, hasta la casa de Gordón, otro **piro**, octogenario, que vivía dos vueltas más arriba.

Unos instantes más la canoa del "blanco" partía de surcada con Mauricio y sus dos bogas. Juan, Mashero y Kasanto bajaban en otra, de regreso a sus casas: a flor de corriente, remaban muy de vez en cuando. Juan, echado con casi

(1)—Recipiente para usos domésticos, parecido a un plato con los bordes curvados hacia arriba.

(1)—Pez de pocas espinas, muy agradable.

(2)—Modismo regional: machete.

todo el cuerpo dentro del **pamakari** (1) de la canoa, "popeaba"; se le veía apenas el brazo, con el que tenía el remo metido en el agua. El Ucayali hacía el resto. Un pitar tenue se dejaba oír, avivado a ratos por el viento, como el de una lancha muy distante: una bandada de **Tuyuyos** (2) giraban y giraban en círculos y semicírculos constantes, allá arriba, muy arriba, ¡con las alas extendidas y albas, confundidos con las nubes!, dando ese grito lánguido, que haría creer a cualquier "cristiano" que fuera el pito de una lancha, a muchas vueltas del río todavía...

Los remos de Mashero y Kasanto a veces decían pac... chizz... pac... chiz... pac... pac..., entrando y saliendo en las aguas cristal moreno.

Descansadamente el río los llevó a sus casas.

A los pocos días de llegados don Pietro Ferrazio los mandó al trabajo de la **shiringa** (1) en el Tapiche. Juan partió con Shimashiri, pegada siempre a su vida, como la flor de la **zangapilla** al árbol de la **punga**.

Allá tuvo que trabajar frecuentemente con el agua hasta la cintura, en los **aguajales** (2) y los bajíos. Salía muy de madrugadita y volvía cuando el sol estaba ocultándose, a "defumar" (3) la blanca leche extraída de las largas estradas de los palos de **shiringa**, distantes unos de otros. Cuantas veces anduviera casi una hora para en-

(1)—Toldo de paja entretejida de las canoas, para protegerse del sol y la lluvia, generalmente usado por los patrones.

(2)—Garzas de alas blancas, cuello cenizo ribeteado de rojo. Vuelan en las alturas.

(1)—Jebe, caucho.

(2)—Donde hay muchos árboles de aguaje, palmera de frutos comestibles.

(3)—Secar con el humo, por procedimiento especial.

contrarse con el otro palo del que extraer el codiciado látex, con las **tishelinas** (1), el balde y la **rasqueta** (2) en las manos; el "sable" y la escopeta a la cintura y la espalda, para poderse defender del tigre. Un día —recordaba, Juan— "lo topó" de mala manera, cuando regresaba de su "estrada", caminando entre los palos de **shiringa**.

No faltaría mucho para llegar a su barraca, cuando no sabemos qué le dio en voltear la vista hacia atrás, para encontrarse con los ojos de candela del tigre, que venía casi pisándole los talones: en el mismo momento en que iba a saltar sobre él. Sólo tuvo tiempo de avanzar unos pazos y dejar las cosas en el suelo, rápidamente, sin quitar la vista del tigre, porque de esa forma éste se detiene, "de seguro"... Apoyado en un árbol de **cetico** puso el fulminante y rastilló inútilmente, porque la bendita arma no disparaba. El tigre con los ojos brillantes en el monte atardecido, muy cerquita de él, cerraba los ojos a cada intento de disparo, cada vez que sonaba el rastillo; como si temiese algo... Luego seguía mirándole fijamente, y moviendo lentamente la cola de un lado a otro, listo ya para el salto definitivo... Se le fue acercando paso a paso, hasta tener su cuerpo a la distancia de la zarpaz; cuando Juan, en un acto instintivo de conservación de la vida, metió el caño de la escopeta, como una bayoneta, dentro de la boca abierta de la fiera. Con gran sorpresa suya en ese mismo instante el arma disparó con sordo

(1)—Tacitas de hoja de lata para recoger el látex, prendiéndolas en la corteza de los árboles del jebe.

(2)—Instrumento cortante para "sangrar" los árboles de jebe, a fin de que la leche caiga en las "tishelinas".

estampido, dentro del vientre del enorme puma, que cayó bruscamente, sangrando, patas arriba...: ¡en el mismo segundo en que él ya creía sentir sus garras en el pecho!... Largos minutos estuvo jadeando frente al cuerpo muerto de la fiera, como si hubiese estado andando todo el día sin descansar, con el corazón golpeándole seguido en el pecho, como tambor de día de **masateada** (1). Era un bonito tigre, de piel grande, lustrosa, y al día siguiente lo peló con cuidado y se lo llevó a su hijito Vicente, para que jugara con ella.

Actualmente el patrón le daba más ropa y le pagaba mejor. Hasta tenía su hamaca de hilo y su escopeta "Pecher" de dos caños, reluciente.

No obstante todo esto, Juan extrañaba siempre su vida de antes, cerca de Masisea, sembrando y vendiendo maíz, frijoles, y tomando cerveza alemana marca "Caballo", y la buena **cachaza**; ¡a la buena de Dios, libremente, cada vez que bajaba al pueblo, con la camisa y el pantalón de cien parches, riéndose "borachato"..., a carcajada limpia; con Sebastián y Olimpio, sus amigos **cocamas**...!

5

Desde lo alto de la loma una manada de **cotos** (1) rasgaba la paz de la fronda con grito ronco, grave, prolongado. Se callaban y después de breve silencio volvían a oír el grito carraspeado por los cientos de monos, "entre la sombra verde de la otra banda".

(1)—Día que los campesinos dedican a tomar el **masato**.

(1)—Monos.

"Esto es señal de buen tiempo" . . . se dijo para sí Chunguichi y continuó caminando entre el ramaje y el yerbal crecido, hacia la casa de don Nemesio Sherf, su patrón. Este tenía una casa grande rodeada de lejos por otras más chicas, en las que vivían los peones de la colonia . . . ¿La colonia? . . . pero ¿qué sería eso de la colonia, que tanto oía?; no lo entendía bien. Quiso aprender. Había llegado a saber leer, escribir y sacar sus cuentas, pero no había podido llegar a saber eso. Y, ¿qué había conseguido, por otra parte, con aprender con tanto trabajo las lecciones de los "blancos": Su vida continuaba igual; sabía que le robaban, a veces, pero ¿qué iba a hacer? . . .: seguir no más cortando la yerba crecida de la tierra del patrón, y plantando café, cacao, maíz . . .; dejando a su mujer por varias lunas, para internarse en la espesura a cortar jebe, también para el patrón. Volver con las negras bolas del producto que tanto buscaban los "blancos", ya listo, y entregarlo, al igual que los otros **campas** y **piros** que trabajaban en la "colonia".

Don Nemesio anotaba entonces todo con unos numeritos chiquitos en unos libros del mismo color del jebe y les daba la sal, los anzuelos, y la tela para la camisa y el pantalón, diciéndoles que el resto eran para las medicinas y los gastos de la colonia. ¿Qué era la "colonia"? . . . ¿Qué medicinas? . . . El otro día había muerto Vicente, y el patrón dijo que no podía curarlo porque no tenía "las medicinas". Y el hijo de Picoroa . . ., cuando tuvo todo el cuerpo como candela, si no es por el viejo Kashanga, se hubiera quedado duro como el palo, y lo habrían tenido que botar al agua. ¿Dónde estaban las medicinas, pues? . . .

Don Nemesio les daba alguna tela cuando le pedían, era cierto, pero mucha menos que lo que otros patrones a los indios con los que trabajaban, porque el resto, les decía, era para las medicinas y los gastos de la "colonia". Los **regateones** (1) del río les daban en cambio más tela por las bolas de jebe que a veces les vendían a escondidas, cuando querían una camisa y un pantalón nuevos. El Chunguichi, sabía leer y había pescado y **mitayado** bastante, pero no entendía todo este asunto de Don Nemesio y su colonia".

Antes en Sapani no había habido "colonia". Todos trabajaban y mitayaban cuanto querían, libremente, pero un día vino don Nemesio con varios blancos y se puso a hacer casas. Primero hicieron la casa grande para ellos, con unas casitas más pequeñas para secar café. Se estuvieron golpeando palos varios días, cortando con unos cuchillos largos y unos aparatos no vistos por Chunguichi antes. Así hicieron la casa grande y luego las otras chicas, donde hubo de vivir con sus paisanos **campas** y otros indios **piros**. Le dijeron que ahí iba a estar muy bien, mejor que en ninguna parte, y que iba a tener una vaca, una casa y un pedazo de tierra... Y por eso fue a vivir allí con su familia. Lo mismo les dijeron a sus paisanos y por eso fueron a vivir a la "colonia": para estar mejor y tener más ropa...

Cuando las casas menores estuvieron terminadas los pusieron en ellas, una familia en cada una; pero no les dejaban echarse en el suelo ni hacer la **tuschpa** en la casa, sino a unos metros

(1)—Comerciantes al por menor que recorren los ríos negociando con sus pobladores, regateando, por sistema, el precio de las cosas.

afuera. Tenían, además, que saludar militamente a don Nemesio y sus hombres a toda hora. Los "blancos" tenían mal genio. Una vez el "Coronel" (1) le pegó a Kashanga porque no le saludó. Ellos nada dijeron porque pensaron que así debería ser la "colonia" y después les iría mejor. Pero pasaron las lunas, y la cañabrava echó flores muchas veces, y no les dieron lo esperado. Siguieron como siempre, cortando la yerba, los árboles, y trabajando para la "colonia", algunos días con un sólo pantalón, y sin poder bajar como antes, cuando querían, a visitar a sus paisanos...

Por eso huyeron todos un buen día. No aguantaron más. Surcaron donde otro patrón que les dejaría moverse y vivir libremente entre ellos, haciendo sus casas donde quisiesen y el fogón dentro de ella, si querían próximas a sus barbacoas, entre sus racimos de plátanos y sus grandes **coshos de masato**. No tendrían tierra propia, una vaca, ni medicinas... pero tampoco habrían de estar saludando militarmente a los blancos. Para las curaciones estaba el viejo Kashanga y, para tierras: todo el monte y el río, con sus **paujiles** de negras alas; las **panguanas** o perdices, los **cotos**, **sajinos**, **huanganas**, **sacha-vacas**... ¿Para qué querían más?... Y tampoco las llevaban lejos, a vestirse del color de la cañabrava, y saludar todo el día, cargando unas "espeletas" de matar gente... Les dijeron que les iban a llevar a todos en unas máquinas grandes que volaban por los aires, como enormes **tuyuyos**

(1)—En la montaña se instalaron, en diversas ocasiones, colonos europeos de ostentosos grados militares y títulos nobiliarios, reclutados improvisadamente, fuera de toda previsión científica, en los puertos del viejo mundo.

plomizos, metiendo mucho ruido (como el **motel** (1), cuando se embravecía en el monte), para hacerlos soldados. Por eso surcaron bien arriba, dejando para siempre la "colonia" que no habían llegado a entender nunca. Y después de todo: ¿para qué necesitaban ellos saber las cosas de los "blancos" y vivir al estilo de los "blancos", que traían enfermedades y vivían echados o sentados todo el día en sus casas?... ¡Hasta que vinieron ellos habían vivido muy bien, enfermándose muy raramente, y muriendo de viejos!...

Así discurría Chunguichi mientras se acercaba a la hacienda de don Nemesio, en la que éste continuaba terco, llamándose "Jefe Director de la Colonia", al frente de media docena de mujeres y dos o tres de sus maridos fieles únicamente. Desde que huyeron sus paisanos ya había florecido varias veces la cañabrava, pero la "colonia" seguía desierta. Los indios no querían volver. El era el único que la visitaba de tiempo en tiempo, porque don Nemesio le había curado cierta vez una herida, llevándolo hasta Iquitos, y no lo olvidaba. Por eso iba a verlo siempre y a ayudarle a "rozar" (1) sus chacras algunas lunas.

Llegaba muy cerca de la casa del antiguo patrón. Había rodeado la última loma, siguiendo el camino que conducía derecho hasta ella, cuando desde el cafetal pudo reparar en una canoa con **pamakari**, junto a la última vuelta de la otra "banda", tras del **cetical**. Bajó al puerto y se quedó esperando. Al poco momento la ca-

(1)—Tortuga de tierra.

(1)—Cultivar y quemar los palos, remazones y vegetación cortada, para que no crezca inmediatamente de nuevo.

noa atravesaba el río y atracaba a poca distancia de donde se hallaba. Eran Mauricio con sus paisanos Picoroa y Shangari, quienes en cuanto lo divisaron lo saludaron con gritos estridentes, a la usanza **campa**. Saltaron los tres de la canoa, y en seguida del **pamakari** salió un "blanco", para él desconocido. "¿Será algún nuevo Coronel de la colonia" pensó, y escurriéndose entre ramas y yerbales llegó hasta la canoa, agarrándose inmediatamente con Shangari en discusión cerrada. Tras del largo discutir, golpearse el pecho, alzar los ojos al cielo y tenderlos seguidamente al monte, parece que llegaron a algún acuerdo, porque Chunguichi se sacó la **cushma** blanca, nueva, de adornos de vetas negras que llevaba en el cuerpo y se la tendió resueltamente a Shangori. Este hizo lo propio con la suya, parda y vieja. Sólo el oleaje de las aguas del río, al chocar con las aletas de un tronco de cedro enorme caído contra la corriente, se dejó oír después.

El "blanco" estaba sentado en el borde de la canoa, observando en silencio la escena.

—Así son estos indios: no se niegan nada entre ellos... Nada de lo que llevan consigo puede ser negado por un **campa** a otro **campa** que encuentre en el camino del río o del monte. ¡La peor anatema, el peor insulto que puede haber en el mundo para ellos, es que les digan "mezquino"!...

Era la canoa de Rice, en la que Mauricio venía diciendo esto. Llegaban después de unos días de viaje a la "colonia" de don Nemesio, a ver sus tierras y gomales. Don Nemesio era un cincuentón de algún lugar de la costa peruana, curtido por la selva. La mayor parte de su vida había vivido entre sus ríos, sus canoas y sus

montes; pero conservaba la impetuosidad y arrogancia características del costeño. Un abuelo marino, terco y amante de las más locas aventuras y empresas, había apadrinado su alma de niño; heredando de él, quizás; muchos de sus defectos y virtudes.

Los recibió amablemente, alojándolos en una casita que especialmente tenía construída para huéspedes, por el lado de la entrada de la gran hacienda, a la que había dado en llamar colonia. Comenzó a contarles de las obras, mejoras y halagadoras perspectivas de ésta. Estuvo con Rice y Mauricio, hablándoles horas de horas sobre las casas, los objetos, cultivos, métodos de cultivos y sistemas de trabajo empleados, intercalando entre la charla frecuentemente, feroces interjecciones contra los lancheros judíos del río: ladrones y envidiosos, que cobraban "fletes por las nubes!"... y pagaban precios bajísimos y caprichosos por los productos de las pobres gentes de las riberas de los ríos: los únicos caminos de civilización de los pobladores amazónicos. El quería elevar el standard de vida de esas gentes, y por eso había organizado la "Gran Colonia del Sapani", luchando años de años. Pero ya se cansaba; se iba haciendo viejo allí, incomprendido por todos pero con el corazón íntegro, según aseguraba; y el ojo bueno para el cuchillo, eso sí. "Mire", dijo a Rice, mientras paseaban por los cafetales: y un zumbido breve pasó rozando sus orejas, yéndose a clavar seco y de punta en un árbol próximo... "Pero esto que no lo sepan los indios, porque ellos creen que porque estoy viejo ya me podrán matar..., ¡cuálquier día!... Usted comprende: yo ando solo, sin armas, por todas partes; y estos indios a veces tienen ideas raras, ¡son muy

vengativos!... Pero ellos no saben que yo tengo el cuchillo siempre en la vaina y pegado al cinturón... Y también soy bueno para los golpes... El otro día le di a uno de ellos una tunda, que lo dejé que ni su madre lo habría conocido. A puro cabezazos y contrasuelazos lo tendí en el suelo... Así hay que tratar a estos salvajes..."

Y ahora se habían ido todos... Gentes mal intencionadas, enemigos gratuitos que por ahí abundaban, les habían ido a decir que los aviones que últimamente estuvieran viniendo, por ciertas exploraciones del Ministerio de Fomento, eran para llevarlos al cuartel, a ser soldados. Y no esperaron más, se largaron todos... Empero se había quedado con esa media docena de mujeres y dos o tres muchachos, hasta que un día... ¡Ah!..., un día ésta sería una gran colonia de indios bien vestidos, productivos y peruanos... Mientras que hoy no servían "ni a Dios ni al diablo", aunque ¡más parecían "andar con el diablo estos malditos indios!..."

—¡Y el gobierno no lo ayuda!... dijo Mauricio.

—Al principio me ayudó mandando polacas y rusos blancos, casi todos príncipes y nobles, que no llegaron a entenderse con los indios y únicamente quisieron ser servidos por ellos —continuó. Ahora sólo venían, de tiempo en tiempo, empleados del gobierno, fiscalizadores, a ver cuánto tenía... El "Príncipe Alejandro", que parecía ser el jefe de los colonos polacos que años atrás vinieron, discutía mucho con éstos. Les decía que pronto el gobierno mandaría la plata y mercaderías... Los colonos gritaban que los estaban engañando, y que si no les daban lo que les habían ofrecido en Europa al embarcarlos, se sublevarían e incendiarían la "colonia" con todos los indios... Finalmente, poco a poco, fue-

ron bajando a Iquitos y de ahí pasaron al Brasil, según había sabido... Los pocos que llegaron a cultivar y cosechar alguna cosa no tuvieron como venderla, sublevándose con "los precios de porquería"..., que les querían pagar los "lancheros judíos". Bajaron finalmente, como los otros... Y por eso se "calentó" y escribió al Prefecto para que lo dejases solo; diciéndole que se bastaría con los indios para hacer una gran colonia, sin pensar que "estos bellacos fueran tan brutos..." ¡No eran capaces de entender que una colonia tiene sus gastos, y que de lo que ellos trabajaban habría de salir para estos mismos gastos!... Qué era necesario pagar las medicinas, las herramientas y la construcción de sus casas y demás gastos de la colonia, que "al final sería de ellos mismos", y por lo tanto todos debían de contribuir a su sostenimiento... Los muy brutos no querían saber de esto: querían que les pagase sus productos a los mismos precios, que los **regatones** y lancheros sinvergüenzas que por ahí andaban malogrando a la gente... Dicho esto se retiró chasqueándose las pollinas con una flexible rama de **masaranduba**, (1), diciendo que se iba a ver si "esos indios del cuerno" habían preparado el almuerzo, porque si él mismo no lo veía eran capaces de darse de comer "porquerías"...

—¿Y por eso nomás cree usted que se han huído?... Saben mucho estos indios: se defienden como pueden los pobres... —le dijo Mauricio a Ríge, con cierta sonrisa irónica y tristona. Y le contó lo que sabía sobre el indio al que don Nemesio había dejado "que ni su madre lo habría conocido"!... Era un tal Shapalba, lo cono-

(1)—Una madera resistente.

cia. Don Nemesio le había pegado duro con el fuete, ciertamente; pero no contaba que ese mismo indio le salvara la vida, poco tiempo después. A él se lo había contado Chorinti, que había presenciado la escena. Días después del incidente, Shapalba se alejó de la "colonia". Don Nemesio fue en su búsqueda y lo trajo en compañía de otros **campas**, en su gran canoa. Estaría muy cerca de la "colonia" cuando un palo, apenas emergido de la superficie del río, volcó la embarcación en una fuerte correntada. Don Nemesio salía y desaparecía entre las burbujas y remolinos embravecidos, tragando agua, abandonado de los otros peones. Agilmente Shapalba lo asió de los pelos de la cabeza, y nadando vigorosamente, lo dejó salvo en la orilla... Don Nemesio impresionado no sabía cómo agradecer al indio. Le hizo preguntar por Chunguichi qué quería que le regalase... Este volvió al siguiente día, diciendo que "sólo quería que lo dejases libre"... Que no quería trabajar más con él, porque le había pegado en la cara; que sólo a las mujeres se les pega. "Su dios **Pahuá** había hecho la cara del **campá** para ser tocada sólo por él...". Dicho esto Shapalla tomó la canoa y se marchó en silencio, aguas abajo.

La mañana entraba en su definitiva faceta de ardencia y silencio. El silencio, tan temido por Rice, se hacía en aquellos momentos en las casas, animales y gentes; sobre todo en el verdor dorado del monte, en el medio día del sol reverberante lleno del lánquido y continuo canto de miles de chicharras. Sin embargo hoy Rice sentía menos este silencio: iba adormeciéndose, cada vez iba haciéndole menos daño. Los trenes, rascacielos, vidrieras fastuosas, bocinas estridentes en la piel del minuto pasajero, del segundo

incerto de las grandes ciudades; se iba alejando en su alma, dando paso a este silencio de olvido, de vida en secreta gestación, bajo la mirada parca de hombres tranquilos, que se entregaban o negaban desde el primer momento; de ríos, animales y árboles que se confundían en el mismo abrazo genésico, universal y eterno. ¿Dónde se necontraba?... No lo había pensado bien hasta este momento. Pero, sin duda alguna, ¡sentía como si algo nuevo se fuera adueñando de su alma, un mundo nuevo se fuera interponiendo en su vida: hora tras hora, segundo a segundo, insensiblemente! Europa iba quedando tan verde y tan distinta a todo lo que antes conociera, iba haciéndose sitio en su alma! Días habían en los que hasta se olvidaba de Anneliese, su novia europea. Sus ojos azules andarían perdidos a esas horas quizás en **Mont Parnase**. Sus cartas escaseaban... Su recuerdo entonces emergía del pasado, como flor de agrio dulce espuma en la corriente del río.

—¿Qué le parece este don Nemesio?...

—Ps!... Buen hombre, pero muy caprichoso. Quiere que los indios de acá sean como los de su tierra, y eso como usted ve es imposible. La gente de estos montes es distinta... —contestó Mauricio.

—¿Y el Estado no los ayuda?

—¿No está oyendo? El Estado..., el Estado no se mete aquí en estos casos. Aquí no hay más ayuda ni más Estado que el trabajo de uno mismo...

—Es lo que pensaba. El Estado aquí aún casi no ha llegado... es algo muy vago...

Mauricio era un nativo de estas selvas, con una idea especial sobre sus asuntos y problemas; tal vez distinta a las de los demás, por las

circunstancias de su propia vida. Tendría alrededor de unos veinte años, era callado y observador. Se había hecho andando. Había ido a la escuela solamente hasta el segundo año, porque en **San Ignacio**, donde creció, no pudieron enseñarle más. La maestra dijo que ya era demasiado grande para andar enseñándole. Tuvo que aprender solo, marchándose muy temprano a la salazón del **paiche**, y el trabajo en las chacras de los vecinos.

Casi no había tenido infancia. Una sorda amargura le subía al corazón, al recordar que nunca tuviera más juguetes que las cometas y lanchas de madera que le mandaban a hacer los hijos de doña Clara Sandoval, su madrina, que lo criara desde la muerte de su madre. Y, cuando una vez, el marinero de una lancha le regalara una lanchita de latón, los hijos de la madrina se la quitaron inmediatamente. El se enfureció y les pegó. Ella le amorató el cuerpo a latigazos de ramilla de guaba, que ardían desesperadamente. Esto le sucedía a menudo. Sus desesperados gritos de dolor parecían enardecer más a doña Clara, que metiéndole la cabeza entre las piernas y las faldas, le azotaba hasta cansarse, dejándolo medio muerto en el suelo. Así lo criaron y así vivió hasta que pudo escaparse de su casa. Por eso tenía esa cara de viejo prematuro, y las pronunciadas comisuras de los labios le subían hasta los ojos de cocha muerta, en los que se notaba muy poca alegría. Desde aquellos días no podía oír pegar a nadie sin revolverse todo el ser. Al oír llorar a alguna criatura pensaba en el acto, involuntariamente, en su infancia indefensa, y la dura condición de tantos niños de estas selvas que conocía. Principiaban a saber del dolor del mundo por sus mismos pa-

dres, que les enseñaban tan cruelmente las cosas de la vida, como a ellos les enseñaron: "¡la letra con sangre entra!..."

Después del almuerzo Rice dijo que se sentía cansado y se tendió en la hamaca, dejando a Mauricio solo con don Nemesio. Pero don Nemesio, después de preguntar por algunos peones, personas conocidas y cosas del río, también dejó a Mauricio, para ir a ver unos plantíos recientes de caña, alrededor de la quebrada próxima. Al poco tiempo Mauricio como viera al "gringo" levantado, y paseándose al pie de la hamaca, se le acercó. Pusieronse a charlar, y el tema de la charla esta vez fue el de las mujeres.

Era simpático "el gringo"... Le gustaba estar con él. Se había hecho ya su amigo.

Cuando el sol estaba yéndose, bajaron en una canoita al caserío del **Cerro Azul**, donde se encontraron con Olivera Sifuentes, un viejo conocido de Mauricio, un chacarero criollo que simpatizara con Rice, desde el primer momento. Se sentaron en los cantos de una canoa echada en el patio de su casa, carcomida por las lluvias y las correntadas del Ucayali; mientras Mauricio, después de hablar algo aparte con Olivera, y hacerle no sé qué preguntas, se perdió por una huella de camino, que iba a dar a otras casas cercanas, entre la maleza cerrada. Los grillos, las caprichosas volutas de las nubes del cielo, y la adorante criba de la fronda, plena de savia y crorófila nuevas, teñían las últimas luces del atardecer y el aire del caserío, de cierta sensual y vaga melancolía. Palpitaba en el aire cierto derroche de vida, que parecía despertar la sensualidad dormida del europeo, cuyos ojos fueron tras el cuerpo ondulante de Uzarinizi, la india

campa que en esos instantes bajaba hacia su canoa del puerto, llevando en la cabeza el canasto repleto de yucas. Era guapa; sus ojos negros apenas miraron al "blanco" al pasar, alumbrando, no obstante, su subconciencia: como el relámpago las aguas anochecidas del río hondo. Sus caderas armónicas se destacaban nítidas en el vestido granate. Sus senos eran duros y bellos, como modelados por alguna deidad artística de su tribu.

—¡Uzarinizi!... La hija de Kashanga..., un **campa** "médico" muy temido de "por acá"... Dicen que es **cajonchi** —brujo... Sabe vivir bajo el agua...

—¿Vive sola con su padre?...

—Sí, pues... No tiene marido... Le tienen miedo a su padre. El otro día un peón de don Ponciano la quiso enamorar y "dizqué" murió con dolores en todo su hígado y su riñón...: con la espina del **zúngaro** atravesado... Tenía la espina del **zúngaro** "dizqué" en "su este" y "su este".... —decía Olivera, señalando las cunyaturas de las piernas y los brazos.

—Quisiera conocerlo..., dijo Rice, mirando fijamente a Olivera. Y luego siguió conversando de otras cosas, tratando de disimular el enorme interés que en él había despertado, desde el primer instante, la visión de Uzarinizi, nombre que en **campa** quiere decir verano.

Mientras tanto Mauricio andaba en busca de aventuras. Dejó a Rice conversando con Olivera, y fue a buscar dos muchachas, que le dijeron que por allí vivían, a poca distancia del puerto de su casa.

—¿Usted tiene balas, "don"?... Yo tengo un revólver de mi padre, pero no tengo balas...

“¿Usted no tiene jebe?...”. Mire mi “baladora” (1), está rota y en la “banda” hay bastantes **zulzuiss** (2)..., iba diciendo el muchachón que lo acompañaba, un conocido reciente, vecino de Olivera, que se le había ofrecido espontáneamente para “enseñarle el camino”...

—¡Vea esa playita hom!... Qué linda para bañarse...

—¿Quiéres que nos bañemos? Vamos a bañarnos primero, pues... Y sin más preámbulos se fueron a la playita, Mauricio y el muchacho, cada uno con el **pate** y el jabón “jacaré”, que éste fue a traer de su casa, corriendo. Tuvieron que apurarse porque el zancudero se venía.

Las aguas, en remanso, se deslizaban suaves, tersas, en ese pedazo. Más allá, la corriente del medio río se llevaba una **palizada** reseca. En uno de sus extremos dos **tibes** bajaban a la deriva, sonámbulos...

Mauricio y el muchacho, completamente desnudos, se jabonaban descuidadamente, después de dar unas cuantas brazadas en el agua. En eso vieron acercarse los bultos de dos muchachas, en la semi obscuridad del atardecer. Llevaban cada una un cántaro en la cabeza. Con sencillez pagana parecieron no apercibirse de la presencia de esos cuerpos masculinos desnudos junto a ellas. Metieron los cántaros en las aguas mansas, y volvieron a subir el empinado camino del puerto, paso a paso.

(1)—Instrumento típico formado por una horqueta, de cuyos brazos está atada una goma, que impele violentamente los objetos pequeños que en ella se ponen. Muy usada por los muchachos.

(2)—Pajaritos de alas azules. Nombre onomatopéyico.

—Vienen a llevar agua para el **timbuche** (1)...
dijo riendo el muchacho. Son dos **santarocinas**
que viven allicito. Si quiere lo llevo...

Mauricio tornó a darse dos remojones dentro del río, y subió por la popa de la canoa a secarse, y antes de que obscureciera completamente fue en busca de las muchachas, que se le antojaron magníficas. Sin embargo no estaba muy seguro..., creía haber visto desde la canoa tan sólo dos delgados cuerpos adolescentes, a través de unas ropas viejas y rotosas. El croar de las ranas, de vez en vez; el crótalo del **corocoro** (2) y el **tocón** (3), y el chirriar de los grillos, entre las sombras de la luz verdosa del follaje, iban matando lúgicamente la tarde; ¡abriendo la fantasía de la noche virgen y densa de vida oculta, misteriosa, al hambre impostergable de hembra de Mauricio Ramírez! Así llegaron a la casa de las muchachas. Golpearon... Nadie contestó... Volvieron a llamar sobre el palo de hendeduras, rústica escalera que conducía al entarimado de la casucha: ¡dormitorio y palacio de esas inocentes vidas! Tampoco obtuvieron respuesta alguna... Quizás las muchachas estuvieran arriba, escondidas. Subieron. No encontraron a nadie. Sólo un mosquitero viejo y parduzco. Por un canto un racimo de plátanos a medio acabar; sobre el racimo un blanco tazón con un poco de sal... ¡era todo el escenario de esas humildes vidas! Mauricio principió a comprender. El habría visto muchas veces esto en sus días de niño; conocía esta miseria. El

(1)—Sopa de pescado y plátanos.

(2)—Ratón nocturno que vive en la cañabrava. Nombre onomatopéyico.

(3)—Otra variedad de ratón nocturno.

muchacho que lo acompañaba conjeturó que se habrían fugado a alguna casa vecina, de miedo, maliciando que vendrían a buscarlas... Dijo también que esos plátanos y esa sal era lo que comían todos los días: que les habría dejado el viejo del padre viudo, "que había bajado hacían días a su chacra..." Y que eso era todo lo que comían: y que de desayuno, cuando el padre no estaba, asaban esos platanitos y los comían con la sal del tazón... "¿Y eso nomás comen?!..." "¿Y de desayuno qué toman?" —preguntó nuevamente con voz apagada Mauricio. "Plátanos con sal, pues...", replicó el muchacho. El corazón se le hizo chiquito a Mauricio. Sintió vergüenza de sí mismo. Ya podía explicarse la escualidez de los cuerpos adolescentes que había visto un momento antes en el puerto. ¡Plátano con sal!... ¡Y con ese desayuno iban a la escuela!... ¡El también había ido así tantas veces de pequeño! ¡Cuántos chicos irían a la escuela con solo eso en el estómago todavía, en una tierra tan pródiga! Y luego el maestro les exigiría a palmetazos que supiesen la lección y no se distrajesen: porque "el maestro para ser bueno habría de tener carácter..." como querían los padres. "¡La letra con sangre entra!..." En el silencio de la barbacoa humilde estaban los plátanos, y el puñadito de sal. Era toda la riqueza de esas tiernas vidas. En la penumbra de la pobre habitación Mauricio sintió algo así como mil latigazos invisibles flagelándole las carnes, momentos antes brutalmente sensualizadas, y: como si algunos ojos muy tristes, con una tristeza sin ambiciones, de miles de años, desde un ángulo de esas mismas sombras, estuvieran viéndolo todo, mudamente. Pensó en su madre; en la de los seres que allí vivían, que, según

decía el muchacho que lo acompañaba, hacía tiempo que oía muda la tierra... ¡Tuvo la sensación de la viscosidad fría de una cascabel recorriéndole todo el cuerpo!... Se acordó a lo que había venido; tuvo asco y pena de sí mismo..., y bajó apresuradamente la escalera de la barbacoa... En el patio respiró más tranquilo. ¡Sexo y miseria! Había venido por un poco de sexo y se había encontrado con la miseria, golpeándose en ella sin querer los ojos, las manos, el alma toda; ¡en una tierra de tanto humus verde y fecundo, de tanta vida oculta entre las sombras verdes de la noche! Trató de ahogar en esas mismas sombras el corazón apretado. Y sus pasos se encaminaron apresurados en busca de Olivera y de Rice, a los que halló perdidos en charla indiferente, sentados en la canoa envejecida y gastada por las arenas del río, bajo la paz de un cielo azul cobalto, tachonado de estrellas.

El tiempo transcurre como siempre en la "colonia". Las mismas charlas de todos los días de don Nemesio sobre sus progresos futuros...

Sólo el recuerdo de Uzarintzi golpea la curiosidad de Edmond Rice por momentos; pero luego prosigue en la redacción de sus informes comerciales a la casa **O. Dufy & Co.** que habría de remitir en breve a Bruselas, aprovechando la surcada de la lancha "Putumayo", y la amable hospitalidad de don Nemesio. La lancha es esperada de un momento a otro, desde hacen varias semanas. Quizás después de esos informes le quedaría poco que hacer por estas extrañas tierras; y volvería pronto a Europa, a la vieja Europa, a la que con gran sorpresa suya, a pesar de todo, extrañaba menos cada día.

Una tarde Mauricio le habló del **Catzivurerí**, el pájaro fosforecente que vuela en las playas solitarias del Alto Ucayali y el Tambo, al que temen tanto los **campas**. Kashanga, el viejo padre de Uzarintzi sabía de esto... "Si quiere vamos a verlo: es un **campa** feo como un mono, pero muy curioso. Sabe muchas cosas que le gusta contar cuando se le regala tabaco y **cachaza**. Dicen que es **cajonchi**..."

Van esa misma tarde. Suben el barranco de la chacra de Kashanga. Una casita de paja medio derruida es lo primero que encuentran. Más allá otra, deshabitada. Entre la paja parda del techo hay algunos objetos: una **macana** (1), flechas, izanas... Kashanga estará más adentro... Los **campas**, al contrario de otros indios de estas comercas, acostumbran a hacer sus casas lejos de las orillas de los ríos. Habrá que internarse algo en el matorral, por una huella muy estrecha de camino. Al fin encuentran a Kashanga y su gente, entre el yucal que circunda su casa. Viene medio retraído hacia Mauricio en cuanto le reconoce, hablándole en **campa**. Poco a poco el viejo parece ir tomando confianza, se acerca a los forasteros y los saluda dándoles la mano, con una sonrisa cándida, de los primeros tiempos del génesis. Personaje extraño, del color de todos los indios **campas**, pero con la figura y los rasgos fisonómicos de un perfecto orangután.

tán... "De encontrarme a solas con este hombre en el monte, me habría pegado un gran susto", piensa Rice. Kashanga sonríe... Sonríe

(1)—Instrumento plano de una madera muy dura, sobre el que apoyan la flecha los indios, a manera del arcabuz.

cándidamente cuando alguien le habla, y contesta poco. Habla apenas el castellano, prefiere hablar en **campa** con Mauricio. Poco a poco va sosteniendo con él párrafos cada vez más largos. Rice piensa, mientras tanto, que el sujeto de observación de Darwin, para la construcción de su singular teoría del hombre, a base de la selección de las especies, no habría sido distinto de este curioso ejemplar humano. ¡Vela claramente —con los ojos de la imaginación— deviniendo el hombre, dolorosamente, a través de las edades de la Historia, de un tipo simiesco como Kashanga!... Le gustaba el tabaco, una esencia recargada de negro tabaco, guardado en un pedazo de bambú: un líquido viscoso que de solo verlo mareaba, y que él, en cambio, saboreaba deleitosamente, poniéndolo con un pedazo de caña ad hoc en la lengua, y cortando de rato en rato nuestra sorpresa con sus ojos infantilmente regocijados. Mauricio saltó a la **barbacoa** donde se encontraba gustando la soporífera tabaquina, y se tendió en ella de espaldas, mirando los tambores, **totamas** y **yungares** (1) del viejo brujo, pendientes del techo de su chocil. Levantando uno de los pies descalzos tocó el tambor pendiente de la paja entre-cruzada del techo bajo. Y se estuvo hablando largamente, en esta abandonada posición, al viejo... "Umjú..., umjú..." respondía Kashanga, y por último también se animó en la conversación a su vez, enfascándose en gesticulante charla **campa** con Mauricio...

Afuera, su Majestad el Sol, calcinaba de alas de **binti bis**, y bandadas de dorados **pihulchos**, el verdor nuevo de la selva. Se acercaba el me-

(1)—Flauta típica de huesos de animales o carrizos.

dío día. Las chicharras, grávidas de misticismo y sensualidad, esparcían su chirrimía undívaga, languidescente. Un **tinicurí** cantaba incansablemente. Rice iba entendiendo el bello lenguaje, y por primera vez, sus ojos asombrados, fueron ganados plenamente por el oro viejo del paisaje asoleado. De pie, arrimado a una frondosa planta de plátanos, miraba ausente y silencioso la llanura, abierta hacia el río en algunos kilómetros... Las grandes hojas de los plátanos, el yuca, las plantas de la **secana** y la **huimba**, de frutos sedeños, se mecían al viento suave... El terreno, agrietado después de la lluvia de la noche anterior, guardaba las huellas recientes de animales y hombres que transitaran por él. Los ojos del "blanco", como un descanso o una liberación mayor, buscaban el camino lejano del río... Inesperadamente se tropezaron con los de Uzaintzi, que llegaba en ese instante del monte, con un fresco racimo de plátanos sobre las espaldas morenas. Pasó indiferente y se llegó hasta la choza donde se encontraba el brujo Kashanga conversando con Mauricio. Dejó los plátanos cerca de la **tuschpa**, en silencio; atizó la candela, y se fue con la **mocahua** al río. Kashanga la miró con paternal ternura, diciéndole algo que Rice no entendió.

—¡Sabe muchas cosas este Kashanga!... Es un gran brujo, mister Rice: me está contando la historia del **Catzivureri**, y me va a contar la del **Gorinto** y el **Czirungaveni**..., dijo Mauricio desde la barbacoa.

Edmond Rice no era el empleado comercial corriente. No eran hacer números, e indagar qué cosas se podían cambiar por qué cosas, y cuánto por cuánto, el único fin personal de su viaje a América. Nacido en Viena, había vivido los

mejores años de su juventud en París, Bruselas, Berlín; estudiando cursos superiores en sus Universidades. Había visto de cerca a Barbuse, Romain Rolland, D'Annunzio. eS había emocionado hondamente con la vida y pinturas de Gauguin. La personalidad de Rice no era, por lo tanto, la del simple hombre de negocios. Había aceptado este viaje al Amazonas en misión comercial, principalmente para laxar sus nervios gastados en emociones intensas de índole personal, y para alejarse un poco de la atmósfera cárdena de la Europa del catorce. Eran los tiempos en que Alemania avanzaba en sus pretensiones sobre Alsacia y Lorena, y en su afán de dominar al mundo. La muerte se cernía de nuevo sobre la vieja Europa: ¡el continente alguna vez llamado "de la guerra"!

Fue así como pensó en América: ¡cómo en un refugio! Y se vino. La llamada "gran guerra" estalló cuando estaba de viaje. Se estableció alrededor de un año en Manaos, como jefe de la agencia de la casa **O' Duffy**.

De ahí que no le interesara el indio amazónico como sujeto de producción, en el terreno económico, únicamente: sino también en el científico y estético; y hasta se decía que amaba la pintura y efectuaba de vez en cuando algunos apuntes. Mauricio le había encontrado, en ocasiones, barruntando al carbón unos grandes cuadernos blancos. Fue como supo que al "gringo" le gustaban las puestas de sol, las mujeres hermosas y las cosas raras. Por eso principió a contarle las originales fantasías de Kashanga que le interesaron especialmente, por cierto compromiso contraído con Anneliese, la novia europea, que le pidiera recolectar asuntos y temas típicos para un libro que tenía en preparación... En la que-

brada del Runuya —afirmaba el brujo Kashanga— entre sus peñas o rocas, llamadas **empetas**, en sus alturas, en sus grandes alturas, existían unas profundas bóvedas, en las que viven cientos de lechuzas, conocidas por los **campas** con el nombre de **satanis**. Y una vez, él con su tío Abahuapay, curaca de crecido número de estos indios, fueron a cazar dichos animales a esos cerros. Hicieron una antorcha de **ripilla**, tallo de una gran palmera con que acostumbraban a alumbrarse en la oscuridad de los campos, y poder así cazar infinidad de estas para ellos sabrosas aves. Siempre lo habían logrado sin ningún impedimento, hasta tal día, en que al voltear cerca a unos enormes pedrones, se encontraron de improviso con un ser extraño, especie de demonio femenino: ¡un mujerón gigante que llevaba la boca a la espalda, como una mochila!

El tío Abahuapay al verla escupió al aire diciendo **kamarí** —diablo—, corriendo en seguida por entre los montes con él y los **campas** que lo acompañaban, oyendo a alguna distancia el gruñido del monstruo que los perseguía, lanzando su espeluznante sonido gutural, como el que produciría el tragarse de una descomunal garganta: “gorin”... “gorinto”... “¡gorinto!”... Después de muchos esfuerzos y astucia felizmente lograron escaparse... Este ser extraño acostumbraba a avanzar por entre los montes, hasta caer sobre los **campas**, que perdíanse como pajaritos entre sus enormes brazos, y una vez que los atrapaba los metía en la espalda, en la especie de “mochila” que llevaba como boca, llamada por ellos **carato**. Luego, todos los **campas** así tragados eran transmutados en sus entrañas, naciendo de nuevo a la vida, como hijos suyos, con todas sus condiciones y defectos... Y contaban que es-

tos hijos, cierta vez hicieronle la traición: uno de ellos trató de que el monstruo subiese al cielo, para ver la luna, por una escalera larguísima, construída al efecto de un árbol de **tangarana**. Y cuando el "Gorinto" estaba en lo más alto de la escalera, los de tierra la jalaron, y lo derribaron sobre una roca: convirtiéndose desde entonces en una enorme piedra. ¡qué suena como una campana bronca cuando la golpean!...

Era algo más del medio día y resolvieron volver a la "colonia", después de obsequiar al **cajonchi** Kashanga con un mazo de tabaco y unas botellas de **cachaza**, que le provocaron gran alegría.

Shangari y Picocra, los **campas** bogas de Rice, tanganeaban con fuerza en algunos trechos y en otros remaban, cuando la **tangana** no tocaba fondo; Chunguichi "popeaba". El sol quemaba en los cuerpos y las cabezas curtidas de los bogas impasibles. Mauricio relataba a Rice dentro del **pamakari** de la canoa: ...fue un **campa** que echaron al agua... Un **campa** del río Tambo, culpado de brujería contra los miembros de su tribu... Un chico de menos de diez años... Porque los **campas** son así: de repente ven alguien que se muere u oyen a un chico reirse o hacer un gesto, y ya se les está ocurriendo que es brujo y que por lo tanto hay que aventarlo al río, para que no pueda hacer mayores males a la tribu. Es lo que pasó una vez con el hijo de uno de los **campas** conocido del viejo Kashanga, en el Alto Tambo... Y desde esa época, a los pocos días nomás del hecho, se vio volar por el monte y las playas esa luz roja como candela, muy cerquita a las casas de los indios que arrojaron al chico brujo al agua, y Kamaitiri, que era el que lo había acusado primero, excelente y va-

lliente **sajinero**, tomó su canoa y se marchó a la playa a ver el fenómeno, y no volvió... ¡A la mañana siguiente lo encontraron muerto, con la boca toda llena de espuma, los brazos y las piernas rotas!... ¡Desde entonces siempre se vela esa luz en las playas del Tambo y Alto Ucayali, volando junto a las piedras, en las playas desiertas! Pero eso no era la llamada "luz mala", que es una luz de tono más verde; esa es "otra luz que anda por los aires y ningún cristiano la puede alcanzar". Otros dicen que es un pájaro grande, del tamaño de un muchachito... Otros afirmaban que era un muchachito, ¡de una fuerza brutal! "Ja... Ja... Ja..." —rela Kashanga cuando lo contaba. ¡La fuerza de ese muchachito, aseguraban los **campas**, que era tan grande que, quebraba las piernas y los brazos a cualesquier "cristiano" que lo fuera a aguantar!... Dicen que levanta las piedras por donde pasa, y come los gusanitos que hay debajo de ellas, y las **cucarachas**... Y que en tiempo de verano es cuando más vaga esa luz rojiza o pájaro fosforescente llamado **Catzivureri**...

—El **Capirungari** "vuelta" dicen que es como el perro, que persigue al hombre dentro del monte: como el **Maniro**!...

—¿El **Maniro**?... ¿Qué es el **Maniro**?...

Mauricio espió fuera de la canoa y se puso a picar un poco de tabaco. Rice echado de espaldas tenía levantadas las dos piernas, apoyadas en el borde de la misma, mirando un travesaño del **pamakari**, distraído. Por instantes miraba fijamente a Mauricio. Este escupió por el colmillo al río... Un **shaandi** iba callando poco a poco su silvo intermitente, incansable, de mayor a menor... "El sol duele afuera", pensó Mauricio, sacando un momento la cabeza del **pama-**

karl, para mirar nuevamente al río y los bogas; que remaban isócronos, elegantes, impasibles, en la prolongada curva que surcaban. La corriente rompíase a cada instante en amplios flecos y remolinos al pie de la canoa, aejada siempre a tiempo de estos por el hábil remo de Chunguichi. Las bocas rabiosas del río volvíanse a abrir por instantes, más allá, a poquísimos metros, pero sin tocar la canoa...

Mauricio se puso a liar un cigarrillo de tabaco negro perfumado de **copaiba**. "Estos indios creen mucho en el demonio..." —le dijo a Rice. Los **campas** creen que cuando el hombre está mucho tiempo sin mujer anda pensando en ella a toda hora, y si va al monte a cazar se encuentra con una aparición igualita a la mujer de sus suspiros...; que el hombre al verla no cree que sea el demonio sino la mujer de sus pensamientos... Dicen que esta mujer se le acerca y le sonríe, y es pura tentación para el hombre; y que éste ya no se puede contener, entregándose en la locura de sus sentidos a la bella aparición!... Quedando desde entonces verdaderamente enloquecido de amor por la que considera la mujer de sus ensueños: que no es tal, sino el **Maniro**..., que de repente se suelta de sus brazos y se pierde corriendo por el monte. El hombre la sigue desesperado y ya no la encuentra... Sólo alcanza a ver un venado que corre entre los árboles, dejando su característico olor... Esto le puede pasar tanto al hombre como a la mujer. A la Parivina, la mujer de Picroa, le pasó eso. Se encontró con un hombre "igualito a su marido, que estaba de viaje". Y se estuvo todo el día con él en el monte, y en seguida el **Maniro**, que ella creía ser su marido, desapareció tras de un árbol de **catahua**... Des-

pués sólo sintió el fuerte perfume, el **kasangari** (1) del **Maniro**... Desde aquel momento Parivina volvió triste a su casa, y ya no le gustó ni su mismo marido, que volvió esa misma tarde del viaje. Sentía mucho frío y temblor de huesos; luego le dio fiebre... "Dizqué" pidió a su marido que atizase la candela, lo que hizo Picoroa inmediatamente; pero ni por eso le paraba el frío a Parivina, ¡la amada de **Maniro**!... Permanecía sentada junto a la **tuschpa**, con mucha pena, sin querer acostarse a dormir. Tarde la noche se levantaba a estar dando vueltas alrededor de la casa, tratando de encontrarse nuevamente con el **Maniro**. Una de esas noches, bruscamente, despertóse Picoroa, y viendo la cama vacía saltó a buscar a su mujer. La encontró: ¿sabía mister Rice dónde?... "bañándose a la orilla del río, solita..." cantando junto al río, con harta pena. ¡A los dos días se convirtió ella también "dizqué" en **Maniro**, y se perdió en el monte, a estar "andando" por ahí!... Pero cuando el marido quiere que su mujer no sufra, y no vaya a quedar convertida en **Maniro** toda la vida, aconsejan los **campas** que debe ir en busca del **kajonchi**, para que mate la brujería. Este ha de tomar el **kamarampi** (ayahuasca), para atraer al **Maniro** —o el alma de la embrujada convertida ya en mito—, y llevarla a su casa con mil engaños; de ahí, con astucias, encerrarla en las cuevas de las altas montañas, entre las **empetas**, en las que habrá de quedarse ese **Maniro** por la eternidad. Grandes truenos y rayos se oirán a poco, y fuerte lluvia principiará a caer: ¡señal de que se está perdiendo entre las nubes, para siempre!...

(1)—Olor, perfume, en campa.

Rice escuchaba en silencio, la cabeza apoyada en el brazo izquierdo. La canoa avanzaba y avanzaba, surcando despacio samente. Pensó que podría sacar un buen partido de todas estas historias indígenas, tan interesantes, recollectándolas y llevándose las como primicias de las selvas a Anneliese... ¡Anneliese! De tiempo en tiempo la recordaba, sintiéndola llegar hasta él como perfume gratísimo. ¡Cuánto querría estar de nuevo con ella, paseando en el bulevar Saint Michel o partiendo en el metro Mouton Duvernet en busca del pintor Matarazzo!... Anneliese, ¡Anneliese!... ¿Cómo poder olvidarla?... ¿Y ese viaje inesperado a Viena, sin una palabra, sin una letra?... ¡Este silencio!..., silencio cósmico el de estas tierras, que al principio le estuviera matando, minuto a minuto, y que ahora —cosa curiosa— se le iba haciendo familiar. Tal vez hasta iría a gustarle... Había no se qué raro abandono del alma en él, soportable podría ser, pero no por mucho tiempo también, era cierto —pensaba—, porque no tardaría en volver a Bruselas, después de unos cuantos informes más sobre la industria del caucho, que tanto interesaba a la casa **O'Duffy & Co**... Habían días que se sentía harto de sensibilidad tan primitiva, de animalidad tan poderosa pero tan simple, encontrada por doquier. Las mujeres de este continente... ¡Bah!... —se decía—, las había observado a su paso por Buenos Aires y a través de su estadía en el Brasil y el Amazonas, llegando a la conclusión de que tenían no sé qué fondo oscuro y abisal de temor, de distancia del hombre: algo que no entendía, que no entendería nunca. ¡Tan distinto era todo esto a Europa! No, no acabaría de entender, tal vez jamás, a la mujer de este continente. El de la

piel: ¿sería este, acaso, el único entendimiento posible con la mujer americana?...

—¿Y el **Czirungaveni**, del que me hablaba enantes, cómo es?... Preguntó a Mauricio, para olvidar y alejar de sí estas ideas turbias.

—Le cuento en la noche, porque ya llegamos...

La canoa resbaló en la arena del puerto de don Nemesio, al empuje de los últimos **tanganzos** de los **punteros**. Don Nemesio los recibió con el almuerzo listo. El sol seguía “doliendo” en el río y en el monte, y se iba, se iba en su carrera indiferente, tras del verdor del monte, y el lento rebrillar del medio río.

La “Putumayo” llegó y pasó. La hélice potente se fue, golpeando sordamente el agua de la media noche, envuelta en sombras y “busilares” (1) fugaces, anunciantes de borrasca próxima. Pero las nubes negras volaron hacia el este, sin llegar a caer. Se percibieron galopando entre dos enormes lobos negros, de ojos de estrellas, sobre un cielo que se aclaró despacio hasta quedar limpio, de un limpio diáfano, celeste. Varias noches sucedieron a la del paso de la lancha que trajera la nerviosidad y el ensombrecimiento a los días de Edmond Rice. Alemania había iniciado en esos días el bloqueo submarino contra los países aliados. En los mares del mundo los barcos andaban sin luces, fuera de rumbo, constantemente. Los contactos comerciales de ultramar hacían cada vez más difíciles. La casa **O'Duffy & Co.** de Bruselas había restringido notablemente sus exportaciones e importaciones a América, y las cartas del gerente Mr. Graam no prometían nada bueno. Hacían presumir a Rice que le darían la orden, de un momento a

(1)—Relampagueos, en el lenguaje lugareño.

otro, de volver a Bruselas. Era lo ansiado por él. Escribió en ese sentido a Hans Graam.

La noche de un viernes, después de cenar, Rice se despidió temprano de don Nemesio, retirándose a la casa de huéspedes de la "colonia", donde estaba hospedado con Raymundo, encerrándose en el cuarto de tela metálica que le servía de escritorio. Estaba escribiendo unas dos horas cuando sintió cansancio y salió al cafetal a fumar. Mauricio estaba también en vela, recostado silenciosamente en un grueso árbol de **pijuayos**, situado a pocos metros. "La noche está linda", —se decía, fumando su tabaco negro... Las espesas volutas del humo azul blanquecino que lo envolvían parecían elevarse de pronto a cabalgar por la serenidad diáfano celeste del cielo; sólo perturbada por el tamborileo y las caprichosas armonías de la **totáma** de Kashanga, en la otra "banda".

Nada se dijeron ambos. Distraídamente pasó Rice varias veces por el lado de Mauricio, fumando y fumando, distante de todo: hasta de sí mismo. "Algo le preocupa a este blanco..., ¿qué será?", se preguntaba Mauricio. "Parece aburrido, fastidiado, desde la llegada de la lancha: ¡fuma más que antes, no habla!... Parece ya aburrido de esta tierra".

—Mr. Rice, ¿le cuento lo del Czirungaveni?... Rice lo miró recién, como caído de un país distante. "Qué es esa música... ¿Tambor?..." —preguntó.

—Kashanga, que está **masateando**... Ha estado llamando todo el día con la **totama**, invitando a sus paisanos... ¿No pues no ha oido? Así invitan ellos a sus paisanos, a que vengan a tomar el **kosho** de **masato** que han preparado. A veces hacen fermentar varios **coshos** para invitar a to-

quiere ir? Yo tengo ganas de ir un rato, dijo dos sus paisanos... Está bonita la noche. ¿No Mauricio, maliciosamente...

—Vamos... contestó Rice. Y una ancha sonrisa surcóle los labios duros hasta hacia un instante. El "blanco" sabía sonreir cuando quería...

Y allá se fueron por la noche, a cuestas de una luna enorme, manzana o naranja, que columbraba tras de la verdinegra "banda": en la misma canoa, y con los mismos bogas de la visita de días antes. Dejaron dicho a don Nemesio que volverían al día siguiente. "Qué gringo éste tan loco... Sólo le gusta andar entre indios, hasta que los indios le hagan una de las suyas y veremos a dónde va a parar. ¡Ya verá...! "Sólo para tomar **masato** sirven estos indios del infierno" —comentó el amargo administrador de la "colonia".

Sentados en un remo, apoyados en los bordes de la canoa a manera de banca, conversaban en la serenidad de la noche, arpegiada de rato en rato por algún **corocoro** de las cañabratas de las riberas, o la flauta mágica de ensueños del **maonti** —llamado "ayamaman" por los "blancos". La canoa se deslizaba suave, cortando las mil facetas de la luna y las estrellas, guardadas celosamente por las aguas mansas del ríoé anegradas sólo a veces por las sombras fugaces de nubes viajeras. Ráfagas de un viento suave, selenio, rizaban por instantes las aguas, submersas en infinita quietud. El ta... tam... tam... ta... tam... del tambor de los **campas** navegaba por el río y las alas fugaces del viento, entre sombras verdes de metafísicas ensoñaciones, bajo un cielo celeste que se iba limpiando. El azar, madre de la noche y del hombre, iba a proporcionar quizás a Rice una de sus mejores

horas. Capaz de adormecer su angustia y nostalgia de civilización; sobreponiendo en su alma la sugestión enorme de lo desconocido y lo exótico, con esa fuerza y honda bárbaras, características del medio.

Llegaron. En viaje de bajada la canoa llegó en poco tiempo. Mauricio hablaba poco, sonriendo con esa sonrisa suya, tan rara pero tan da flor de piel, cuando estaba contento.

—¿Vé esa especie de polvillo blanco que atraviesa el cielo?... Dicen los **campas** —explicó, refiriéndose a la Vía Láctea—, que ese es el río de Pahuá, y que las estrellas más grandecitas que lo circundan son las piedras que está colocando para hacer su **tapaje**, a fin de agarrar hartos “pejes” en la pesca próxima... “Río” que sale en el cielo en tiempo de verano. Le llaman **Yamuri Kamuri**: río seco. Y a esa estrella más grande, que alumbra seguido con su luz roja, le llaman ellos **shinki menki**: y cuando está en el cielo es señal de buen tiempo para sembrar el maíz... Por eso tiene la forma de la tuza del maíz...

El “blanco”, sin palabras, miraba absorto la noche.

El tamborileo aumentó en el patio que rodeaba la casa de Kashanga, se hizo frenético. El **yungare** y la **totama** vibraban en el aire cálido de la medianoche. Mecheros rústicos mal alumbraban la escena. La luna y las estrellas hacían el resto. Vestido de **cushma** marrón claro, con el **choritingue** pendiente del pecho, sentado como un rey hindú budista, sobre una estera de **izanas** entrelazadas con **tamishis** o sogas del monte, permanecía el gran **kajonchi**, rodeado de sus amigos **campas**, que reían y hablaban con estridentes gritos. Dormitaba seriamente, entre-

gado Dios sabe a qué diabólicas conversaciones con las almas de sus paisanos muertos, a los que ya había dejado, con escrupulosa puntualidad, el **cosho** lleno del fermentado **masato**, en un canto del monte; para que bebiera a su gusto, pasada la media noche; sin molestar a los vivos... **Masato** había en abundancia. Uzarinzi lo cernía directamente en el **cosho**, con una bolsita entretejida de paja, y de ahí llevaba el **pate**, avanzando seria y bella hasta los invitados. Estos la recibían e iban gustando lentamente la bebida, bebiendo por turno. Seguía la rueda, incansable. Los tocadores de tambor, los **yungares** y las **totamas** también recibían sus **pates de masato**, de momento en momento, siendo turnados a ratos para mejor beber, aunque lo hicieran parcamente al principio. Poco a poco la atmósfera iba caldeando. Los **pates de masato** se repetían; las risotadas y los gritos de los indios aumentaban. Algunas parejas danzaban frente a frente, luego en grandes círculos, al ritmo de la música monótona y algo triste para Rice, pero al parecer alegrísima para los indios.

Uzarinzi no bebía. En algún momento miró fijamente al "blanco", después de un buen tiempo de estar éste sentado en un canto del patio de la fiesta, presenciándola con ojos distantes. Rice lo notó y volvió a reparar en su guapeza, agreste y salvaje. Los tambores, las risas y los **yungares** seguían cortando los aires horas después, con ritmo semejante: más animados en ciertos instantes, con desmayo en otros. Algunas parejas se perdían en la maleza de tiempo en tiempo, y aparecían después. Risas y cantares ahogados venían desde ésta a mezclarse a la algarabía de los instrumentos musicales típi-

cos, al gemir del **tiombirenzi** (1). Kashanga seguía dormitando a lo buda, todo cubierto con la **cushma**, mientras las parejas cantaban el **nojataje katongo** —“ya me voy para las alturas”— y el **shingui taca** —“estoy borracho”—. El **chortengue** (2) le rodaba por el pecho. Más no se separaba por ello de la caña de bambú, que contenía el extracto del tabaco negro, retinto, con el que se remojaba la lengua cada vez que se despertaba, sin duda para mejor soñar en las almas de los **peyaris** (3) que estaría viendo; a juzgar por la gravedad del rostro, en el que habían desaparecido la sonrisa cándida y los ojos niños. Sus rasgos se hacían rígidos y las arrugas circundantes de sus labios se acentuaban. Vela al blanco lejanamente; pero cosa extraña, este blanco no le disgustaba como otros... Le gustaba, le gustaba y se reía... ¡soñaba!... Ahora dejaba de verlo y creía estar corriendo por el “centro” del monte, cazando venados y “chanchos”, —los cerdos de don Nemesio... Sería por eso que ahora ponía esos ojos y esa mueca feroces, que alterarían los nervios de cualquier “cristiano” que lo estuviera viendo, y especialmente los de Rice, ¡que, en esos momentos volvió a ver en el pacífico “brujo” al auténtico orangután de su imaginación, salvaje y famélico!...

Las horas habían avanzado entre las sombras. La redonda luna se ocultaba bermeja y dorada,

(1)—Un arco y una cuerda de la que los **campas** sacan notas musicales sencillas con una pajita, como si fuera un violín.

(2)—Adorno campa de plumas de colores de diversos pájaros, como paucares, zu-zuir... Lo usan los varones pendiente de los hombros.

(3)—Diablos.

tras del **aguajal**. (1) Algunas parejas permanecían ocultas entre el follaje enlunado, modulando sensuales canciones de caza y amor... Los ojos de Rice se cruzaron nuevamente con los de Uzarintzi, que había cedido su puesto de "samaritana del masato" a Kotihue, la mujer de Tahuanti, que en esos instantes sostenía animada charla con Mauricio, bebiendo ambos unos **patés de masato**. Uzarintzi sonrió al "blanco". Poco tiempo después, cuando los últimos ardores de la fiesta y la noche agonizaban en el cielo, sin mayores fórmulas, Tahuanti y Kashanga dormían en la estera de **izanas**, cercanos uno al otro. Mientras que Uzarintzi y Rice, Mauricio y Kotihue, dominados por una irresistible y maravillosa sensualidad animal, se perdían como las otras parejas **campas**, tras de las matas obscuras que rodeaban la cabaña de la fiesta...

Las primeras claridades de la mañana neblinosa —indicio del sol fuerte— se mostraban en el cielo, cuando la canoa del "blanco" despegaba de la **masateada** del brujo Kashanga, que a esa hora seguiría vagando aún por los montes, convertido en tigre... El arpegio milagroso de la risa del **matatan** (2) saludaba a la mañana fresca, plena de alas de mil colores y música de pájaros. De los labios del "blanco" parecía haberse borrado el amargor de los días anteriores. ¿En sus ojos soñolientos nacería pronto una nueva manera de mirar el paisaje?... ¡Anneliese! Bah, ¡Anneliese era otra cosa!... Pero el minuto vivido hacia breves instantes tenía tam-

(1)—Terreno sembrado de los frutos silvestres llamados aguajes, generalmente inundable.

(2)—Pájaro de alas cenizas, pecho y cuello blanco. Tiene un canto parecido a una risa prolongada.

bien su propia poesía; aunque agreste y simple, era verdad, pero; ¡no sería esa flor salvaje la que calmaría esa angustia sombría, como la del que siente desplomársele encima una montaña de esperanzas, que se tendía frecuentemente, muda, en su alma! Pensando en esto vino a él el sueño, y sólo supo de sí después de unas horas, sobre las blancas arenas de la playa, agrandada desde hacían unos días, frente a la "colonia", sobre las que Mauricio había hecho resbalar la canoa. Durmió sobresaltado. Sueños malos, terroríficos, desfilaban por las redes de su subconciencia. Bruscamente abrió los ojos, para encontrar alrededor de sí tan solo la calma del río y la playa, en la que Mauricio había improvisado un techo de hojas de frescas *varinas*, para preservarlo del sol y velar y proteger su sueño. El estaba a pocos pasos con los bogas **campas**, cociendo pescado en la **tuschpa** de ramas de céticos, recién prendida. Picoroa reía feliz, asando unos **cunchis** y **palometas** gordas, pescadas a las orillas de la misma playa, ardorosa y silente, grávida de escintilizaciones relucientes, al pleno sol.

Mauricio se distanció un trecho y se puso a caminar y caminar solo, como era su costumbre, por la inmensidad de la playa, poblada de millones de piedras, de infinitos tamaños, formas y colores. Rice lo siguió. Se pararon en un recodo sombreado, al lado de un remanso hondo. Allí se desvistieron y zambulleron, gozosamente, entre la frescura acogedora de las aguas mananeras.

El río soñoliento rodaba con indiferencia su eterna carrera de olvido. **Pahuá**, el sol, sonreía, embriagado en su propia sonrisa de fuego, mirándolo todo desde el cielo claro, azul añil.

Al momento de vestirse, con voz algo cansada, le dijo Rice a Mauricio, que había que seguir viajando: que surcar hasta la casa de Rondon Manguinuri, en el Urubamba, para informar al Gerente Mr. Graham de las posibilidades de la industria gomera, y extracción de la resina de la gutapercha en dicha zona, que le encendara en su última carta, venida en la lancha "Putumayo", días antes...

6

De nuevo el **tanganeo** incesante, los rayos de fuego, los días inacabables: ¡el silencio eterno! La canoa avanza y avanza, pero por instantes dá la sensación de que ni se mueve; se para otras veces en los puestos de algunos pobladores ribereños en corta tregua. Los peones hacen la comida, descansan breves horas, y siguen; siguen impeliendo la canoa con la **tangana** o el remo, cuando el río está hondo. A varias vueltas atrás ha quedado la "colonia" con don Nemesio. Chunguichi, ha venido con el "blanco", que necesita un boag más. El alma de playa y de río que hay en él pudo más que cualesquiera otra consideración. A don Nemesio, seguramente, le gustó muy poco este viaje de Chunguichi con el "blanco", pero no dijo nada; quería ser amable en todo momento con ese "gringo", que podría dar informes comerciales favorables a sus intereses. ¡Ah!... sus informes favorables a la casa **O'Duffy** podrían salvar a la "colonia" —era su pensamiento íntimo—, de la quiebra que se le venía encima. Se decía que esta casa belga iba a emplear fuertes capitales en negocios de goma y otras industrias en la

región... La fila de polleras de azafrán, de la media docena de indias: toda la población trabajadora de la "progesista colonia", seguiría a esas horas en el cultivo y cosecha del café, como siempre. Los otros indios, que el empecinado "Administrador" había mandado a buscar al Gran Pajonal, demorían en llegar... Desconfiaban de ese "blanco" que quería hacerles vivir en una casa de "blanco", convenientemente compartida, con sus respectivos cuartos sin **tuschpa**; pero con una vaca, medicinas y saludo militar cotidiano. Ellos se sentían todavía mejor en la soledad rumorosa de sus montañas, pobladas de mil cantos, de mil glu glús, de ríos acariciadores, de mil hilos de lluvia fuerte: como para que sus mujeres tejieran con ellos sus **cushmas** duraderas. Se sentían mejor en sus montes de tempestades colosales, que alumbraban lejanías, en las noches distantes de las riquezas de los "blancos"; de este Don Nemesio que pretendía volverlos a su modo, violar el secreto antiquísimo de sus vidas: que estaba más bien en la violencia del huracán y del rayo; en la dulzura del canto del **tuqui-tuqui**, que vivía en cualquier parte; en la suavidad del andar lán- guido y félino, pero pleno de fuerza y poderío, del jaguar de las selvas. Y sobre todo: ¡en el maravilloso y vitalizador poder de las flechas de fuego del dios **Pahuá!**... Que brindaba el necesario vigor y valor a los brazos de sus hijos **campas**, en la difícil caza de la **sacha-vaca**, la **huangana** y el **sajino**; así como al instinto, la orientación precisa para el fisgueo del **paiche** (1) y la **gamitana**. (2). Si ellos eran felices así,

(1)—Pez mamífero, de carne magnífica, parecida al bacalao.

(2)—Pez comestible de unos 50 cms. de largo.

¿por qué no los dejaban? ¿por qué se meterían con ellos, los dueños más antiguos de esos montes?... —venía pensando Chunguichi.

La canoa surcaba y surcaba. Llegaban a la quebrada del Openbe, de aguas esmeraldinas de deshielo, venidas desde las altas montañas andinas. Pasó el medio día; atracaron en una vuelta, frente a una isla, bajo un **pintal** (3) sombreado. Hicieron fuego y los peones se despararamaron por el monte en busca de **mitayo**. Sólo trajeron un mono. Chunguichi trajo dos **boquichicos** (1), cogidos a disparos de escopeta, de una **cicha** situada a corta distancia, para no volver con las manos vacías. La tarde pasaba fatigosamente. Cayó un corto aguacero con sol. En el cielo, abrazando al río tiernamente, de "banda" a "banda", dibujábase el arco iris de plumas de huacamayo, de colores, entre los que triunfaban el amarillo anaranjado, el azul y el rosa. Hubieron de hacer un mejor fuego y acampar definitivamente. Picoroa y Sangori armaron de inmediato la cabaña improvisada, a base del "tambero" que llevaban, y ahí entraron a acomodarse Rice y Mauricio. A corta distancia de la **tushpa**, con hojas de **yarina** y palos del monte construyeron otra casucha más chica para ellos; en ella permanecieron los tres, conversando parte, asando algundos maduros y el mono que habían cazado horas antes. Picoroa con la cara adornada de figuras geométricas rojas, pintadas de **achiote** (1), a la usanza **campa**, miraba a veces a Mauricio y Rice, sonriendo, con la sonrisa

(3)—Terreno poblado de cañabravas silvestres, bueno para plantíos.

(1)—Peces comestibles.

(1)—Fruto silvestre usado para teñir de rojo.

de niño grande que tenía, y el mirar negro y fijo: de **tucán** sorprendido en pleno sosiego... Después de comer los patronos se metieron en sus mosquiteros, armados sobre los catres de campaña. Los indios se tiraron sobre las hojas frescas, recién arrancadas del monte, sobre la tierra viva, que para ellos siempre fuera la mejor cama del mundo.

Avanzaba la noche, bajo el cielo nuevamente regado de estrellas... Inesperadamente Mauricio sintió una música grata al oído, de concertinas y guitarras río arriba. Un viento fresco inflaba los mosquiteros. Ahora percibíase mejor la música, parecía estar bajando el río. Sacó la cabeza del mosquitero y vio una luz rojiza, la luz de un farol, que iba acercando lentamente hacia la playa en la que estaban... "Eeee... gente... ¿quién anda ahí?..." —preguntó alguien desde la luz que se acercaba. "Mauricio Ramírez y mister Riceee..." respondió Mauricio desde la cama, buscando apresuradamente su ropa para vestirse. Se oyó el ruido de un palo que golpeaba con otro; una estaca que clavaban en la playa para amarra de la canoa recién llegada, y al poco momento, el farol de la luz rojiza perdida en la noche, y tres bultos, avanzaron desde ella, hasta el **tambo** de Mauricio y Rice.

—Buenas noches..., ¡las de Dios, compadre!... Ya me dijeron los **campas** que estaba por aquí, y quise saludarlo antes de bajar... Me estoy yendo al Pisque, en busca de gente para un **manchalito** (1) que "hey" encontrado ps... compadrito... —dijo el del farol, avanzando a dar la

(1)—Manchal, terreno poblado de árboles de jebe o caucho.

mano a Mauricio. Los otros eran indios bogas; uno de ellos un mestizo de mirar vivo y alegre.

Mauricio no reconoció esa voz, pero al acercársele más el farol, reconoció inmediatamente a su compadre Roque Villacrés, a quien no veía hacían algunos años. Hacían algunos años que, cierta vez, andando por el río Pachitea, trabajando caucho, había bautizado a su hijo —ahora lo recordaba—, al hijo mayor. Pero, ¿desde entonces dónde habría andado este hombre?!...

—¿Y dónde ha andado usted, compadre?, —le preguntó.

Rice también se despertó y vino hacia ellos, con la camisa diaria echada negligentemente sobre el pijama. Había salido fuera del “tambero” y llegándose hasta donde los dos padres conversaban. “La noche estaba hermosa, y no tenía sueño. Iba a conversar un poco también”. No hablaron felizmente zancudos.

—Le presentó a mi compadre Roque Villacrés... Ha viajado bastante por estos montes, y sabe mucho de caucho... ¡Hasta el Brasil conoce este mi compadre!...

—Quiero hacerles probar un pocillo del cafecito de mi chacra, que “yo mismo he sembrado”. A ver Pancho, trae el café de la canoa con los pocillos y el pan torrado... —ordenó Villacrés al mestizo que estaba sentado en una *lupuna* (1) de lágrimas rojas, tumbada en la playa, próxima al grupo. “Este muchacho es un haraganote, pero sabe hacer buen café y tocar la concertina, eso sí... Su madre me lo dio para que lo criara y ya se ha acostumbrado conmigo. Por donde voy me sigue el **cooondenado**...”

(1)—Arbol de savia gomosa, roja, que se halla a veces tirado en las playas, con grandes gotas rojas.

Un tibes (1) pasaba volando en la noche, con su lánquido graznar, esperanzado en el verano por venir. En las sombras de las espaldas del "tambero" cantaba el **tuayo** (2). La voz quebrada del forastero se interrumpía a veces por la inesperada risa de algún **urucututú** (3), que pasaba volando por entre el follaje obscuro. La voz del compadre era reposada y amiga. Seguía charlando de sus trabajos, de sus peones, y sus grandes proyectos de inmediata riqueza en el trabajo del caucho. Rice había sacado la pipa china, que rara vez sacaba, y se había puesto a fumar silencioso, insomne, junto a los padres criollos. Pancho había vuelto con la cafetera, los pocillos y la lata del pan "torado". Púsose a hacer hervir el agua en la **tuschpa** de los peones, prendida en la tarde; avivándola con nuevos arbustos de la playa.

Los padres se callaron después de un buen tiempo, cansados de conversar.

—¡Caramba!... ¿por qué no nos toca algo, compadre?... dijo Mauricio.

—¿Yo acaso toco?..., rospo no má, cuando estoy muy aburrido y no tengo nada que hacer... Ps..., le daremos gusto, compadre. Oye Pancho: anda trai la guitarra con tu concertina que vamos a espantar los zancudos... Ja... ja... ja... ¡La noche está bonita!... Sopla el viento llevándose los zancudos...

Pancho voló. No tardó más que segundos en volver de la canoa con los instrumentos, avivado. Parece que le gustaba el asunto. Sirvió el café, alegre, y el pan tostado de la "lata abier-

(1)—Gaviota amazónica, de alas cenizas.

(2)—Pájaro de alas negras. Nombre onomatopéyico.

(3)—Cierta clase de lechuza.

ta". Efectivamente, vino bien el café a esas horas, con pan "torrado" y galletas de lata, que por su parte invitó el "gringo" Rice. Y en seguida los valses, mashishes, pasillos y canciones lugareñas sentimentales, ¡aprendidas por el compadre en sus andanzas por el Yavarí, el Acre, el Ucayali, y tantos otros ríos de Dios!...

Paró un momento y púsose a afinar la guitarra.

—¡Cuándo me dio el **beri-beri**, compadre!...

—Déjese de cosas tristes ahora compadrito, y cántenos algo del lugar, para que oiga mister Rice... Rice trajo del "tambero" una botella de whiskey e invitó una copa a todos. Hasta los indios recibieron su buen trago. Se pusieron alegres. El mestizo de la concertina paladeó largamente el licor, parecía tener alguna experiencia en eso...

Vino entonces la canción del río: lánguida, triste, sensual, ingenua. ¡Hubo cierta tristeza en la canción del compadre, paradojalmente siempre tan alegre!:

**Cuanto te amo
te amo tanto,
que al ocultarse el sol de tus ojos
me acude el llanto.
¡Tus ojos claros,
negros,
lindos!...**

**Aquí en la vida
lo comen a uno;
allí en la otra
con mayor empeño.**

**Sólo que aquí
nos despedazan vivos;
allá en la otra
nos devoran muertos.**

**Muy avanzada yo te encontreee
en la preñeez...
¡Si era mío
o del judío
o del inglees!...**

**¿Acaso por eso te voy a dejar?...,
i¿acaso por eso te voy a olvidar?!...**

**Tu paichecito yo te he de comprar,
tu paragüitas no te ha de faltar,
tu percalita siempre has de tener...**

Era incansable conversando. Se conocía todos los ríos del Amazonas. Tenía el gusto por la narración de todo lo visto u oido contar en sus andanzas. Mauricio le dijo que a Rice le interesaban las historias y cuentos indígenas, y ya comenzó a narrarle la leyenda del **Ushate** de los **chamas**; del **maonti** o “ayamaman” —el pájaro de las alas cenizas que llora en las noches de luna llena. Finalmente le narró lo que sabía de los **machiguengas**, que “en cristiano” quiere decir “gente”... Los **machiguengas** habitaban —y algunos restos de la tribu aún habitan, decía—, en las quebradas y afluentes del río Urubamba, y los puntos más cercanos del valle de la Convención y Lares... Al Alto Urubamba ellos le llaman **Eni**, para expresar que es un río grande, majestuoso y poderoso. Acostumbran a poner nombres de plantas o animales a las quebradas o afluentes de los ríos más

grandes, por cuyas cercanías viven: a éstos, repetía, les llaman generalmente, **eni**: río grande. Se muestran muy orgullosos de sus tradiciones, y aseguran ser descendientes de la más remota estirpe indígena. Afirman que de ellos se desprendió la rama de indios que hoy conocemos con el nombre de **campas**, que habitan en el interior y algunas pocas veces en las márgenes de los ríos Apurímac, Mantaro, Ene, Perené, Pangoa, Tambo, Pichis, Pachitea y sus tributarios. Aseguran que la palabra **ashaninka** o **campa** quiere decir gente desprendida de un tronco común; que por circunstancias de alevosía se internaron más aún en los bosques, y formaron sus agrupaciones dispersas... Los **machiguengas** aseguran que los **ashaningas** o **campas** olvidaron o perdieron la dulzura de su idioma, por el roce tenido con las otras razas: como la **pira**, la **cuniva** y la **puña-runá** o serrana; con esta última por la parte de los departamentos de Ayacucho y Junín. **Puña runá** quiere decir para ellos gente de puna y quebrada; voz nacida quizás en los tiempos del coloniaje, cuando gentes de la sierra, de las punas y el Cuzco, vinieron a instalarse en el hoy valle de Santa Ana, provincia de la Convención... Los **machiguengas** se consideran una raza superior de la especie humana, por ser descendientes directos de la luna. Los blancos barbudos y serranos en cambio salieron, según ellos, de unos enormes hormigueros como los de los **curhuinses** (1)... A este respecto cuentan que la luna, en remota antigüedad, de la que se ha perdido memoria, tuvo dos hijos: **Poriachirí** —el sol— y **Tasurinchi**, el diablo; habiéndose formado la raza **machiguenga** de **Tasurinchi**. En

(1)—Hormigas grandes (coque).

esa época no tenían que comer y para poder subsistir tenían que amasar el barro, el que deglutián como una rica alimentación. Pero un día se presentó a ellos la madre luna, y en frases de puro idioma **machiguenga**, les increpó gravemente aquello de estar comiendo barro, y luego desapareció. A los pocos instantes volvió trayendo unos palitos nudosos para que comiesen, ordenándoles plantarlos primero, sin pérdida de tiempo, y comerlos cuando vieran crecidas sus gruesas raíces; por ser este el alimento de la "gente" o de los **machiguengas**. Dicha raíz fue el **caniri** o la yuca, que hoy no falta en ninguna casa **machiguenga** o **campa**, constituyendo un magnífico fortificante y predilecto alimento...

Tienen una idea elevada del bien y saben distinguir las buenas de las malas acciones, como lo prueba la siguiente leyenda, —narrada al mismo Villacrés personalmente por un indio **machiguenga**. Se dice que de la primera pareja venida al mundo nacieron dos hijos varones. Uno de ellos desde pequeño era bueno, trabajador, y muy querido por sus padres; y el otro al contrario desobediente y perverso, de muy malos instintos, desde criatura. Los padres lo amonestaban, y señalaban al hermano bueno como ejemplo; quien siempre les traía caza del monte, se fabricaba él mismo sus herramientas de piedra, y les ayudaba en la chacra. Un día el hijo bueno se preparó para ir al monte en busca de **mitayo**. El hermano haragán se ofreció a acompañarlo. Sus padres, al contemplar su decisión se alegraron, en la esperanza de que el hijo incorregible y ocioso fuera a enmendarse al fin. Viendo que se alistaban con gran entusiasmo, la madre les preparó abundantes fiambreras de **caniris**. Y al rayar el alba de un claro

día de verano se encaminaron ambos al interior de la selva, en busca del codiciado **mitayo**. Pero transcurrieron más de los dos días acostumbrados en esta clase de expediciones, sin volver los muchachos al hogar paterno, con gran alarma de los padres. Al fin el padre, impaciente y decidido, se resolvió a ir en busca de sus hijos. Despidióse apenado de su mujer, internándose en la selva en seguimiento de sus huellas, presentes en la tierra, las ramas quebradas y las hojas secas. Cansado, después de mucho caminar, decidió dormir, improvisando una pequeña choza con hojas de **camona** —palmera. Pero le fue imposible conciliar el sueño, porque a cada minuto veía, entre las sombras del bosque, un venado chorreando sangre. Apenas rayó la aurora del nuevo día, el atribulado padre se apresuró a proseguir tras de las huellas de sus extraviados hijos. Venía caminando un largo trecho cuando llamó su atención el vuelo de una bandada de **tizones** —gallinazos—, que volaban en grandes círculos, en lo alto de las copas de unos árboles. Curioso, se puso a seguir este vuelo, pero pronto notó, que a medida que se iba acercando al sitio de éste, percibía un olor poco agradable, al mismo tiempo que le parecía notar cada vez más gallinazos en el aire. Los gallinazos al darse cuenta de su presencia fugaron, volando por entre la arboleda. Al llegar junto a cierto árbol gigantesco, de enormes aletas, quedó impresionado al ver en el suelo fragmentos de carne en descomposición. Iba a seguir adelante, sin embargo, persiguiendo las huellas de los muchachos, pero le sorprendió la vista de un grupo de **chacupís** (1) y el **sagú** (2)

(1)—Flechas.

(2)—Morral.

entre las aletas de un **hinchato** (3): ¡los objetos que su mujer había fabricado con la corteza de cierto árbol, para que el hijo bueno y trabajador pudiera portar con comodidad la yuca preparada para fiambre!... Fue ahí cuando se dio cuenta definitivamente de que las carnes desperdi-ciadas que acababa de ver en el suelo eran de uno de sus hijos y para cerciorarse a cuál de los dos pertenecían, armado de ánimo y coraje, se acercó a examinarlos mejor, haciendo un gran esfuerzo. ¡Vio entonces que el **manchaqui** —cushma o túnica— pertenecía al hijo bueno y trabajador!... El padre quedó enfermo ahí mismo, atacado de una fuerte parálisis en uno de los pies, lo que le impidió retornar a su residen-cia. Postrado, alimentándose apenas del fiam-bre que llevaba en el **saquí**, arrastrándose a beber en una quebrada cercana, hubo de estar dos días, hasta que pudo caminar; pero al ir a re-coger las flechas y el morral del hijo muerto en-contró, oculto en la hojarasca, el hueso de la canilla del **kemari** (1) manchado de sangre; lo que probaba que con ella el mal hijo había dado muerte al hermano bueno. Por esta razón el pa-dre maldijo varias veces al hijo criminal, trans-formándolo en venado diabólico. Y es por eso que en la mitología de las tribus **campas** y **ma-chiguenga** tanto tiene que ver el venado, que representa, siempre, cuanto de maldad hay en el mundo... **Mashiquinti**, la constelación de las "siete cabritas" y el hermano sin pierna de los indios **chamas**, se iba ocultando, perdiéndose en el lago de la noche azul de ultramar.

Rice fue el primero en retirarse, volviendo a la cama. A los pocos minutos Mauricio y el

(3)—Árbol o palo.

(1)—"Sacha vaca" o tapir.

compadre viajero oyeron su respiración acom-pasada, lenta. Dormía.

—¿Qué “gringo” es este tan calaaado..., com-padre?..., —preguntó Villacrés, en voz baja. ¿No le gusta hablar?... ¡Parece triste!...

—Así es su modo. Pero es bueno. Yo estoy trabajando varios meses con él, y nunca me ha reñido como otros. ¿Así cómo lo ve?, siempre es así su modo... Don Pietro Ferrazio me mandó a que lo acompañara, porque dice que ha venido recomendado a él desde Europa.

—Así son las cosas compadre... A estos blancos de las “uropas” yo no los entiendo bien... Pues así han de ser las cosas compadrito..., ahora... Pues así son las cosas compadre... —siguió diciendo Villacrés. “Ahora me voy ya, pero le aseguro que el judío ese sinvergüenza me va a tener que pagar!...” —se refería a Paul Serfatt, Gerente de la casa **Serfatt & Co.** de Iquitos, con la que trabajaba. ¡Ja!... Todo se paga en este mundo, compadrito... Quinientas arrobas de jebe, ¡de puro jebe fino!..., que me sal-daba bien mi cuenta..., porque mi “avío” (1) no era más que de veinte mil soles... ¿Y me sale con que le quedo debiendo dos mil y pico toda-vía?... Dice que mi jebe no era fino sino débil, ¿y qué mi producto no ajustaba quinientas arrobas, porque mi balanza estaba malograda?... Que el jebe estaba húmedo y que por eso no me podía cargar en mi favor más que trescientas ochenta arrobas... ¡Ah!... ¡pero si no hubiera sido por don Luis Bohórquez, el padrino de mi Julita, no sé qué “ley hubiera hecho” a ese

(1)—Sistema especial de crédito usado por los comercian-tes del Amazonas con los caucheros y campesinos, en general.

maldito judío!... Le juro que a veces me dan ganas de "temprarlo" y largarme al Brasil con toda mi familia, sin pagarle el saldo de treinta mil soles con que he ma "aviado" para esta zafra...

—¿Para qué? es igual en todas partes. ¡Para el que trabaja es igual en todas partes, compadre!...

Yo sí trabajo, compadre —dcía Villacrés... El sí trabajaba, claro que trabajaba. Algunos días, se decía: "Caramba Roque, ¿por qué te habrás metido de cauchero?..." Entonces pensaba, inmediatamente, en su vida de soldado en el Napo, cuando era Cabo. Mandaba es cierto, pero no tenía mujer... Los soldados tenían que estar tragando saliva muchas veces, queriendo las mujeres de los oficiales. Para el pobre soldado no había nada... "No crea..., es fregado la vida del soldado en guarnición..." —aseguraba.

Era penoso la vida del soldado en guarnición, pero también lo era, y en alto grado, la vida del cauchero, —le contaba a Mauricio. Muchos días andaban sin comer más que **huayos** (1) del monte, buscando **manchales**, con el agua hasta la cintura. Y después, tantas veces para nada, porque el trabajo era muy aleatorio. Los indios perdían mucho y no quedaba nada para el patrón... "¡Los condenados indios querían vestirse como los blancos ya no más!..." Justino el otro día le había pedido tres cortes de casimir y tres de hilo H.J... Su mujer no quería usar más que seda. "Y habla que darles no más, porque sino el Moraes o el Riecki se los llevaban": dos patrones que tenían harta plata, y se llevaban to-

(1)—Frutos.

dos los indios que podían a sus caucherías del Acre...

—Bueno, ya me estoy haciendo tarde, ¡hom!... Ahora sí: ya me voy compadre... Se levantó de la **lupana** tirada en la playa, en la que estaba sentado. “Bueno compadre..., entonces hasta más ver, compadrito... ¡Adiós, pues, compadre!... Y se perdió en la noche del río y la añoranza... Su persona dejaba siempre cierta saudado en Mauricio. Ah!, ¡qué compadre!... También contaban que era muy “mujerero”... Decían que vivía con tres o cuatro mujeres. Que una vez, un amigo que fuera a visitarlo en el Tamaya, donde tenía su fundito, se sorprendió al ver que a eso de las nueve de la noche Villacrés, de repente, se alejaba de él y palmeaba las manos diciendo: “bueno señoras, a dormir que ya es tarde”... Y vio a sus cuatro mujeres, una por una, sacudirse la tierra de los pies, frotándose pie con pie; y meterse acto seguido en un gran mosquitero, de cuatro metros de alto por cuatro de ancho y cuatro de largo, tendido en el comedor de la casa. Y luego entró Villacrés, el quinto, también al mosquitero, sin más palabras, diciendo a su huésped tan sólo: “Bueno..., buenas noches...” ¡Qué compadre Villacrés este!...” Mauricio volvió al **tambo** improvisado bajo el cañabral, y se acostó de nuevo, riéndose solito...

Sólo se despertaron al relente del alba, cuando el **Czerokonaki** y la **ucuashira** (1) desgranaban sus trinos lentos, anunciantores del alba, y el próximo verano. A la mañana siguiente llegaron a “Porvenir”, en la vuelta del Huau, el puesto de Rosendo Manguinuri. Había viajado cien-

(1)—Pájaros madrugadores.

tos de kilómetros entre playas blancas, renovadas constantemente por el verano que se acercaba. **Pahuá** andaba cada día más calmo, a grandes y lentos pasos.

Llegaron al anochecer al puesto de Rosendo Manguinuri, chacarero nativo, de anchos hombros, regular estatura, de algunos años, el rostro cruzado de cicatrices y arrugas. Cauchero, explorador y agricultor. Se adivinaba en él fácilmente al recio trabajador de las selvas, que era desde su juventud. La violencia de su voluntad creadora se traslucía en el duro mirar que en ciertos momentos tenían sus ojos castaños: la capacidad de resistencia y de sufrimiento a las asperezas del medio, en el gesto paciente y tranquilo. Mirada de animal sin sorpresas, siempre en guardia. Les invitó a pasar a su casa. Para llegar a ella hubieron de andar por un breve camino despejado, entre una **purma** (1) reciente. Una muchacha fina, de ojos verdes, sobre un rostro moreno capulí, salió a recibirlos. Tendría unos veinte años.

—Mi hija Rosalba... —presentó Rosendo.

La muchacha rodeada de silencio extendióles la mano, y les invitó a sentarse en unos rústicos bancos de madera. La casa de Manguinuri no iba muy lejos de las de Kashanga u otros indios ribereños que Rice había conocido, salvo algunos rasgos perdidos de civilización: la hamaca, el cuarto de dormir, la mesa; el aspecto general era parecido. Los mismos pies desnudos sobre la misma tierra apisonada, el mismo techo de paja, las vigas de **espintana** (2), las columnas

(1)—Tierras abandonadas después del sembrío y la cosecha.

(2)—Madera especial para vigas.

del duro **huacapú** (3). Era la cabaña de un hombre en paz y en guerra con el mundo virgen que lo envolvía. La paz estaba allí en su cabaña; la guerra fuera de ella. ¡Sólo las escopetas y carabinas guardadas en el armario del lado del dormitorio hacían pensar en la violencia de su vivir, y el valor del corazón; la destreza y la fuerza del brazo, avezado a la defensa del zarpazo traicionero; y al cansancio del hacha, el remo y el sol! Fuera de ello todo era paz en él: era sencillo y humilde. Su voz, grave y amiga, nada denotaba del animal de presa que era cuando andaba por el monte. Hoy vivía reducido a eso: la caza del tigre, el **sajino**, la **huangana**; para venderlas a don Atanasio Fuentes, que surcaba todos los veranos, llevando productos al Brasil. Fuentes le pagaba en pólvora, fulminantes, machetes o "sables"; hachas y alguna tela para él y su familia. El sable "collins" que costaba cinco soles en Iquitos se lo vendía a quién a doce y quince soles, a cambio de sus pieles, y una que otra cosecha de maíz o frijoles que plantaba su hija Rosalba con Natividad, su mujer; una vieja india **campa**, que no gustaba salir cuando venían los "blancos".

¿Todo ésto quería saber este "gringo"...? pues ya lo sabía, se decía mentalmente Rosenaldo Manguinuri. ¿Qué más quería saber?: él trabajaba de sol a sol!. Muy temprano, cuando el **pichihuichi** (1) saludaba a la mañanita asoleada, salía con la Trini al monte (esta era otra de sus mujeres, "porque la Natividad era para cui-

(3)—Madera durísima y resistente. Puede durar cincuenta años íntegra. Es usada especialmente para columnas en construcciones rústicas.

(1)—Pájaro madrugador.

dar la casa")... Trini se adelantaba con "paloma", "sargento" y "gavilán", tres hermosos perros de caza, por la trocha, cortando la maleza obscura, por entre los grandes árboles que acarriaban las nubes... ¡Uuuu!... Uuuuh... ¡uuuuuh!... Ouu... ouuu... ¡"gavilaaan"!!... —iba gritando. Atrás, siguiendo el eco de los ladridos lejanos, que se oían apenas, iba Rosendo, hasta alcanzarlos junto al matorral espeso, con el gatillo de la escopeta listo, el ojo encendido y alerta. A lo lejos retumbaba el estampido de la escopeta, anunciando casi siempre a Natividad y Rosalba la aparición por la tarde de algún **sajino**, **huangana** o **paujil**, que asarían contentas.

Cuando el sol se estaba perdiendo tras del aguajal de la casa del "Capitán" —un **campa** así llamado—, venían Rosendo Manguinuri y su compañera de cacerías "la Trini". Rosendo llegaba resoplando y silbando con la lengua, a veces a pie, a veces por el río atardecido, remando despaciozamente; ella de "popera" y él de "puntero". La canoa resbalaba suavemente junto al horcón prendido en el puerto, y subía Rosendo con la carga al hombro que echaba a tierra resoplando, silbando siempre, con la lengua afuera... Ahí mismo las dos mujeres de la casa se encargaban de descuartizar los animales, extraerles las pieles y ponerlas a secar al sol, con mucho cuidado, para poderlas vender a "buen precio" a don Atanasio Fuentes. Hecho esto Rosendo se iba a bañar al río.

Rice y Mauricio tendieron sus hamacas y se acostaron sin mayores ceremonias la noche de la llegada.

Fueron pasando los días y los días insensiblemente en casa de Manguinuri. Este partía de madrugada con la Trini y los perros; volvía al

anochecer con los perros y la mujer por delante, el arma y alguna presa a la espalda... Entrataba al "gringo" siempre conversando con "su Rosalba".

El cuidaba, eso sí, de que no faltase en su casa la comida; pero ciertos días no tenía sino pejecitos para invitar a sus huéspedes, con el dolor de su alma. Les ofrecía entonces **sapamamas** (1) bien gordas, con plátanos asados. ¿Qué hacer, pues?... Así era la vida de los "vivientes" del río... A veces no tenían ni miel para endulzar el café y "tenían que tomar puro **chapo**"... Pero ahora sí tenían dulce, porque el "gringo" les había regalado una lata grande de azúcar. A Rice le gustaba conversar largas horas con Rosalba, mientras Mangulnuri estaba en el monte con Trini. Mauricio había tomado la costumbre de marcharse río abajo muy de mananita, con los peones, a la **cocha** de la otra banda. Algunos días volvía con harto pescado: **tucunarés, llisas, arahuanas, palometas, bujurquis, cunchis!**...

Los "vivientes" del río aseguraban que Rosendo era brujo, lo decían especialmente Teófilo Shapiama y su mujer doña "Ashunco". Doña "Ashunco" recordaba que, cuando Rosalba era todavía muy pequeñita y vivía con su madre en el Napo, tenía su chacra cerca a la de ellos. Y un día que Rosendo fue a visitar a su comadre Petronila, escuchó, desde la cocina, la conversación que sostuvieron. Doña Petronila preguntó qué es lo que pasaba en la casa de Don Justino, en la que hacían años se tuvieran realizando hechos extraños, inexplicables a la razón humana: caían objetos sobre las sillas, la

(1)—Peces muy agradables, especie de sardinas.

mesa de comer y el suelo: ¡caían sin romperse!... Manos invisibles jalaban las sillas, los muebles, la cama; sin dejar a ningún miembro de la familia pegar pestaña con pestaña ni un solo instante. En cuanto iban a conciliar el sueño sucedía algo raro: ya los jalaban de los pies, les tiraban las sábanas, o algún ruido raro venía a turbar el silencio de la noche, despertándolos... Hasta que llegó un religioso, amigo de la familia, el padre Z, que echó agua bendita por toda la casa. Mordiendo oraciones, rezando en latín, haciendo cruces en el aire, el nombrado sacerdote echó agua bendita por todos los rincones de la casa, sin resultados positivos, por varios días. Hasta que al fin, después de seis semanas, poco a poco, todo fue tranquilizándose en la casa de don Justino Rengifo, y volvió la paz a ese hogar. “¿Y sabe usted quién era el que estaba fastidiando por allí?”, decía doña “Ashunco” que le oyó decir; a Rosendo, aquella tarde, desde la cocina: “yo mesme comadre!..., porque no había moral allí...” En esa casa se cometían los más graves crímenes entre familias y por eso él iba y ellos ni le veían... Los garrafones que creían que “caibaban” del techo no se rompián..., porque él mismo los tumbaba; pero desde bien cerquita del suelo: ¡y por eso era que no se romplán!...” “Ah!... ¡Vea usted, pues!...” —decía la comadre Petronila. “Y sabe por qué no me podían echar fácilmente de la casa, ni con los rezos del fraile?...: porque yo me iba de Oromina sin cabeza... Me iba dejando mi cabeza, comadre. Y entonces no oía los rezos del padre, y no me podían echar fácil!...” Esto mismo se lo contó doña “Ashunco” a Mauricio y Rice; la tarde que fueron a dar un paseo por su casa, junto a la **cocha** de

la otra "banda", donde Mauricio acostumbraba a ir de pesca con Chunguichi, Picoroa y Shangori.

Rice iba siendo ganado día a día por los ojos rasgados y verdes de Rosalba. La línea pura y atrevida de su cuerpo iba adentrándose en su pensamiento, hasta adueñarse de él completamente. Los instintos de ambos, nuevos y tensos de vida, no necesitaron de mayores complicaciones para encontrarse. Una de esas tardes Rosendo tardaba en volver. El río corría, envolviéndose perezosamente entre sus anillos de luz, y la piel fina y tersa de sus aguas, que guardaban mudamente los últimos recuerdos del día. Rosalba pasó por su lado, con el **pate** en las manos, dirigiéndose al pedrón enorme de este mismo río, en el que acostumbraba a bañarse; mientras él se hallaba perdido entre las páginas de un libro, o el cuaderno de informes de la casa **O'Duffy**. Cuando volvió del baño, la vio desde su hamaca, más grácil y atractiva que nunca. Desde entonces, a la misma hora, por varios días, anduvo esperando ese momento. Sus pupilas gozaban en esos minutos, con las delicias de un pintor, de los atardeceres magníficos del sol más caprichoso del mundo, que jugaba sobre las altas copas de los árboles y las matas lejanas, y las sedosas líneas morenas de Rosalba, junto al pedrón del río. Principió a soñar con ese cuerpo, que desfilaba ahora entre las páginas de su "Diario de Viajes e Informes"; entre las partículas mismas de sus sueños. Sin darse cuenta, poco a poco: mientras más entreveía la silueta delicada de Anneliese, la novia lejana, discurriendo amablemente en el café **K.D.D.K. de Berlín**: más se interponía, entre sus retinas y el oro verde de la fronda que

las envolvía, este otro cuerpo quemado y nubil; teñido con los últimos reflejos cárdenos del señor Sol, original y exótico pintor de estas tierras.

Una tarde el demonio de la obsesión que lo perseguía pudo más que él mismo. Escondido tras unas plantas de **nullacas** (1) la esperó. Desde ahí la acechó y deseó ardientemente cuando llegó a bañarse: ¡el agua se desflecaba a breves trechos por el nácar canela de sus carnes palpitantes, que respondían ebrias al goce pagano del río, del sol, las rojas flores de la **pororra** (1), el canto azul de los zuizuis!...; que en vuelos breves acariciaban en ese instante —con dulzura abandonada— el cielo ausente, el verde difuminado del follaje, y las casas de la tierra.

Natividad nada dijo... ¡Guardó bien el secreto!

Rosendo volvió al atardecer, siempre resoplando y silbando, con la lengua enrollada: la "Trini" y los perros por delante, con un crecido venado muerto a las espaldas. Los **campas** dijeron que le iba a ir mal, porque había baleado y dado muerte al **Maniro**...

Varias semanas pasaron iguales, Mauricio y los peones pescando, y Rice cada vez más pegado a Rosalba. Uno de esos días un "regatón" que surcaba trajo unas cartas para Rice. Eran noticias de Europa, de Anneliese y de la casa **O'Duffy**, que le confirmaba una orden ya conocida, dada anteriormente: de embarcarse a la brevedad posible para el Amazonas brasileño, a hacerse cargo de la agencia de la casa en Ma-

(1)—Frutas silvestres.

(1)—Flores silvestres, rojas.

naos. Mauricio, con esa intuición fina que la tierra verde le había dado al nacer, comprendió desde el primer instante, que las noticias llegadas al "gringo" no eran buenas, y que algo le estaba pasando. Después de tres días de silenciosa espera en que habló muy poco con él, fue a verlo, pues permanecía casi todo el tiempo metido en la casita del **campa** Valentín, a algunos metros de la de Rosendo. Estaba echado en la hamaca tendida sobre el catre de campaña, amarrada de dos **huacapús**; la mesa llena de papeles escritos. Fumaba, la mirada perdida en las **crisnejas** del techo de paja. Ni siquiera reparó en él, que tenía pena de verlo así, tan lejano, apartado de todos. "Señor, algo le pasa, ¿tal vez algo tiene?...", le preguntó. Rice lo miró. El silencio volvió a rondar por algunos segundos los ojos de los dos hombres amigos, unidos por la fuerte vida de la selva, a través de meses de vida en común. "Nada, Mauricio... No tengo nada, pero... ¡ya no hay nada tampoco que hacer!..." Y sin hablar más trajo de un canto de la casa una botella de ginebra que tenía guardada. Llenó calmadamente dos vasos y alargando uno a Mauricio le invitó a beber. "Esto es todo lo que por ahora podemos hacer..." Mauricio sacó un poco de tabaco de la tabaquera de cuero de **mantona** (1) y se puso a liar un cigarrillo. Sentía como si la espina de la **chonta** (2) se le estuviera clavando de punta al corazón. El no tenía ni madre ni padre, y a veces le costaba trabajo llegar a querer a la gente, pensó. Era bueno tal vez: a la hora de remar remaba como los indios sin cansarse, con

(1)—Culebra de regular espesor, de bellos colores.

(2)—Vegetal espinoso, de médula comestible.

el lomo en arco y distensión continua, al sol y al sol; a la lluvia y al sereno también, cuando hacia falta; de día y de noche. A pescar y fisingar el **paiche**, y a andar por el monte nadie le ganaba tampoco. Pero este Rice le gustaba porque era callado y nunca lo había refilido ni insultado, como otros patrones que había conocido, y le daba pena verlo así. Por eso cuando le diera el vaso de ginebra lo bebió toditito, como si fuera té. Quería decirle tantas cosas, pero como parecía no querer hablar, mejor era no decirle nada..., y se estuvo callado todo el tiempo. El "gringo" volvió a llenar varias veces los vasos, y varias bebieron hasta la última gota, en silencio. "¡Todo estaba perdido! ¿Para qué volver ya?!" —pensaba—: los soldados de Guillermo II se habían dormido sobre la inmensa tierra roja. Sus cañones no podrían hablar más. Varios lobos de la misma escuela se habían reunido en torno a una grande y lujosa mesa en Versalles, entre costosísimos óleos de marquesinas y gentes de "sangre azul", magníficos jardines, y firmado un llamado tratado de paz... ¡Bah!... paz... paz... ¡Paz!...: ¡la paz no existía!... La paz no existía ya... Sólo en esta tierra había llegado a conocer un estado de ausencia y de fuera lo que más se le asemejaba en el mundo. La había conocido quizás, sin darse cuenta, ¡en el remanso del río, en los atardeceres y amaneceres fantásticos de armonía del río, el sol y los montes; en el cuerpo ardiente y la mirada verde, ingenua de Rosalba!... La casa **O'Duffy** tampoco podría durar mucho tiempo... Lo sabía, lo sabía... Ya todo estaba perdido. ¿Para qué volver allá, entonces?... Nó, pero tendría que volver, tendría que volver, aunque fuera para rever una sola vez el **café Bauer** de la avenida **Unter**

den Linder y el K.D.D.K. de Berlín; el café La Rotonde...; La Grande Chaumière..., el Jardín Luxemburgo..., ¡el Petit París!, en el que había conocido a Nina Kinslensko, a Hans Luttembacher... ¡Bajar nuevamente al metro Porte d'Orléans - Clinangcour!..., Llegar a toda carrera al Sud Express, y respirar de nuevos los aires puros de Francia: rever la tierra paradisiaca sin un metro despoblado... ¡Hendaya!... ¡San Sebastián, Burgos, Medina del Campo, Alcalá, el Escorial!... ¡Madrid!... No podría continuar ya aquí por mucho tiempo. Lo sabía, lo sabía... ¿Y Anneliese?... Bah: ¡una carta en un año!... se dijo. Bebió más, y pidió a Mauricio que lo acompañara, y luego obedeciera lo que le iba a ordenar: habría de bajar lo más pronto posible hasta encontrar lancha, y en ella continuar hasta dar con don Pietro Ferrazio, para entregarle las cartas que le daría dentro de breves instantes. Volvió a cargar la pipa de "palo de sangre", regalo de don Nemesio; y a envolverse, nuevamente, en el humo y el silencio de la noche poblada de estrellas, más cargada de luz que el mismo farol de kerosene colgado del huacapú, sobre la mesa llena de libros y papeles. Los ojos azules del "gringo" perdidos en cualesquier casa, el mentón enérgico, sirviendo de marco hábil a los labios y los dientes gruesos, que mordían nerviosamente la pipa... Los ojos negros de mirar manso y reflexivo en el rostro cetrino, hecho de distancias y sufridas jornadas, del criollo de la tierra verde, miraban extrañados al europeo. Los dos, hermanados por el milagro cósmico de la noche circundante de dudas e inmensas sombras verde-plomo, permanecieron callados largos minutos; frente a frente, sin saber qué decirse, con el corazón batiéndo-

les en el pecho: como hélice de lancha en la alta noche.

Mauricio recordaría siempre este momento. Lo evoca de nuevo en la canoa, rumbo a la boca del Ucayali, esa misma noche. Rice habló muy poco desde aquel instante... Escribió algunas líneas en una carta, que puso junto con otras en un sobre mayor, dirigido a don Pietro Ferrazio, y se la entregó. Luego, siempre en silencio, le dio la mano. Lo abrazó despacio y le regaló veinte libras esterlinas de oro, diciéndole que se verían pronto en la casa de don Pietro, tal vez; pues pensaba bajar en breve. Luego lo acompañó hasta el borde del barranco donde estaba la canoa, y al alejarse ésta de la orilla, tomando el medio río, lo vio a lo lejos, con las botas altas, la camisa campera azul, los ojos serenos y buenos, parado en lo alto del barranco. Se perdió inmóvil en las sombras. Picoroa remaba apenas...: chis... chis... chis-chaz... chis-chaz..., curvado en la proa de la canoa. Chunguichi "poppeaba" echado, manejando suavemente el remo en la corriente. La canoa se deslizaba rápida por el "medio río". A las dos o tres horas acampanaron en una playa, al pie de un **chicosal** (1) y ahí durmieron. Muy de mañanita siguieron remando, hasta la tarde en que llegaron a dormir a las **Termópilas**, a algunas horas aguas abajo de la confluencia del Urubamba con el Tambo. Estaban de nuevo en el Ucayali, de aguas turbiorojizas.

Algunos días después llegaron a **San Jorge**, la hacienda de don Pietro: "Piloto", y "Lictore" con su bronco ladrido, lo reconocieron en se-

(1)—Vegetación muy corriente de las riberas de los ríos y lagos, y el comienzo de las playas.

guida, corriendo a su encuentro. Desde la orilla ladraban nerviosamente a la canoa. Al saltar a tierra lo saludaron con carreras locas y abrazos en dos patas. En la hacienda únicamente encontró a doña Gina, la esposa de don Pietro, quien estaba en Iquitos; había bajado harían dos semanas llevando una fuerte "remesa" de caucho y jébe fino. Doña Gina bajaría también dentro de unos días. Mauricio le informó de su misión, entregándole las cartas para don Pietro, recomendándole mucho las entregas "en propias manos". Y después de tomar el café con plátanos asados invitado por doña Gina, se retiró a su casita, situada a algunos centenares de metros, al pie de la quebrada de aguas claras, bordada de **pororas** y **zapotillos**. Ahí era donde le gustaba leer todo papel impreso, periódico o revista que llegase a sus manos: para ir conociendo el mundo". En cuanto quedaba libre del cuidado de la peonada corría a su casita a leer. Por eso "le había durado" a don Pietro, y estaba trabajando en su estancia alrededor de tres años. El no le ponía mala cara como otros patrones que había tenido, de los que hubo de esconderse para poder leer un poco; que creían que no habría de hacer otra cosa que remar, trabajar jébe, y cuidar indios y peones. El quería saber, y le parecía que había un mundo prodigioso tras del arco iris y la línea lejana en que se juntaban el cielo con los montes. Soñaba en conocerlo algún día, para aprender muchas cosas y llegar a ser un gran ingeniero; como un "gringo" que en cierta ocasión le presentaron. Y ahí sí, volver a su tierra, ¡montar grandes fábricas, y hacer correr miles de lanchas por sus ríos!... Pensando en estas cosas se durmió esa noche de su llegada a San

Jorge, con la revista "La Esfera" entre las manos.

Al siguiente día, muy de madrugada, estaba ya andando por el monte salvaje, camino de las casa de los peones, con los que habría de partir en comisión especial al Tapiche; para llevar ciertas mercaderías y vigilar los trabajos del caucho, conforme a las disposiciones dejadas por don Pietro a doña Gina. El sol rayaba apenas en los descampados de la selva virgen y fraganciosa. Mauricio, al sentirla en el aire fresco de la mañana, en los pies descalzos, en las manos, en la médula todo del alma nostálgica, comunión con las cossa y la vida, que tal vez creyó estar como naciendo de nuevo.

Era el año de 1919, en el quemante sol de la tierra esperanzada.

7

Pasaron los años. Con andar tardo, lento, han desfilado ante la ambición imprecisa, siempre renovada, de un mundo mejor de Mauricio Ramírez. Hileras interminables de garzas rosadas y blancas, **mariquiñas** bulliciosas, y verdes parvadas de **pihulchos**, han rimado los variados tonos cromáticos de la selva, en sus continuos vuelos, a todas las horas del día: especialmente a la salida y la puesta del sol. Los ríos, en su andar eterno e indiferente hacia el mar, han halagado casas, mudado varias veces **cochas** por quebradas; quebradas por bajales... Las cañabratas habían florecido docenas de veces. La tierra aquí es dinámica, el río también lo es, y entre los dos siguen amasando, a través de len-

tos minutos, días y años, la arcilla de sus hombres inquietos, descontentos, aventureros...: ¡hombres de alma de río y gleba en formación!...

Mauricio ha leído más de un centenar de libros y revistas, pensando horas enteras sobre sus páginas. Un amigo que tenía en Lima se encargaba de hacerle los envíos. Estos llegaban pronto desde hacía algún tiempo, desde que los aviones principiaron a espantar garzas y **huacamayos**, en sus frecuentes vuelos por los coloridos cielos de la selva. Ha soñado repetidas veces con los personajes de Cervantes, Pío Baroja, Jack London, Kropotkine, Tolstoy, Gorki. A la sombra del **palillo** (1) próximo a la casita de la hacienda donde vivía, pasaba horas de horas leyendo, en las mañanas de fiesta; enterneciéndose frecuentemente con la mira tierna y cruel de Malva de "Los Vagabundos"; creyendo ver el espejo de su vida, y la de tantas otras gentes del río que conocía, en la ingenua humanidad del panadero Konovalov, y en todas las vidas fuertes y anónimas de los personajes novelísticos del genial Máximo Gorki. Desde ese tiempo habíase vuelto reconcentrado y escéptico; pero conservando, a pesar de todo, aquel corazón niño y esos ojos tranquilos que inspiraran siempre tanta confianza a Juan, el hijo mayor de don Pietro, que ha quedado frente a la hacienda y sus intereses, durante la larga ausencia del padre. Mauricio en todo este tiempo ha continuado siendo el empleado de más confianza de la hacienda.

Don Pietro está de regreso. Vuelve a la hacienda después de largos años de ausencia. Ha estado viajando por el Brasil y Argentina, pa-

(1)—Arbol frutal.

sando los últimos años en su "bella Italia", de la que hoy trae una pésima idea.

—¡Ah, Juanito!... ¡Ah, Mauricio!... —dice una mañana— lo fascismo e la degracia de lo mundo... Ya non se puede vivere ma a la bela Italia... E non se puede reire como ante a gusto allá... E parece la tierra de lo Duche solamente. A nosotros, lo vieco, venido de Amírica, nos llaman "lo americano" e nos miran antre ojo, ¿sabe? E cierto que encontrato todavía lo **Café Florián** a la plaza San Marcos a Venecia e lo **Café Quadri** de la gente de plata; e yo me fumado uno puro con Velusia, una vieca amiga de la joventude, e me paseato por lo **Palacio de lo Dogs** e lo **Puente de los Suspiros**, pero ya non come antes... ¿sabe?... ¡Ya non come ante! E lo Duche se mete a la vida de uno a toda parte, e non le deca estare con la muquere que a uno le gusta. Como tu mamá stato lejo a la América fo ido uno día con una muquere un poco moreno, un poco escura... ¿sabe?... E a lo camino ha venito un policía e ma dicho que staba prohibito andare a lo hombre blanco italiano con la muquere de color... ¡E la muquere sa asustato e sa ido!... Yo me calentato e le dicho a la policía que a mí me gustaba la morena... Lo policía me contestato que estaba prohibido por lo Imperio; e ma dicho que ni a la Abisinia se permitía a lo italiano mezclarle la sangre con lo otro raza de colore... E yo le di-cho que lo venide de la América e que allá lo italiano con lo indio andaba junto... El ma di-cho que a lo nueve de mayo de lo año de mille e novecientos treintaesei, lo Imperio habla dito en la Abisinia que metía a la cárcel a lo italiano que mesclarle la sangre de lo negro a la pura sangre italiana; e por questo razone lo barrio

de lo abisinio allá era separato siempre de lo barrio italiano... Lo policía ma dicho que él habla stato de soldato per allá, e sabla bien questo cosa... E me lo dito questo cosa en secreto, e yo le regalato chinquenta lira, e ma vuelto a lo hotele... ¡Porca Madonna!...

—E antonce ma venido de nuevo a la América a lo Amazonas, donde lo gobierno non se mete con la gente, ¿sabe?..., e si a uno le gusto lo indio anda con lo indio e lo negro... E... ¡qué vamos a hacer Juanite!, —dice el viejo medio triste— ya uno non e ma italiano, porque non somo fascista e se arrodilla a lo pie de lo Duche: ¡cómo ante lo diose!... E... ya yo sono de tu tierra... ¡Tuto sono peruano, Juanite!... ¡Aquí lo policía non fastidia a lo gente e lo monte e grande! A mí me gusta lo monte, e ya le llamato a la Gina, to mamita para vivire aquí todo junto contigo, trabacando lo barbasco e lo madera...

Don Pietro quiere implantar nuevos métodos de trabajo, tiene grandes proyectos para el porvenir. Se levanta como siempre, a las seis de la mañana, y recorre los treinta kilómetros que hay hasta su chacra a pie. Tiene alrededor de sesenta años, pero no los quiere sentir: siempre está buscando qué hacer. Después de terminadas las labores de la chacra se pasa horas de horas en el taller de herrería, componiendo escopetas, tijerasé haciendo lámparines de kerosene para los indios. Y nunca cobra por ello. El "no necesita, ¿entonces para qué va a cobrar a la gente?..."

Nuevas industrias han surgido en los últimos años en el Amazonas peruano, no muy conocidas aún por don Pietro, que piensa trabajar reicamente en ellas. Los "buscadores del oro ne-

gro" "del oro líquido" —el caucho—, han dejado de bañar a las mujeres en tinas de champaña y de encender cigarros con billetes de cien mil reis, en las "pensiones" de Manaos y Belém do Pará. Unos gringos vinieron y se llevaron las semillas del *hevea bresiliensis*, plantándolas en Ceilán, los árboles muy cerca unos de otros, en forma tal de que con muy pocos hombres se pudiera trabajar grandes cantidades del negro y codiciado producto, con el menor gasto. Y los caucheros del Amazonas se fueron en poco tiempo al diablo: con rumbo, finos azulejos importados de las mejores fábricas europeas en sus viviendas, y vestidos del más legítimo hilo H.J.... Por muchos años conservaron la generosidad y esplendidez en el gastar y el beber; pero no así las libras esterlinas de oro puro, ganadas tan fácilmente; las que se perdieron rodando por el ancho río hacia el mar, que todo lo tragó. Hoy las cosas suceden de muy distinta manera: tienen que trabajar de sol a sol, y rodar gruesos troncos, esperando la lluvia días de días, en ocasiones meses, para llegar hasta el camino ancho del río. O sino plantar las raíces del llamado **barbasco** —rotenone—, que antes usaban sólo para envenenar peces; a fin de venderlas a los lancheros comerciantes de Iquitos, que ofrecen pagar mejor precio cada vez: "si están bien secas"...

Por eso don Pietro inició también el plantío del barbasco; haciendo cortar a los Indios árboles corpulentos en el invierno o "creciente", para bajarlos en grandes balsas a Iquitos, en el verano, o "vaciente" de los ríos.

8

Desde la ida de Mauricio, Edmond Rice vivía en la casa de Rosendo Manguinuri, siempre queriendo marcharse, con la intención de bajar a Iquitos y volver a Europa, sin decidirse a hacerlo aún. La idea de volver a Europa, con el tiempo, iba convirtiendo en su espíritu en una especie de obsesión. Pero no se supo cómo este deseo un buen día comenzó a debilitarse, y fue olvidándose poco a poco de su vida pasada. La quiebra presentida motivada principalmente por la guerra, de la casa **O'Duffy**, a los pocos meses de la bajada de Mauricio; los ojos verdes; el fuego del cuerpo moreno de Rosalba; el silencio metafísico que lo envolvía; la sencillez y bondad primitivas de las gentes de estas tierras, fueron ganando tal vez su sensibilidad de artista, escondida tras de su vida normal de uno de los más destacados informadores comerciales y agentes viajeros de la casa **O'Duffy**. Acompañaba a Rosendo en sus cacerías salvajes; y finalmente llegó a construir una casa aparte y una chacra de varias hectáreas con Rosalba y dos indios campas que quisieron "trabajar para él", desde el día en que les regalara una camisa y un pantalón a cada uno. Y allí vivió varios años, sencillamente, con ella.

Los "vivientes" del río se hacían lenguas de todo esto. No se explicaban como este blanco, que en los comienzos estuviera por todas partes en actitud de forastero, fuera ahora capaz de efectuar —él mismo— el "roce" de su chacra; trabajando casi como cualquier peón, manejando diestramente el "sable", el hacha, la escopeta. Hasta remaba y "popeaba" la canoa

como un nativo. Y, ¿qué hubiese preferido esta muchacha montuvia, a una muchacha de la ciudad, instruída como él?!...

Se ausentó un año por el río Pachitea con los dos **campas** que le acompañaban a todas partes. Fue la primera vez en que Rosalba quedó sola. Este viaje volvió a repetirlo con frecuencia. Se estaba unos meses con ella y volvía a marcharse meses de meses al trabajo del oro en dicho río, hasta que un día al llegar le mostró un pomo grande lleno del precioso metal, y se estuvo quieto a su lado, por largos meses.

Otro día volvió a cansarse de todo, y nuevamente, sin mayores explicaciones, dejó el puesto de Rosendo Manguinuri. Con el pantalón de montar, las altas botas, y la camisa campera de sempiterno azul, surcó el Ucayali y se vino a Lima por el Tambo. Se despidió de Rosalba como para un viaje largo: "eres hermosa y fácilmente hallarás marido, si no vuelvo...", le dijo, y partió. Rosalba quedóse abrazando el aire en silencio y, por los ojos verdes ni siquiera le corrió una lágrima. Rosendo no le dijo nada. La canoa se diluía en la línea verde oro del paisaje, a lo lejos, en la otra banda verde claro del parotal, que él mismo había sembrado para ella... Sólo entonces Rosalba se limpió algo de los ojos, con la punta de la falda del vestido, y se deslizó, como ausente de todo, a la cama, metiéndose en el mosquitero: a llorar sola, sin que su padre la viera.

Rosendo, igualmente sin decir palabra, se retiró al **payol** a solear dos pieles de **huangana** y una de "tigrillo" hembra, de piel oscura y sedosa, recién cazadas...

Su alma de civilizado europeo le llevaba nuevamente a la ciudad. Las altas cadenas andi-

nas grises y albas, vestidas siempre de armiño, maravillaron sus ojos. Despertaron en él sensaciones dormidas por mucho tiempo con los ojos del recuerdo volvió a vivir paisajes olvidados de Suiza, Italia. El ferrocarril Oroya-Lima, el más alto del mundo, le trajo por túneles larguísimos, puentes inverosímiles, hasta la ponderada e histórica ciudad de las tapadas y virreyes coloniales.

Llegaba con ansias de vida nueva. El viejo sentido de la civilización europea, de existencia cómoda y fácil, de sus primeros años, renacía en él, avasalladoramente. Permanecería en Lima el mayor tiempo posible, y luego se marcharía a Europa... O..., quizás, ¡quién podría decirlo!: se haría al alma de la ciudad, y se quedaría en ella...

¡Veinte años!... ¡Veinte años de su vida habían pasado insensiblemente en esas selvas!... ¿Cómo había sucedido eso?... ¡No sabría decirlo!... Fueron muy distintos sus proyectos al llegar al Amazonas. Pero, ¿qué embrujo, qué fiebre, qué cosa misteriosa tenían esas tierras para haberlo retenido tanto tiempo, para hacerle olvidar todo, deformando hasta el sentido y tamaño de las cosas?... ¿Qué inmenso poder misterioso aleteaba tras del cósmico silencio de sus frondas?...: para hacerle olvidar hasta lo más preciado, y hasta a Anneliese, perdida hoy, igualmente, entre la bruma de sus lejanos recuerdos...

Pasadas las primeras semanas, en que casi ni salió del hotel, dedicado a leer periódicos, guías y libros, que lo interiorizasen en la vida de la ciudad, decidió finalmente ir a buscar por sí mismo esta vida: a "recobrar la vida", decía, echando todo libro de historias y papel impre-

so. Anduvo tras de los días y las noches escudriñando esta vida. Las noches le parecieron todas iguales. Buscó amigos, y como siempre pagaba las diversiones de todos, no le faltaron acompañantes, que lo llevaban a todas partes, y lo abandonaban después, "por encontrarlo muy aburrido". Al "Pigal"—un dancing de moda—iba siempre. Le miraban a distancia las mujeres: "¡qué gringo este tan empalagoso!...", que bebía y bebía en silencio, y pasada la media noche se quedaba constantemente sin hablar, con la copa vacía entre las manos, ¡mirándolo todo desde una montaña de soledades y nostalgias! La sombra de sus anchas espaldas y su metro ochenta de estatura algunas veces se recortaban entre los claroscuros del salón de baile, en la cadencia de algún vals lento—"a pedido"— bailado con "la panameña": una morena de ojos negros, bastante bien parecida, que era, entre las muchachas del dancing, la que más tiempo lo soportaba.

Después se iba de allí a perderse en la noche sin alma; sin palabras, como había llegado...

Y así, tratando de adaptarse a eso que podría llamarse el alma de la ciudad, pasó cerca de un año, sin conseguirlo.

Una mañana reparó que todavía le quedaba parte del oro en polvo que trajera del Pachitea, y se fue decididamente a la **Hamburg American Line**. Se convenció de que el polvo amarillo, guardado en el pomo de aceitunas, desde que saliera del río Pachitea, aún le alcanzaba para ir y volver a cualquier puerto de Europa. Y la idea del retorno a la vieja patria volvió a rondar los mejores momentos de este supercivilizado.

Más he aquí que hombres torvos, deseosos de que el mundo continuase siendo una hacienda,

usufructuada exclusivamente por ellos, había crucificado ya a España. La sangre gitana de García Lorca, su más noble y grande poeta, había sido ya derramada, volviendo yermos sus campos. Hitler aventaba otra vez al pueblo alemán contra Inglaterra, Francia, y toda Europa. El fantasma de la guerra regresaba. La paz..., ¡esa paz tan ansiada por los hombres de la tierra, cansada de tanta sangre, se alejaba nuevamente!...

Transcurría el año de 1939, rondado por millones de cadáveres, y la agonía demorada de un pensamiento incapaz ya de dar la felicidad a los hombres que aún sobrevivían...

Esa noche cada hombre que caminaba por la calle le parecía cargado de pena: ¡de un fardo enorme de penas! Muchos se emborrachaban para echarla, pero inútilmente; la pena los agobiaba, los aplastaba a todos contra la tierra.

Los veía, tras los vidrios de los ventanales del "Bar Bolívar", frente al buen "bock" de cerveza negra. Corría un viento helado. Los veía caminar por las veredas y el asfalto húmedo, surcido por los ténues hilos de la garúa fina...

¿Qué iría a pasar aquella noche?..., como siempre: ¡nada!... Pensó que tal vez esta fuera una ciudad sin sitio para lo espontáneo, para lo que no fuera proyectado previamente. Pero se engañaba: "¡¿a ver?!..." Precisamente ahí llegaba un lujoso coupé rodando sus blanquecinas llantas, perezosamente, sobre el húmedo asfalto. Sus ojos cobraron vida: tres lindas muchachas acompañadas de un joven se movían tras de las vidrieras de la portezuela del auto... "Ahora bajarán y entrarán al bar, y podré admirar siquiera la esbeltez de sus líneas, cambiar quizás algunas miradas: ¡cuántas cosas pueden

derivarse de una sola mirada!...”, —pensó. “¡Tendría chance a lo mejor!..., como años atrás en el “María Cristina”, o el “Café Alcalá” de Madrid... Pero, las muchachas no bajaron. El ronco claxon del auto llamó varias veces al mozo del bar, que apresurado corrió hacia ellos, tornando a los pocos instantes, con el azafate y los copetines pedidos. Bebieron en silencio dentro del auto, y luego se marcharon... El pastoso rodar de las llantas en el negro asfalto dejóse oír de nuevo. El cielo neblinoso se unió a la ciudad por los rápidos flecos de la tenua y monótona garúa, que humedecía el alma. ¡Esa actitud!... esa actitud no pudo comprenderla. Varias veces había visto lo mismo: a mujeres y hombres jóvenes llegar hasta un café o un bar en un auto, y quedarse dentro de él, pidiendo copetines a gritos de claxons, y viendo desde ahí la vida, como enfermos, a distancia: como enjaulados en jaula de brillante cristalería, dentro de las enlunadas portezuelas del automóvil... ¿De dónde vendrían estas costumbres, en una ciudad americana, de ascendencia latina, como en la que se encontraba?... ¿Por qué aquí las mujer no ganaba también, como los hombres, la calle; y vivía como en todas las ciudades de alma latina que había conocido: con la gracia de los pies sobre la tierra, y la sonrisa y los ojos libres, a flor de piel?... ¿Sería quizás una mala imitación de la civilización maquinista norteamericana, por la proximidad geográfica?... —se preguntaba pensativo Edmond Rice. Salió del bar a caminar nuevamente en la noche. Que distinto todo esto a lo que él había imaginado. ¡Qué distinto! Por todas partes no vio sino hombres, hombres, hombres, en ausencia de mujeres; copas, copas, copas... A veces gritos ma-

tonescos salían de algún cafetín perdido de la ciudad, a unirse a la atmósfera nocturna húmeda y pastosa, que se metía por todas partes... ¡Bah!..., ¡prefería en ese caso el valor trágico y callado de cualesquier indio de las selvas, ante el peligro auténtico de tantas horas de allá que había conocido!...

¡Rosalba!... el sabor dulce de su recuerdo subió a sus labios y se perdió en el tono verde del ajenjo que había ido a beber al "Bar de los Marítimos" del Callao. Junto al mar, el licor, y las saudades dulces del país verde que había abandonado, se le calmaron algo las angustias del corazón, aquella noche. Se fueron alejando al fin los dientes implacables y malignos que lo venían mordiendo. Pepe Ormeño, un vaporino grueso y fornido, de cara coloradota, quiso "pelearlo" en el primer momento, porque decía que le "jorobaba verlo tan solo y alejado del fandango...": plantado sobre la mesa"... Terminó bebiendo con él a grandes abrazos... "¡Las amistades buenas peleadas comienzan, como dicen los chilenos, gringoo!...", gritaba, golpeando las manos sobre la mesa y llamando al mozo: "Muchacho... más veneno para los dos"... ¡Gringo..., tú necesitas un amigo como yo!..."

La resaca de la marea de alta noche continuaba arrojando al dancing marineros y marineras, en oleajes continuos de vaivén, dentro de una pesada atmósfera de sexo, tabaco y alcohol. El mar, más allá del espigón, abría su ancho abrazo sobre las carnes desnudas de la noche.

Amaneció en un hotel cualquiera del Callao. El patrón del "Bar de los Marítimos" lo vio bebiendo con el mismo marinero de cara coloradota, varias noches seguidas. Después lo dejó de ver... "La panameña", del "Pigall" de Lima,

le contó a Zadí del "Bar de los Marítimos", que "algunas noches antes estuvieron bebiendo y bailando juntos en el "Pigall"...; que en la última noche "el gringo" estaba muy sombrío, mientras el marinero bailaba ruidosamente, borracho, con una amiga suya, del mismo dancing. En esto "el gringo", en voz baja, se despidió de ella. Le dijo que se volvía al Ucayali, a la selva, de donde no debía haber salido. Que Lima era una ciudad muy triste; que la selva era más interesante que todo lo que estaba viendo. Que estaba ya cansado de Lima... Y lanzó varias maldiciones sobre Hitler y la maldita guerra, ¡qué no dejaba vivir a la gente, ni ir a Europa!... "La panameña" aseguraba que no le creyó, porque varias veces, cuando estaba borracho, hablaba lo mismo; después de la media noche, cuando se quedaba "más tonto", medio tristón, como bajo la influencia de algún recuerdo... Era cuando ella lo dejaba porque se ponía "pesado"... No hablaba, no quería bailar ya, ni invitar copetines... Pero que ahora lo buscaba: "sería capaz de dar cualquier cosa por volverlo a ver..." ¡Pobre gringo, con la plata que le había dado a ganar, el pobre!...

Lo cierto fué que al "gringo" no se le vió más por ningún sitio.

El marinero de la cara coloradota tampoco sabía nada. Decía no haberlo encontrado la noche siguiente a la del "Pigall", cuando fue a buscarlo al hotel. Y el hotelero decía que recordaba haberlo visto salir como para un viaje largo, con todas sus maletas... Que al pagar la cuenta le dijo que ya podía disponer de la habitación, que pagaba siempre por mes...

El río se extiende inmenso, ocre claro, repartiendo mansa, blandamente, por la infinita planicie verde, en el medio día calcinante de la selva. “¡Duele el sol!...” Cualquiera que no fuera un indio o un criollo de estas tierras, entrenado y ya dominador de su flagelo incesante, habría caído en muy pocas horas: fulminado por la fuerza de sus rayos de plomo igniscente.

Entre el reflejo amarillo-verdolenco del horizonte, un punto negro se movía, y destellos brillantes salían de sus flancos, isócronamente. Era como una gran tortuga, que avanzara moviendo y moviendo los brazos a ras del agua, pausadamente, contra la corriente. Sólo después de un buen tiempo se dibujaron mejor los flancos de la gran canoa que surcaba lentamente; y los remos y **tanganas**, escintilantes al reflejo del sol, de la media docena de vigorosas **campas**; dominando, segura, serena, reciamente, la impetuosa corriente del Urubamba en vaciante. Venían llegando a la vuelta del **Huaú**. Estaban a la altura del puesto de Rosendo Manguinuri, cuando doña “Ashunco” los reconoció: “Teófilooo...” —gritó. “¡Llega gente!... Es Mauricio con un señor viejo. Apúrate”. Varios chiquillos bajaron corriendo el barranco que daba al río; hasta la canoa en que doña “Ashunco” estaba lavando un montón de ropa de varios días, con las piernas cruzadas... Luego bajó Teófilo Shapiama, su marido. “Vaya, ¡hom!..., ¡si es don Pietro Ferrazio, hom!...” —dijo—; poniendo la mano sobre sus ojos, para evitar el reflejo del sol.

La canoa pasó sin atracar por delante del puesto de Manguinuri y se dirigía hacia ellos, con

gran azoro de doña "Ashunco", que corrió con uno de los chiquitines semi desnudo, de tez pa-liducha y ojos saltones; subiendo el barranco, apresurada, hacia la casa, a ponerle el pantalón. "Jozús con estos muchachos, sin pantalón no más han de querer estar andando!..." El chiquitín hizo una mueca y se puso a hacer hipos, queriendo llorar. El pantaloncito le venía ajustado y finalmente arrancó a llorar. "Jozús este huambra... También este pantalón, a qué hora ya pues se ha encogido"... El chico se calló. Los visitantes subían y doña "Ashunco" no terminaba de abotonar el pantaloncito morocho y encogido del pobre Luchito, que hacía hipos y más hipos entrecortados, en un deseo loco de arrancar a llorar de nuevo. "Hola doña Ashunco" —dijo una voz a sus espaldas. Soltó al chico para dar la mano a Mauricio. Don Pietro Ferrazia venía después, con Teófilo. Entonces Luchito corrió sonriente al encuentro de don Pietro, interponiéndose entre él y su madre, en el mismo momento en que ésta iba a saludarlo, con las nalgas al aire, como minutos antes: el pantaloncito de botones mal pegados se le había deslizado fácilmente hacia las piernas, y luego al suelo, a los primeros inflamientos de la barriguita ankilostomizada...

—Hij... Ya no, pues, este mi "umutito"... Así no más quiere andar... ¡Jozús!..., ¡de cuánto tiempo que lo veo Mauricio...!

Mauricio sonrió. "¡Van para diez años, doña Ashunco!" —respondió.

Don Pietro se sentó como pudo en un mal parado baúl, y Mauricio en un pedazo de palo que había en el suelo. "¿Y ustedes, qué dicen?... Bueno..., bueno, ¡bueno..., y el barbasco...!",

¿se trabaja mucho el barbasco por aquí?... —preguntó don Pietro.

—¡Ay..., ni me hable de ese veneno!... Casisita me mata en Iquitos. ¡Mamitaini! ¡Si sigo trabajando un mes más me muero! Casisita me muero... ¡Todas las mujeres ahí se mueren trabajando para los comerciantes judíos!...

—Oye, ¡Asunción!... —le dijo Teófilo, mirándola como para que se callara... Pero ella sin hacerle caso continuó: “enfigúrese don... ¡y todo por ochenta centavos al día que nos pagan!... Pero qué va a hacer una cuando tiene necesidad. Jozús..., le digo: sin la chancaca que nos daban en el almacén no podríamos trabajar..., tenemos que estar comiendo y comiendo la chancaca a cada ratito, para no envenenarnos con el barbasco que “tarábamos” (1), casi asfixiandonos, ¡porque ni aire ni luz había donde trabajábamos...! ¡El barbasco es muy venenoso, no se aguanta, don!...”

Era habladora y expresiva doña “Ashunco”, como todos la llamaban. Charlando con ella se llegaba a saber muchas cosas, y fácilmente se enteraba uno de la vida de los “vivientes” del río.

Algo preocupaba sin duda a Mauricio, que se mantenía distante de la conversación, pelando una linda izana. Doña “Ashunco” misma, por ese maravilloso golpe de intuición, subconsciente, que casi siempre tienen las mujeres, lo llevó a la conversación, que le interesaba:

—Y tú, Mauricio, ¿no te has casado todavía?... —luego le preguntó por su amigo “el gringo”... ¿No lo había visto?..., que lo iba a ver... ¡Había regresado de Lima y se había ido con Ro-

(1)—Separar las impurezas y las raíces de los palos.

salba al Tapiche! ¡Rosalba había "parido" un bonito varón suyo, cuando estaba en Lima!... Decían que tenía una chacra grande y harto ganado, y no pensaba moverse más de ahí... "La Natividad" había contado que cuando "el gringo" volvió de Lima no supo qué hacerse de contento con su hijo, y se fue a vivir a su antigua chacra con Rosalba, diciendo que "no había mejor tierra en el mundo que la del Ucayali..."; y que no quería ya volver a su tierra, porque allá no había sino guerra y los hombres estaban hechos una "porquería"... Para ella, "mal de gente" era lo que tenía, de seguro, ese "gringo"..., terminó diciendo lenta y sentenciosamente doña "Ashunco".

—¡De veras hom!..., así no más parece; tan buen mozo y ya no le gustan las otras mujeres. Sólo con la Rosalba ha querido estar desde que ha vivido en la casa de Rosendo... ¡Dizqué así le pasa al hombre que le han hecho el "mal de geente!"... —aseveró igualmente Teófilo. Aseguraba, muy seriamente, que desde que lo "icaraban" (1) a un hombre éste no podía estar más que con la mujer que lo había "icarado"... Y que por eso, indudablemente, había vuelto ese "gringo"... Porque decían que Rosendo era brujo y sabía hacer brujerías: ¡seguramente le había hecho el "mal de gente" al "gringo", y por eso había regresado!

Los ojos negros, de mirar dulce y tranquilo de Mauricio, cobraron dureza. Con voz opaca, debilitada por una emoción mal contenida desde el comienzo de la charla, empezó a hablar: "¡mal de gente!"... ¡qué "mal de gente" ni qué brujería... Mal de gente... de falta de gente, era más

(1)—Embrujaban.

bien lo que tenfa la tierra suya: ¡tan grande, tan bella, que "por donde se echa el grano es por donde crece la planta!..." —dijo. ¡Si hasta en las playas crecía el arroz y el frijol...! El sabía, había leído durante los últimos tiempos muchos libros y revistas, inclusive los que trajera de Europa don Pietro, y sabía bien que en otras partes no era lo mismo; que los hombres en otras partes no tenían ni tierra donde sembrar; y se andaban matando a balazos por un pedazo de tierra... Mucha gente, pero mucha gente como ese "gringo", era más bien lo que necesitaba la selva para ser grande, le dijo a doña "Ashunco"... ¡Cómo ese "gringo" de gran corazón, que había conocido viajando, hacían años! ¡Gringos buenos como ese, que se enamoraran de las mujeres de la tierra, y se quedaran definitivamente en ella, es lo que necesitaban nomás, para ser grandes...; en vez de andar pensando en brujerías zonzas que no servían para nada!

Doña "Ashunco" y Teófilo oyeron a Mauricio medio apesadumbrado, pero sin disgusto; porque en el fondo de sus corazones sentían una cosa agradable, inexplicable, el oírlo hablar así.

—Ya nó, este Mauricio..., ¡cuánto sabe este Mauricio! ¿Vee?..., por eso es que yo "digo" que debes ir a la escuela... Porque el hombre debe saber las cosas, agregó Teófilo, dirigiéndose a sus dos hijos mayores. "Ustedes sólo quieren anzuelear y haraganear, no quieren ir a la escuela... Por eso, por eso..."

—¿No quieren una sandía?... Voy a traerles una sandía madurita de mi chacra... —dijo doña "Ashunco", andando hacia el monte.

Don Pietro llevó a un canto a Mauricio, sonriendo bonachonamente: "Yo lo sé muchacho... Tú ha aprendido molta cosa en lo tiempo que

yo stato a lo Brasil e lo Italia... Tu tiene la cabeza llena de la cosa de lo libro, e tu ere intelectante, mi ico..., pero non hable así a lo quente, que tú me va a fregare lo negocio de lo barbasco!..."

10

La mañana se lavaba la cara en las aguas del río bermejo, de aguas turbias de creciente; entre la maleza cerrada de la selva soñolienta, que se despertaba entre nubes blanquecinas bajísimas, trinos de pájaros y contrastes de colores. Entre ramajes, árboles, y algunos raros plantíos, demasiado pequeños para la infinita extensión de la sabana verde, que cubría hasta los confines del horizonte. Hasta donde las casas cambiaban de forma y se perdían en la imaginación del hombre, dándole una sensación de pequeñez y de grandeza, al mismo tiempo: pequeñez por la visión de la lejanía, la sensación viva de la inmensidad del mundo; grande ante el pensamiento y la seguridad de poder llegar, no obstante, a fuerza de hélice y alas hechas por las mismas manos del hombre, por sobre una densa, suave, y tal vez salvaje, trágica, vida animal, hasta los pies de los mismos confines. Donde el sol se confundía con los montes, en la más rica y extravagante gama de colores fantásticos, miliunochescos. El bermellón confundiéndose con el rojo sangre; el azul turquí con el azul vialado amatista; el verde esmeralda con el crisoberilo verde dorado; el záfiro blanco con el diamante transparente, con difuminaciones caprichosas de algodones de carbón, esparcidos

por el cielo. Todo ello visto desde el avión "boing", que cruzaba el cielo a 154 millas por hora, a unos tres mil pies apenas, sobre el nivel del mar de la selva. Como un enorme **tutuyo** plomizo, de apagado, sordo, ronco graznido, sobre la placidez de la inmesurable tierra verde, de numerosos lagos diamantinos encontrados al paso, recubiertos de **huama** verde claro, a veces policromada. El viento fresco de la mañana, realizaba su más ardiente sinfonía de vida y fe, en los cordones tensos de las alas del avión, como en las cuerdas del más fino stradivarius.

El avión volaba y volaba. Se perdía por minutos entre los vellones albísimos de los rebaños ignorados del cielo. Su sombra se proyectaba otras veces sobre la tupida alfombra verde de abajo; tan apacible, tan frondosa, que provocaba al subconsciente a caer en ella, en cualquier momento, sin peligro alguno: podría recibirnos blandamente, permitiéndonos revolcarnos a nuestras anchas, en su extensión infinita, hasta llegar a tocar nuevamente las nubes, —¡los vellones blancos de los rebaños pacíficos del cielo...! Los ríos eran surcos beige-rojizos, de un labrador ignorado, abiertos en la piel suave de la tierra virgen.

El avión, agrandado gavilán de plata, sigue proyectándose en el cielo, con las alas distendidas, confundido en un solo graznido prolongado, sordo, igual. Su sombra pequeñita en este instante pasa sobre un lago verdolenco, de plata ahumada, encontrándose con largas hileras de garzas albísimas; que serena, leve, lánguidamente, vuelan en la mañana nuevita, ligeramente sombría, trasladándose de lago a lago. Ala con ala, forman a su vez algo así como las alas de otra enorme garza albísima, volando muy ba-

jo, moviendo las alas despacioamente, lejos de todo: del animal obediente de acero que se proyecta roncando más arriba, del paisaje, de sí misma. ¡Los ojos encendidos en el señoril cuerpo, meciéndose en el aire leve!... Dueña y señora de sus propias alas, indiferente a todo lo que no fuera su propio mundo; ¡A las leyes de la belleza incomparable de su cuerpo grácil, los peces de plata en los lagos esperanzosos, de verdor policromado, de admiración humana ausente!

Unos minutos más y nada de esto ya se verá; ni siquiera por el mismo hombre de saco de cuero marrón que pasa tan cerca, pendiente únicamente del altímetro, el indicador de presión del aceite, el contador de revoluciones e indicador de velocidad; en el pájaro de acero aerodinámico, de plateadas alas; en la mañana reverdecida.

Abajo: siempre la infinita tierra verde, esperanzosa del hombre... Y el ronquido apagado, sordo, monocorde, del avión circundando de silencio... ¡El silencio verde!

La máquina ha ganado altura y sigue proyectándose en el espacio, a ciento sesenta millas por hora... Las garzas la ven desaparecer en el cielo, ¡entre los afilados dientes del puma de atrevidas fauces!..., al pie de la montaña de nubes irisadas por el sol granate, que comienza a arder.

ARTURO BURGA FREITAS

AYAHUASCA

RELATOS AMAZONICOS

3ra. Edición

INDICE

	Pág.
ELOGIOS Y HOMENAJES AL AUTOR	9
BATELON CAFE (Capítulos del 1 al 4)	23
EL ARBOL DE LAS LAGRIMAS DE SANGRE	35
INCA DIOS	43
BAJO EL CIELO DE LOS CHAMAS (Capítulos del 1 al 3)	51
EL MALIGNO	69
LA CHICUA	73
EL HUANCAHUI	77
LA YARA	79
COCHA EMBRUJADA	87
LOS BUSCADORES DE ORO NEGRO (Capítulos del 1 al 6)	93
MAL DE GENTE (Capítulos del 1 al 10)	117

Este libro se terminó de
imprimir, el mes de Abril
de 1980 en los Talleres
de la Imprenta Editores
Tipo-Offset, Jr. Edgard
Zúñiga 249 - Lima 30.

Teléfono: 23-7504
R.I. 15-03299-D

